
J. Krishnamurti
CONVERSACIONES
CON
ESTUDIANTES
Sirio

J. KRISHNAMURTI

CONVERSACIONES CON ESTUDIANTES

Tres Pláticas en la Universidad de Puerto Rico
SAN JUAN, Puerto Rico

1. - 10 de septiembre de 1968
2. - 12 de septiembre de 1968
3. - 17 de septiembre de 1968

1

CASI TODOS NOSOTROS en este mundo confuso y brutal, tratamos de labrarnos nuestra propia vida privada, una vida en la que podamos estar felices y tranquilos y, no obstante, vivir con las cosas de este mundo. Parecemos pensar que la vida cotidiana que llevamos, la vida de lucha, conflicto, pena y dolor, es algo separado del mundo externo de desdicha y confusión. Al parecer, creemos que el individuo, el "uno", es distinto del resto del mundo con todas sus atrocidades, guerras y disturbios, con su desigualdad y su injusticia, y que esto es algo por completo diferente de nuestra vida particular de individuos. Cuando uno mira un poco más atentamente, no sólo su propia vida sino también el mundo, ve que lo que uno es -su existencia diaria, lo que piensa, lo que siente- es el mundo externo, el mundo que a uno lo rodea. Uno es el mundo, es el ser humano que ha creado este mundo de desorden total, el mundo que llora impotentemente en medio de un gran dolor. Ese mundo es uno mismo, el ser humano que lo ha construido. Por lo tanto, el mundo exterior a nosotros no es diferente del mundo en el que cada cual vive su vida privada.

Esta división entre el individuo y la sociedad realmente no existe en absoluto. Cuando uno trata de labrarse su propia vida, el individuo no es diferente de la comunidad en que vive. Porque es el individuo, el ser humano, el que ha construido la comunidad, la sociedad. Creo que debemos tener muy en claro desde el principio, que esta división es artificial, completamente irreal.

Al producir un cambio radical en el ser humano, en uno mismo, uno está dando origen a un cambio radical en la naturaleza y estructura de la sociedad. Pienso que es necesario comprender muy claramente que la mente humana, con toda su complejidad, su intrincado mecanismo, forma parte de este mundo exterior. El "uno" es el mundo y, al generar una revolución fundamental -ni comunista ni socialista, sino una clase por completo diferente de revolución dentro de la propia estructura y naturaleza de la psique-, uno producirá una revolución social. Ésta tiene que empezar, no por lo externo sino internamente, porque lo externo es el resultado de nuestra vida privada, interna.

Cuando haya una revolución radical en la estructura misma del pensamiento, del sentimiento y de la acción, entonces, obviamente, habrá un cambio en la estructura de la sociedad. Este cambio completo en la estructura de la sociedad tiene que producirse. La moralidad social no es moral. Para ser completamente moral uno ha de negar la moralidad social. Esto significa que el individuo, el "uno", tiene que investigar toda la estructura de sí mismo, tiene que comprenderse a sí mismo no conforme a algún filósofo, sacerdote o analista, quienquiera que pueda ser. Tiene que comprenderse a sí mismo tal como es, no de acuerdo con algún otro. Cuando nos comprendemos a nosotros mismos, la autoridad de cualquier especialista, psicológico, sociológico o de otra clase, llega a su fin. Siento que cada uno de nosotros tiene que comprender esto antes de que avancemos más. Porque casi todos nosotros, desafortunadamente, somos esclavos de las ideas de otras personas. Nos persuaden muy fácilmente, somos influidos por el especialista, por la autoridad. Especialmente cuando vamos a investigar esta cuestión de comprendernos a nosotros mismos, que es de primordial importancia, no hay ninguna clase de autoridad, porque ustedes tienen que comprenderse a sí mismos y no a algún otro o lo que algún otro dice acerca de ustedes. Pienso que es realmente muy importante que capten esto porque, como acabo de decir, aceptamos y obedecemos muy fácilmente, nos amoldamos a la autoridad y la consentimos, tanto si es la autoridad de la iglesia como la de algún líder espiritual o especialista analítico. Pienso que uno tiene que descartar completamente todo eso, porque la autoridad ejercida por algunos y la obediencia, por parte de cada uno de nosotros, a un ideal conceptual, han ocasionado muchísima desdicha en el mundo.

No sé si han observado cómo el mundo está dividido en nacionalidades, grupos religiosos, diversas categorías de razas, prejuicios, con una religión en contra de otra, un Dios opuesto a otro Dios. Tienen que haber observado esto. Sin embargo, habiéndolo observado, sabiendo cómo esto crea desdicha, conflicto y división en todo el mundo, siguen adhiriéndose a sus nacionalidades particulares, a sus particulares conceptos religiosos, a sus creencias, todo lo cual engendra división entre hombre y hombre. Infortunadamente, aceptamos la autoridad establecida por la tradición de la sociedad o de la iglesia, los dictados de las jerarquías autoritarias de la religión organizada. Pero rehusamos aceptar la tiranía política; no aceptamos que alguien

pueda negarnos el derecho de hablar libremente o de pensar lo que queramos pensar. Por desgracia, no ejercitamos la misma libertad con respecto a las cuestiones espirituales. Esto ha conducido en todo el mundo a indecible desdicha y división entre la gente.

Si queremos comprendernos a nosotros mismos, lo cual es absolutamente esencial (porque sin comprendernos a nosotros mismos no tenemos una base para pensar o para percibir claramente), si queremos pensar de una manera racional, cuerda, tenemos que conocernos, tenemos que buscar las causas que nos hacen pensar y hacer ciertas cosas, tenemos que descubrir por qué somos agresivos, brutales, codiciosos, dominadores, posesivos, ya que todas estas características son causas de conflicto entre los seres humanos Y cuando anhelarnos producir un cambio social, el cual tiene que ocurrir, éste debe comenzar, sin duda, en la mente humana, no en la estructura externa de la sociedad. Una vez más, ha de comprenderse claramente que para dar origen a un cambio radical en la estructura social -de modo que los seres humanos puedan ser libres, que no haya más guerras ni más división entre las personas como cristianos, hindúes, musulmanes, etcétera-, tiene que haber una verdadera comprensión propia mediante el conocimiento de nosotros mismos, de cómo estamos hechos, tanto biológica como psicológicamente. Entonces; en el propio proceso de comprendernos a nosotros mismos, daremos origen a un cambio radical que será natural, no una revolución sangrienta. Todas las revoluciones políticas, religiosas y económicas han producido gran desdicha y confusión en el mundo. Ustedes ven lo que está sucediendo en el mundo comunista, la represión y el retorno al estado burgués.

Viendo todo esto, las guerras, la tiranía, la opresión, la injusticia social, la inanición en Oriente contrastando con las extremas riquezas, observando todo esto, no intelectualmente sino de manera real, observándolo en nosotros mismos, en nuestra vida cotidiana, debemos ver inevitablemente que tiene que haber una revolución radical en la actividad misma de nuestra existencia diaria. Y para producir un cambio semejante tiene que haber conocimiento propio, tenemos que conocernos tal como somos, las causas de nuestras acciones, por qué somos agresivos, brutales, envidiosos y estamos llenos de odio, el cual se expresa en el mundo externo. Espero que esto esté claro, no sólo lógicamente, verbalmente, racionalmente, sino también porque lo perciben. Si no perciben agudamente, con gran intensidad el estado actual del mundo, el estado real de la propia vida de cada uno de ustedes, entonces lo que hacen es escapar por medio de ideologías y teorías.

¿Saben?, las ideologías no tienen absolutamente ningún sentido, ya sean comunistas, capitalistas o religiosas. Las ideologías -el pensar conceptual con sus palabras- han separado al hombre del hombre. Todos ustedes tienen diferentes ideologías y no ven claramente por sí mismos la necedad que implica tener ideologías. Estas impiden ver lo que realmente ocurre, lo que realmente *es*. ¿Por qué debemos tener ideologías de cualquier clase sabiendo cómo han dividido al hombre contra el hombre, ya fueran ideologías cristianas, hindúes, musulmanas o de cualquier otra religión, cada cual aferrándose desesperadamente a su creencia? ¿Por qué? Jamás cuestionamos las ideologías, las aceptamos. Si uno cuestiona e investiga profundamente este problema de las ideologías, verá que existen a fin de que podamos escapar de lo real.

Tomemos, por ejemplo, toda la cuestión de la violencia que se está extendiendo por el mundo a una velocidad asombrosa. Somos violentos: los seres humanos en todo el mundo son violentos, agresivos, brutales. Ese es un hecho derivado, heredado del mundo animal. Somos personas violentas. No abordamos esa violencia, no averiguamos por qué somos violentos y vamos más allá de la violencia. Pero tenemos al respecto ideas, ideologías. Decimos que debemos ser no violentos, que debemos ser amables, gentiles, tiernos y demás. Esto es meramente un pensar conceptual que nos impide entrar en contacto con nosotros mismos cuando somos violentos. Eso es bastante claro, ¿no es así?

Nos estamos preguntando por qué los seres humanos se complacen en ideales y por qué pensamos que es una cosa de lo más extraordinaria no tener ideales. Ustedes piensan que vivir sin un principio -por favor, escuchen cuidadosamente esto-, que vivir sin principios, sin creencias, sin ideales, es muy mundano, muy materialista. Por el contrario, aquellos de ustedes que tienen ideales, creencias, principios, son las personas más materialistas del mundo porque no tratan con la realidad, no tratan con la violencia, no tratan con los hechos tal como son. Estoy seguro de que muchos de ustedes creen en Dios, aunque algunos tal vez no crean. Podrán decir que son ateos, lo cual es otra forma de creencia. Jamás se preguntan por qué creen en Dios, lo aceptan porque esto forma parte de la tradición, de la autoridad ejercida por la propaganda. Tienen este ideal y dicen: “Su Dios y mi Dios, su particular forma de ritual y la mía”. Estas creencias y rituales han dividido al hombre. Para encontrar la realidad, para descubrir si existe una cosa como Dios, para encontrar, para descubrir eso, para experimentarlo, para dar con este estado extraordinario, uno debe dejar completamente de lado cualquier forma de creencia. De lo contrario, no está libre para descubrir, y es sólo una mente que está libre para investigar, para observar, la que puede dar con esa realidad que no es creada por la mente temerosa.

¿Por qué debemos tener estos múltiples ideales y principios conforme a los cuales tratamos de vivir? En los tiempos modernos la gente no se preocupa mucho acerca de principios y creencias. En el mundo moderno lo que a uno le interesa es divertirse mucho, lograr cosas, tener éxito y demás. Pero cuando ustedes examinen la cosa más profundamente, verán que en el fondo de todo esto está el miedo. El miedo es el que nos torna agresivos, el que nos exige que escapemos a través de ideales. Y es el miedo el que hace que nos aferremos a nuestra particular forma de seguridad en la creencia. Si un hombre no tiene miedo, si vive completamente, totalmente, sin ninguna contradicción interna, observando dentro de sí mismo al mundo con todas sus contradicciones, con toda su brutalidad, penetrando de ese modo dentro de sí mismo y librándose del miedo, entonces puede vivir sin una sola creencia, sin un solo pensamiento conceptual. Creo que ése es el aspecto principal de nuestra vida: el miedo. No sólo el miedo a cosas tales como perder un empleo, sino el miedo a estar psicológicamente, internamente inseguro.

Ahora quiero decir algo que considero fundamental: importa mucho *cómo* escuchan ustedes. O bien escuchan las palabras concordando o discrepando intelectualmente, o escuchan con una mente que interpreta lo que oye traduciéndolo según sus propios prejuicios particulares. Escuchan comparativamente, o sea, que comparan lo que oyen con lo que ya conocen. Todo escuchar de esta clase les impide, obviamente, *escuchar*. ¿No es así? Si dicen: "¡Buenos, eso de que usted habla es un disparate!", no están escuchando. Después de todo, han venido aquí y yo he venido aquí para que escuchemos, para que discutamos juntos las cosas. Si ustedes tienen sus propios prejuicios particulares, sus conclusiones, sus opiniones definidas, todo lo cual les impide escuchar a quien les habla, entonces se Irán de aquí con un montón de palabras que no tienen absolutamente ningún sentido. Mientras que si escuchan sin aceptar ni condenar, si escuchan con cierta calidad de atención, tal como escuchan el viento entre los árboles, si escuchan con todo el ser, con el corazón y con la mente, entonces quizá podamos establecer una comunicación entre nosotros. Entonces nos comprenderemos uno a otro de manera muy simple y directa, aunque estemos tratando con un problema humano muy complejo. Estamos interesados en la estructura total de nuestra vida cotidiana, la cual incluye nuestro sufrimiento, nuestra desdicha, nuestras luchas y pesares. Y si saben cómo escuchar, no sólo ahora a quien les habla sino cuando vuelvan a sus casas, entonces estarán escuchando realmente a la esposa, al marido, a los hijos o a cualquier otra persona, entonces comenzarán a descubrir la verdad al respecto. La mente se vuelve entonces muy sencilla y clara, una mente muy clara que puede observar y aprender, que no está confundida ni atemorizada. Los problemas que tenemos son muy complejos, nuestra vida es muy compleja. Para comprender esta estructura nuestra tan compleja, necesitamos observarnos muy atentamente a nosotros mismos, ver por qué creemos, por qué odiamos, por qué somos agresivos, por qué nos separamos en nacionalidades.

Por lo tanto, como dije, si escucharan con cuidado, con esa calidad de afecto que es atención, verían que aquello de que uno les habla *es* del descubrimiento de ustedes mismos. Uno está pintando meramente un cuadro de lo que ustedes son. Para observar ese cuadro tienen que concederle atención, cuidado; no condenar ni justificar lo que ven ni avergonzarse de ello. Es sólo viendo lo que realmente ocurre en sus vidas y observándolo muy detenidamente sin condenarlo ni evaluarlo, que lo verán tal como es. Ver es el más grande de los milagros. Por favor, entiendan eso. No vemos porque nos miramos a nosotros mismos siempre condenando, comparando, evaluando; por lo tanto, nunca nos vemos como somos. Vernos como somos es dar origen a un cambio radical en nosotros mismos y, por consiguiente, en el origen y en la estructura social.

En nuestro fuero interno estamos muy confundidos y somos muy desordenados. No hay orden dentro de nosotros. No me refiero al orden aparente que obtenemos imitando y amoldándonos; esto es desorden y ustedes pueden ver por sí mismos que la vida es fragmentaria, que está dividida. Somos un hombre de negocios, un marido, una esposa, esto o aquello, nuestra vida está dividida en fragmentos. Cada fragmento tiene su propio deseo, su propio propósito, su motivo, uno en oposición al otro, y así hay contradicción. Nuestra vida es una contradicción, un deseo se opone a otro deseo, un placer nos empuja en una dirección y otro placer en otra, haciendo que nuestra vida sea contradictoria, confusa y desordenada. Ése es un hecho obvio. Y tenemos que producir orden, no conforme a algún programa previo o a alguna teoría, sino de acuerdo con ese orden que surge cuando observamos las causas del desorden en nosotros mismos. Espero estar poniendo esto en claro. No es cuestión de retórica ni de teorías, estamos interesados en lo que realmente ocurre dentro de nosotros mismos. Porque en nosotros está el mundo. No podemos separarnos a nosotros mismos del mundo. Somos el mundo. Para cambiar el mundo -y tiene que haber un cambio- es uno mismo el que ha de cambiar. A fin de que ese cambio sea ordenado, tenemos que comprender las causas del desorden que existe en nosotros; eso es todo. No tenemos que hacer nada más que observar las causas del desorden en nosotros mismos.

Para observar tiene que haber libertad. Ustedes saben, casi todos nosotros estamos muy densamente condicionados por la sociedad en que vivimos, por la cultura en que hemos crecido. La sociedad en que vivimos es el producto de nuestra vida, de nuestra manera de pensar. La cultura es la que nosotros hemos hecho. La sociedad nos ha condicionado, nos ha dicho qué debemos pensar y cómo debemos pensar, cuáles deben ser nuestras creencias y cómo debemos comportarnos. Estamos fuertemente condicionados y, en consecuencia, no somos libres. Esto es un hecho real, evidente. Con una mente condicionada es obvio que carecemos de libertad para observar. Y, al estar condicionados, cuando observamos el verdadero estado interno en que nos encontramos, sentimos temor. No sabemos qué hacer. La pregunta es, entonces, si hay posibilidad alguna de que la mente humana se desembarace ella misma de su condicionamiento -por favor, escuchen esto-, que la mente humana se desembarace ella misma de su condicionamiento a fin de que pueda ser una mente libre. Si dicen que es imposible, que la mente humana jamás podrá librarse de su condicionamiento, se han bloqueado a sí mismos, han impedido una investigación ulterior del problema. Y si dicen que es posible, eso también los bloquea, les impide examinar el problema.

Por lo tanto, es preciso comprender este condicionamiento. Está claro qué es lo que entendemos por esa palabra "condicionamiento": ustedes están condicionados como cristianos, se han educado en una cultura particular, una cultura que acepta la guerra, que persigue un patrón particular de existencia, etcétera. Ése es el condicionamiento de ustedes, del mismo modo que la gente de la India está condicionada por su propia cultura, su religión y superstición, su estilo de vida. Y esa palabra "condicionamiento" es una palabra muy clara y simple que contiene una gran profundidad de significado.

Ahora bien, ¿es posible eliminar ese condicionamiento de modo que nuestra mente sea una mente libre? ¿Saben?, la libertad es una de las cosas más peligrosas que hay, porque para casi todos nosotros implica que podemos hacer lo que se nos antoje. Para la mayoría de la gente es un ideal, algo que está muy lejos, que no podemos tener. Y están los que dicen que para ser libre uno tiene que disciplinarse muchísimo. Pero la libertad no se encuentra al final; la libertad está en el primer paso. Si ustedes no son libres, no pueden observar las nubes, las aguas centelleantes, no pueden observar la relación que tienen con la propia esposa, el marido, el vecino. La mayoría de nosotros no quiere observar, porque a casi todos nos asusta lo que podría pasar si observáramos muy atentamente.

No sé si alguna vez han observado sus relaciones, por ejemplo, la relación que cada uno tiene con su esposa, con su marido. Éste es un tema muy peligroso. Porque si observamos con gran atención vemos que tiene que haber una clase diferente de vida que nunca observamos. Lo que observamos es la imagen que hemos formado el uno del otro y esa imagen establece cierta relación entre el hombre y la mujer. Esa relación entre las imágenes es lo que contemplamos como estando en contacto, en relación con el otro. Por lo tanto, cuando investigamos esta cuestión de liberar a la mente de su propio condicionamiento, en primer lugar queremos saber si esto es posible. Si no es posible, entonces somos esclavos para siempre. Si no es posible, inventamos un cielo, un Dios. Sólo en el cielo podemos ser libres, pero no aquí. Para liberar a la mente de su condicionamiento -y yo digo que esto es posible, que puede hacerse tenemos que volvernos conscientes, darnos cuenta de cómo pensamos, por qué pensamos y qué son nuestros pensamientos. Darnos cuenta, no condenar, no juzgar sino sólo observar, como uno observa una flor. Eso está frente a nosotros -no es bueno que lo condenemos, de nada sirve que digamos "me gusta" o "me disgusta"-, eso está ahí para que lo miremos. Y si tenemos ojos para ver, veremos la belleza de esa flor. Del mismo modo, si estamos atentos a nosotros mismos sin condenar, sin juzgar, veremos toda la estructura y la causa de nuestro condicionamiento. Si proseguimos con eso profundamente, entonces descubriremos por nosotros mismos que la mente puede ser libre.

Esto saca a relucir otro problema: estamos acostumbrados a pensar en términos de tiempo, o sea, que estamos acostumbrados al proceso gradual de cambio, al proceso gradual de realización; cambiar de esto a aquello implica tiempo, es tiempo. Existe no sólo el tiempo del reloj, el cronológico, sino que también está el tiempo psicológico, el tiempo interno que dice: "Soy iracundo, celoso, y gradualmente superaré esto". Eso constituye la gradación, el lento proceso de cambio, pero psicológicamente, internamente no existe tal cosa como lo gradual. O uno cambia inmediatamente o no cambia en absoluto. Cambiar gradualmente de la violencia a la no-violencia implica que uno está sembrando la semilla de la violencia todo el tiempo, ¿no es así? Si me digo que siendo violento, gradualmente, algún día, llegaré a ser no violento, en ello está involucrado el tiempo. En este intervalo de tiempo estoy sembrando continuamente las semillas de la violencia; esto es muy obvio.

Por lo tanto, el problema es -hablando muy seriamente en un mundo que está desorganizado, que se destroza a sí mismo y se distrae mediante las diversiones-, este problema no es sólo el del tiempo sino el de todo el conflicto que implica el esfuerzo. Espero que esto no se esté volviendo demasiado difícil. Tal vez lo

sea si no estamos habituados a esta clase de pensar y sentir intensivos. Pero el problema está ahí y les incumbe a ustedes. Vean, cuando una casa se está quemando, como nuestra casa -nuestro mundo- se está quemando, uno no discute acerca de teorías, no pregunta quién le puso fuego (si los comunistas, los capitalistas, los socialistas, los católicos o los que fueren). Uno se interesa en apagar el fuego y en ver de construir una casa que nunca más se pueda incendiar. Y eso exige gran seriedad e intensidad, no comprometerse meramente en una acción por la acción misma o en hacer algún bien o en cambiar de una religión a otra o de un concepto a otro.

De modo que uno tiene que ser serio y esto significa estar libre para observar la vida, para observar el modo como vivimos, para observar nuestra relación con los demás y ver claramente lo que sucede. ¿Saben?, uno no puede observar si entre uno mismo y la cosa observada hay espacio. ¿Tiene esto algún sentido para ustedes? Les mostraré lo que quiero decir. Para observar, para ver muy claramente, uno tiene que estar en contacto muy estrecho con la cosa que observa. Debe ser capaz de tocarla, de sentirla, de estar completamente en contacto con ella. Y si hay un espacio entre uno mismo, el observador, y la cosa observada, entonces uno no está en contacto. Por consiguiente, para observarnos a nosotros mismos tal como somos -por favor, escuchen esto, sólo escuchen-, para observarnos a nosotros mismos no tiene que haber división entre el observador y lo observado. ¿Tiene sentido esto? Lo verán. Si me miro a mí mismo y hay una separación entre yo y lo que observo, y veo que soy celoso, iracundo, violento, el observador y lo observado son dos cosas diferentes, ¿verdad? Está la violencia y el observador que dice: “yo soy violento”. Son dos cosas diferentes. Esta separación entre el observador y lo observado origina conflicto. Obsérvenlo realmente dentro de ustedes mismos y lo comprenderán de manera muy sencilla. Si uno se separa a sí mismo del temor, entonces tiene que superarlo, tiene que pelear con él, luchar contra él, escapar de él. Pero cuando uno ve que es el temor, que el observador es lo observado, el conflicto entre ambos se termina. Y cuando el observador es lo observado, entonces el tiempo llega a su fin.

Lo que estamos diciendo es esto: El hombre ha viajado por muchísimo tiempo, su vida es un campo de batalla no sólo dentro de sí mismo sino externamente. Todas sus relaciones están en conflicto, ya sea en la fábrica, en la oficina o en el hogar, todo es una lucha constante, una batalla. Y estamos diciendo que una vida semejante no es vida en absoluto. Ustedes podrán tener sus dioses, sus riquezas, podrán tener una capacidad extraordinaria, pero no están viviendo, no son personas dichosas. No hay felicidad, no hay bendición en esa vida. A fin de dar con esta felicidad, con esta bendición, tenemos que comprendernos a nosotros mismos y para comprendernos a nosotros mismos debemos tener libertad para mirar. Para que podamos mirar debidamente, no tiene que haber división entre el observador y lo observado. Y cuando ello ocurre, todo este sentido de luchar para llegar a ser, para ser algo o alguien, desaparece. Somos lo que somos. Al observar esto, adviene un cambio radical, inmediato, el cual pone fin a la idea del tiempo y de lo gradual.

10 de septiembre de 1968

2

DECÍAMOS el otro día que toda nuestra relación con otros seres humanos debe experimentar un cambio radical. Por todo el mundo se está extendiendo una violencia muy alarmante. Las guerras, los disturbios raciales y los conflictos existen fuera y dentro de nosotros mismos. Nuestra vida es un campo de batalla, una lucha constante desde el instante en que nacemos hasta que morimos, y en alguna parte de este campo de batalla esperamos encontrar cierta clase de paz, algún lugar donde refugiarnos. Eso es más o menos lo que el hombre está buscando todo el tiempo, cierto refugio externamente en la sociedad y alguna seguridad en lo interno. Ésta es una de las principales causas de conflicto, esta exigencia por parte de cada ser humano de encontrar alguna clase de sitio para descansar, alguna clase de relación en la que ya no haya ningún conflicto, alguna clase de ideología segura y perdurable. Así el hombre empieza a inventar una ideología de la religión, de la creencia organizada, del dogma, la cual habrá de darle una esperanza profunda, satisfactoria. Pero como puede verse por todo el mundo, la religión organizada, al igual que la nacionalidad, divide a la gente. Ha habido innumerables guerras en el nombre de Dios, en el nombre de la religión, de la paz, de la libertad. Y pienso que debemos darnos cuenta de que cualquier forma de relación, si se basa en el pensar conceptual, debe inevitablemente conducir al caos y al conflicto. Examinamos eso la última vez que nos reunimos aquí. El hombre ha tratado de encontrar alguna clase de realidad que fuera completamente genuina -que no fuera una invención de la mente-, algo que diera significación a la vida, un sentido a la monotonía de la existencia cotidiana. Creo que eso es lo que la mayoría de las personas, tanto los intelectuales como la gente así llamada

religiosa, está siempre tratando de encontrar: un sentido a la vida. Porque la vida, tal como es ahora, resulta bastante opaca y carente de sentido, con pequeños placeres, pequeñas satisfacciones, sexuales y de otro tipo. Pero el hombre exige mucho más, algo más verdadero, más profundo, algo que tenga mayor significación.

De ese modo comienza a inventar o a "darle" una significación a la vida, ya sea intelectual o conceptualmente. Esto también fracasa, porque es meramente una invención, una teoría, una posibilidad. No es bueno este tratar de encontrar algo que sea realmente verdadero, no una invención, no un concepto sino una realidad, una realidad que nunca pueda ser destruida por el pensamiento. Para dar con eso, uno debe establecer una correcta relación con este mundo, una correcta relación humana, una sociedad correcta, una estructura social, una cultura que brinde al hombre la oportunidad de vivir aquí plenamente, que haga la vida agradable, dichosa, una vida en la que no haya conflicto, una vida que sea verdaderamente moral. Sólo entonces están echados apropiadamente los cimientos y existe una posibilidad de descubrir por uno mismo qué es la verdad.

Nuestro interés debe estar en vivir en este mundo completa y totalmente, vivir de modo que la relación con nuestros vecinos -ya sea que vivan al lado o a miles de millas de distancia- no engendre conflicto. Tendrá que haber una sociedad que no sea competitiva, brutal, agresiva, destructiva, una sociedad que no engendre guerras. La sociedad es el resultado de nuestra vida cotidiana -cualquier cosa que seamos en esa vida-, del modo como actuamos, de las cosas a las que asignamos valor, del modo como nos comportamos, de nuestra conducta diaria; todo esto engendra una sociedad en la cual tienen que haber guerras, odio, antagonismo. Por lo tanto, tenemos que descubrir por nosotros mismos (no de acuerdo con algún moralista) el modo de vivir tan completamente y al mismo tiempo moralmente, de vivir tan libremente como seres humanos -en completa paz interior- que de ello surja una sociedad en la que desaparezcan todos los choques de las diferencias raciales y económicas y pueda haber igual oportunidad para todos los seres humanos. Eso sólo será posible si cada uno de nosotros, como ser humano, siente la completa necesidad de vivir de manera tal que su vida sea una expresión de paz y libertad. Ése es el verdadero problema: ver si podemos, viviendo en esta sociedad, cambiarla (no por medios violentos, porque eso jamás ha producido una sociedad basada en la libertad y la paz), convertirla en una sociedad que ofrezca al hombre libertad, de modo que sea una luz para sí mismo.

Nuestro problema es, entonces, que la sociedad tal como existe tiene que ser cambiada Eso es obvio. Los comunistas no han podido hacerlo, aunque hayan asesinado a miles, millones de personas. Los capitalistas tampoco han sido capaces de hacerlo. Por lo tanto, uno debe encontrar una forma diferente de vivir, no un sistema, socialista o cualquier otra clase de sistema, sino una manera diferente de vivir. Y eso sólo puede acaecer, como dijimos el otro día, cuando nos comprendemos a nosotros mismos, no meramente como individuos sino en relación con la sociedad. Porque nosotros *somos* la sociedad, somos el mundo, éste no es diferente de nosotros. La cultura que nos condiciona, la sociedad que nos ata, que nos moldea, es nuestra lucha, nuestro estilo de vida. De modo que nuestro problema consiste en ver si es posible cambiar nuestra vida cotidiana de manera tan radical, tan fundamental que todo nuestro proceso del pensar sea diferente. Por naturaleza, a causa de nuestra herencia, de nuestro instinto, somos personas violentas. Somos muy egocéntricos: primero yo y después todos los demás; mi seguridad, mi posición, mi prestigio son mucho más importantes que los de cualquier otro. Y esto engendra el espíritu competitivo, el cual ha producido la sociedad con todas sus divisiones raciales y económicas. A menos, pues, que haya un cambio profundo en la psique misma, las meras reformas externas mediante derramamientos de sangre y legislación, no producirán finalmente un modo de vida en el cual el hombre esté internamente en paz y le sea posible vivir virtuosamente una existencia en la que pueda buscar y encontrar la realidad.

De hecho, todos estamos buscando la felicidad. Pero la felicidad es un subproducto, un resultado, no un fin en sí misma. Nuestro problema es: ¿Cómo se puede cambiar al hombre? ¿Mediante un proceso analítico, examinando la causa de su conducta, de su violencia, de su agresión, analizando muy, muy cuidadosamente las causas y después, a través del tiempo, de un proceso gradual que dure muchos años, producir un cambio? ¿Es ése el camino? ¿Comprenden la pregunta? O sea: cada uno de nosotros, como ser humano, ¿cambiará totalmente sus modos de vida mediante la comprensión de las causas de nuestra conducta, tanto la pública como la privada, tanto la secreta como la evidente, descubriendo por qué somos agresivos, competitivos, violentos? Si analizamos muy cuidadosamente, paso a paso, de modo que no haya equivocaciones, ¿producirá eso un cambio? Ese proceso analítico implica tiempo, ¿no es así? Tomará muchos días, tal vez muchos años analizar muy, muy detenidamente. Y quizás deseándolo, podamos cambiar. Pero lo pongo en duda. El hombre jamás ha cambiado a pesar de que conoce la causa de la violencia, a pesar de que ha experimentado miles de guerras; nunca ha dejado de matar. Mata animales para su comida y mata a personas por motivos de ideologías.

Si empleamos tiempo, tomará muchos años cambiar. Tengan la bondad de investigar esto conmigo, no escuchen meramente lo que digo como si fuera una serie de ideas, no estamos interesados en las ideas; lo que nos interesa es el vivir cotidiano y cómo dar origen a un cambio radical en ese vivir. Así que, por favor, no se limiten a concordar o discrepar, a refutar o aceptar. Como dijimos el otro día, tienen que escuchar muy atentamente, no a quien les habla, sino que deben usar a quien les habla como un espejo en el que se vean a sí mismos y así se vuelvan lúcidamente conscientes de sí mismos. Nuestra pregunta es, entonces: ¿Liberará a la mente el proceso analítico? Éste implica tiempo. Cronológicamente, puede tomar muchos días, muchos años. Eso es lo que sucederá si ustedes examinan esto analíticamente. Y, como ello toma muchos años, estarán contribuyendo a producir caos en el mundo, más guerras, más agresión. Por lo tanto, ése no es el camino. El proceso analítico, basado en el descubrimiento de las causas de la conducta humana, implica tiempo Y nosotros no tenemos tiempo cuando la casa está ardiendo, cuando hay una existencia tan brutal, cuando hay tanto odio; cuando la casa se está incendiando ustedes no disponen de tiempo, tienen que cambiar inmediatamente. Ese es el verdadero problema. El proceso intelectual, que es el proceso analítico, no es el camino. Las personas religiosas de todo el mundo dicen, en su propia fraseología, que uno debe esperar la gracia de Dios, lo cual es nuevamente absurdo Tiene que haber, entonces, para el hombre un camino por completo diferente que consiste en percatarse de la condición del mundo, en observar lo que realmente está sucediendo, no de manera teórica o intelectual sino viendo la violencia, la brutalidad, el odio, las guerras, las matanzas de las que él mismo es responsable. Miren la guerra que se desarrolla en Vietnam; cada uno de nosotros es responsable de ella. Cada uno de nosotros es responsable también por los disturbios y los prejuicios raciales. Ustedes viven en esta isla feliz con sus verdes colinas y el mar azul, aparentemente aislados, pero no lo están, forman parte del mundo, parte de esta terrible desdicha que padecemos. Cuando uno ve eso, ve también que entregarse al proceso analítico utilizando el sistema intelectual de examinar las cosas, no resuelve el problema en absoluto. Tampoco lo resuelven el punto de vista religioso ni la revolución sangrienta, que originan anarquía en el mundo.

Tiene que haber, pues, una manera distinta de producir un cambio inmediato en la mente. Tal vez dirán ustedes que eso no es posible. Dirán: "Estoy tan condicionado por la sociedad, por la cultura en que vivo, estoy tan fuertemente atado que para mí es imposible cambiar instantáneamente". Dejar de fumar, por ejemplo, es algo que ustedes encuentran muy difícil. Y abandonar, dejar de lado el complejo condicionamiento ideológico, es inmensamente más difícil. Por eso dicen que no es posible liberar a la mente de manera instantánea y estar libres de toda clase de antagonismo, brutalidad y violencia. Creo que eso es posible, no como una idea, no como una teoría utópica, sino realmente.

¿Es posible para la mente humana, condicionada por millones de años, cambiar radicalmente, instantáneamente? Ahora les mostraré lo que quiero decir. Lo discutiremos. En primer lugar, todo pensamiento, todo el pensar es producto del pasado, tal como lo es el conocimiento. Todo el pensar es la respuesta de la memoria y la memoria pertenece siempre al ayer. Pueden ver esto por sí mismos, no es ninguna insensatez mística, es un hecho científico que pueden observar por ustedes mismos cuando se les formula una pregunta. La mente examina dentro de lo que ya conoce, busca en la memoria y entonces, de acuerdo con esa memoria, responde. Lo estoy exponiendo muy rápida y brevemente, pero es un problema muy complejo. El pensamiento está siempre condicionado y el pensamiento es siempre viejo. Y aquí hay un problema nuevo, un reto nuevo que dice que deben cambiar inmediatamente, de lo contrario van a destruirse a sí mismos. Y la respuesta a ese reto, naturalmente, procede de lo viejo. Si uno responde conforme a los viejos sistemas de pensamiento, entonces no está actuando de manera adecuada a ese reto. Espero que esto esté claro.

Por lo tanto, este reto nuevo nos exige que cambiemos instantáneamente, porque la alternativa es que vamos a destruirnos a nosotros mismos, porque sabemos que se preparan más guerras, más brutalidad, más represiones, que la extrema izquierda se está volviendo agresiva y la extrema derecha se está fortaleciendo y que esto conducirá a un derramamiento de sangre, a más guerras, a más odio; viendo todo esto objetivamente, uno llega a la inevitable conclusión de que la mente humana tiene que cambiar íntegramente, totalmente, inmediatamente. El pensamiento no puede hacer esto porque el pensamiento es la respuesta del pasado. Y cuando uno responde a algo nuevo de acuerdo con lo viejo, no hay comunicación entre el reto nuevo y uno mismo. No sé si está claro.

El nuevo reto para los seres humanos que han vivido por tanto tiempo en semejante desdicha, se incrementa ahora con los temibles instrumentos destructivos. El reto es que debemos cambiar instantáneamente. Y si nuestra respuesta no es nueva, estaremos en gran conflicto, contribuiremos a mayores sufrimientos para los hombres. Por consiguiente, al reto nuevo debemos responder de una manera nueva. Y eso sólo es posible cuando comprendemos toda la estructura y naturaleza del pensamiento. Si respondemos

intelectualmente, verbalmente, conceptualmente, entonces eso es la operación y el enfoque de lo viejo. ¿Es, entonces, posible -por favor, escuchen esto por absurdo que pueda sonar, escúchenlo primero-, es posible responder sin el pensamiento, responder con todo el ser y no con una parte del ser? El pensamiento o intelecto es un fragmento de nuestro ser total, obviamente, y cuando una parte fragmentaria, parcial responde a un reto inmenso, ello crea más conflicto. De modo que el pensamiento, el intelecto, como es un fragmento del ser humano total, no producirá un cambio radical, no es el medio apto para abordar este reto. Sólo cuando la totalidad de la mente humana -siendo la mente las respuestas nerviosas, las emociones, todo lo que uno es- responde completamente, sin fragmentación alguna en esa respuesta, está teniendo lugar una acción nueva. Si responde a este reto de manera intelectual, verbal, ésa será solamente una respuesta fragmentaria, no será una total respuesta humana. La respuesta humana total sólo es posible cuando dedico a ella por completo mi mente y mi corazón. O sea, que la respuesta al reto nuevo, si ha de ser la adecuada, si ha de ser completa, es una única respuesta no intelectual, no verbal ni teórica; y esa respuesta (si se me permite usar una palabra que ha sido tan estropeada), es el amor.

Ustedes saben, esa palabra ha sido muy deteriorada por nosotros, por los sacerdotes, por los políticos, por el marido y la esposa, estropeada de tal manera que cuando decimos que amamos a Dios, no lo amarnos. Hablamos de amor al país, amor al ideal, y esa palabra se ha vuelto una fea palabra. Si podemos despojarla de toda su fealdad, entonces podremos ver lo que esa palabra significa. Porque cuando uno ama, ama totalmente, completamente con todo su ser. Y el amor no es placer. Para la mayoría de nosotros, para la mayoría de los seres humanos, el amor implica placer, sexual o de otra clase. Y hemos estropeado esa palabra al caracterizarla como amor divino y no divino. Pero el amor es algo que debe ser captado, comprendido, sentido y vivido sin fragmentarse en intelecto, emoción, amor físico y demás. Es una respuesta total. Es sólo esa respuesta la que da origen a una revolución radical en la mente. Pienso que por ahora es suficiente para mí, de modo que, ¿desean formular preguntas? ¿Hablaremos de ello?

Pero antes de que formulen las preguntas, ¿puedo pedirles que las hagan breves y al grano? Porque yo debo repetir las preguntas de ustedes. Si me equivoco al repetirlas, por favor díganmelo. Si ustedes hablan italiano, francés, español y, desde luego, inglés, puedo entenderlas. Así que tengan la bondad de hacerlas breves y concisas, con referencia a lo que hemos estado hablando; no formulen preguntas teóricas sino con respecto a cómo producir un cambio fundamental en el hombre. ¿Señor?

Interlocutor: ¿Cómo puede uno comunicar a otros este sentimiento o esta palabra amor, este significado que está detrás de la palabra amor?

KRISHNAMURTI: ¿Cómo puede usted comunicarse con el mundo, con los demás del grupo? ¿Es ésa la pregunta, señor? No se preocupe por comunicarse con otros. *Tenga* esa cosa. ¿Sabe?, estamos muy ansiosos de comunicar nuestros hallazgos a otros, deseamos convencer a otros, revelarlo a los demás. Esta no es una cuestión de propaganda, no es una cosa que usted pueda meramente propagar mediante las palabras; solo puede revelarla a otros a través de su vida, a través del modo como vive su existencia diaria. Si un centenar de personas en este lugar comprendieran realmente eso, si lo vivieran, ¡Dios mío! Señor, una flor que está llena de néctar, plena de belleza y color, no se molesta en propagarse a sí misma, no se preocupa de nada, es lo que es. Y si uno es sensible y vital y es capaz de mirar esa flor, es suficiente. De modo que lo que importa no es el otro, la persona que no está aquí, lo que importa es la persona que está aquí.

Interlocutor: ¿Qué es lo que hace que el amor sea verdadero para los seres humanos?

KRISHNAMURTI: Es bastante simple, ¿no? Si usted es celoso, eso obviamente no es amor. Si hay miedo, obviamente no hay amor. Si usted ejerce dominio sobre algún otro, eso no es amor. Si habla de amor y va a la oficina y causa daño a otros, eso no es amor. Así, cuando uno sabe lo que no es amor y lo deja de lado, no teóricamente sino realmente, en su propia vida, y cuando no hay en uno odio ni temor, entonces existe lo otro.

Interlocutor: ¿No deberíamos primero amarnos a nosotros mismos?

KRISHNAMURTI: Me temo que lo hacemos. (*Risas*) Y ésa es nuestra perdición. ¡El amor que sentimos por nosotros mismos es tan grande, somos tan egocéntricos! Amamos a nuestro país, a nuestro Dios, amamos nuestras creencias, nuestros dogmas, nuestras posesiones... todo eso somos nosotros mismos. Mire la confusión que eso ha producido en el mundo. Yo no creo que veamos la gravedad o seriedad de lo que está ocurriendo en el mundo ni parecemos estar conscientes de nuestras propias vidas. Las vivimos de un modo

rutinario, en medio del hastío y del temor a la soledad y a no ser amados. Así nuestras acciones producen odio y antagonismo. No nos damos cuenta de todo esto. Y las religiones con sus creencias organizadas nos han ayudado meramente a escapar de nuestra existencia cotidiana impidiéndonos mirar lo que ocurre. El amor es algo de lo que usted no puede hablar. Uno sabe lo que el amor no es. Y cuando investiga eso y descarta dentro de sí mismo lo que no es amor, entonces el amor está ahí.

Interlocutor: Existe el miedo a la difamación (...) los budistas zen dice que uno debe morir cada día y entonces, quizá, pueda encontrar la realidad.

KRISHNAMURTI: Me pregunto por qué se molestan ustedes en repetir lo que dicen otras personas, lo que dicen los budistas zen o lo que dicen los hindúes o lo que dice la Biblia cristiana o lo que dicen los especialistas. ¿Deben ustedes tener esta autoridad? Por favor, piénselo. Somos personas de segunda mano, repetimos lo que dicen otros, lo que enseñan el zen, el Vedanta, el yoga y demás. Nunca somos luz para nosotros mismos. ¡Somos gente tan mediocre! El interlocutor dice, pues, que si uno muere cada día da con la realidad. ¿Sabe lo que eso significa? ¿Sabe lo que significa morir a todas las cosas, morir a algún placer que usted estima? ¿Lo ha intentado alguna vez? Vea, uno tiene que investigar bien a fondo esta cuestión, es muy compleja. Una mente que es continua, que repite, que está presa en hábitos, que funciona como una mente condicionada, al igual que cualquier cosa que tenga continuidad no puede ver nada nuevo. Es sólo cuando hay un final, una terminación total, que puede percibirse algo nuevo. Y morir al propio placer, a alguna forma particular de recuerdo, es casi imposible para la mayoría de los seres humanos.

¿Sabe?, esta cuestión introduce una mucho más amplia, que es la cuestión de la muerte. No sé si éste es el momento o la ocasión para hablar de eso, porque nos han quedado muy pocos minutos. Pero cuando nos encontremos nuevamente quizá podríamos investigarlo. Para comprender qué es la muerte, uno hiena que comprender qué es el vivir. No comprendemos qué es el vivir; para nosotros, el vivir es un campo de batalla, de brutalidad, de conflicto, con algún destello, a veces, de dicha y felicidad. Eso es lo que llamamos vivir. Si no comprendemos qué es el vivir, ¿cómo podemos comprender qué es el morir? El zen, o sea, cierta forma de meditación, dice que uno debe morir cada día. Por supuesto que uno debe morir cada día y en ello hay una gran belleza porque entonces todo es nuevo. Eso significa morir para toda la experiencia. Tampoco tenemos tiempo para examinar eso ahora y espero que no les importe. Quizá lo investiguemos en nuestro próximo encuentro.

Interlocutor: ¿Participa Dios en nuestras vidas? Si no es así, ¿qué podemos hacer al respecto?

KRISHNAMURTI: Bien, ésta es nuevamente una de las cuestiones más complejas. Como todo problema humano, es algo muy complejo. Vea, usted cree fuertemente en Dios. Alguien dice: “Yo soy Dios”. Hay aquí dos cosas, ¿no es cierto? Una, ¿por qué cree usted en Dios? Y otra, si dice: “Yo soy Dios”, ¿quiere usted decir eso o sólo se trata de una idea? Sólo mírelo. Descubra cuál es la verdad de ello, no lo que cree usted o lo que creo yo. Frente a la verdad, la creencia no tiene realidad alguna. Para descubrir lo que verdaderamente es Dios (o lo que sea que esté ahí), no tiene que haber temor, ningún sentido de posesión, de afán adquisitivo, de envidia, ¿entiende?, tiene que haber completa virtud. La base es un florecimiento de la bondad, no lo que usted cree ni cuál es su religión ni lo que su condicionamiento o la propaganda le dicen que existe o que no existe. Si piensa en decir “yo soy Dios, no lo diga, porque no sabe lo que está diciendo. Esa es una de las cosas que dicen los hindúes en la India, que ellos son Dios, sólo que está cubierto por la materia, por la manifestación de este mundo; esto es demasiado complejo. Para descubrir si la realidad existe no afirme nada, no pertenezca a ningún grupo, a ninguna creencia. Uno tiene que estar libre para descubrir, tal como lo está un científico realmente bueno, no uno que usa meramente su capacidad para causar más daño sino el verdadero hombre de ciencia El verdadero hombre de ciencia está libre para examinar sin prejuicio alguno, sin ningún condicionamiento; está libre para mirar. Si abordamos de este modo las cosas y si somos afortunados, podremos descubrir qué es la realidad. En ello no interviene afirmación conceptual alguna de que la realidad existe o de que no existe. Eso requiere gran amor y belleza; exige humildad. Y cuando decimos que Dios existe o que Dios no existe, ésta es una completa falta de humildad.

Interlocutor: El temor y la evasión, ¿son la misma cosa?

KRISHNAMURTI: Él está diciendo: “Uno tiene una imagen del temor y una imagen de la psique, del 'yo'; está la imagen de mí mismo y la imagen que tengo acerca del temor”. Ahora bien, ¿son diferentes ambas

cosas? ¿Comprende la pregunta? Tengo la imagen de mí mismo: “debo ser bueno” o “no soy bueno, estoy avergonzado, tengo miedo”, todo eso, y fabrico otra imagen en la cual hay diversos atributos de mí mismo. Mire, pongámoslo muy sencillamente. Tenemos una imagen respecto de nuestra esposa o de nuestro marido, ¿no es así? Debemos tenerla, obviamente. La imagen que el marido tiene de la esposa, o la que la esposa tiene de su marido, ¿son diferentes de ellos mismos? Tenga la bondad de seguir esto.

La imagen que tenemos de nosotros mismos ha sido formada a través de la experiencia, y la imagen que tenemos de nuestra esposa o de nuestro marido se ha formado del mismo modo. Por lo tanto, la experiencia es la hacedora de la imagen. ¿Lo está siguiendo? ¿Me expreso con suficiente claridad? Por lo tanto, la experiencia es el factor que construye mis imágenes acerca de mi esposa, y mi esposa hace lo mismo con respecto a mí. Esta formación de imágenes se produce merced a la experiencia. Pero estar relacionados con otro ser humano implica tener una relación en la que no exista una imagen, y la ausencia de la imagen significa la ausencia de experiencia. Es la experiencia la que ha formado, producido la imagen que tengo de mi esposa y la que ella tiene de mí. Estar verdaderamente en relación con seres humanos es no tener imágenes. Esto no es una teoría, véalo como ve este micrófono, de manera objetiva, factual. Esto significa que cualquier cosa que mi mujer diga de mí como producto de la ira, del placer o del afecto, no debe dejar residuos, no debe dejar huellas, de lo contrario se convierte en una experiencia. Me pregunto si capta esto. Si ella me dice algo agradable, eso me gusta. Es una experiencia que aprecio y me aferra a dicha experiencia. Eso crea una imagen acerca de mi esposa. Y crea también una imagen de mi propio deleite.

Ahora bien, si mi esposa me dice algo feo, eso también crea una imagen. La pregunta, es, entonces: ¿Es posible, cuando ella me dice algo agradable, mirarlo de manera tan completa, tan plena que no deje experiencia en absoluto? ¿Está siguiendo todo esto? Vivir de ese modo exige gran atención y percepción alerta, ya sea que ella me insulte o me halague, me regañe o me domine (o que sea yo quien la domina a ella). Así, mi relación es siempre fresca, siempre nueva; de otro modo no es una verdadera relación, es sólo una relación entre dos imágenes. Y esto carece por completo de validez. En tal caso, las imágenes son símbolos y una relación entre dos símbolos no tiene sentido. Pero así es como vivimos, en una relación sin sentido -lamento tener que exponerlo tan brutalmente-, una relación en la que falta el amor. El amor es algo siempre fresco, nuevo, joven, inocente.

Interlocutor: Cuando una persona establece una meta para sí misma y la persigue, ¿cómo puede no estar condicionada?

KRISHNAMURTI: No sé por qué necesitan ustedes metas. Una meta implica distancia, algo en el futuro. Han establecido una meta y un propósito y adaptan toda su vida a una batalla consigo mismos a fin de ajustarse a ese patrón. Eso es lo que ustedes entienden por meta, ¿verdad?, una finalidad, un propósito. Una meta es algo distante que uno ha establecido para sí mismo; puede ser una imagen, puede ser una idea, puede ser una ideología, para colmo una ideología noble. Pero, ante todo, ¿para qué quiere usted metas en absoluto? Ya ve, no puede responder a eso. ¡Espere!, tengo que terminar con esta pregunta, señor.

Interlocutor: ¿No necesitamos metas?

KRISHNAMURTI: Sí, señor, correcto. Necesitamos metas porque estamos condicionados, porque tenemos que aspirar a algo. ¿Por qué hacemos eso? Sé que estoy condicionado, pero ¿por qué? ¿No puede profundizar esto un poquito más?

Interlocutor: A causa de que no somos perfectos, convertimos la perfección en una meta.

KRISHNAMURTI: ¡Mírelo, por favor, mírelo! Usted tiene una imagen de la perfección, la cual le dice que es imperfecto. Entonces, ¿para qué quiere una imagen en absoluto? Usted es imperfecto, ¿no es cierto? Y desea cambiar esto. ¿Por qué quiere una meta? “Soy imperfecto”, ¿qué significa eso? Soy iracundo, brutal, envidioso, tengo miedo. ¿Por qué quiero una meta, un objetivo, una perfección? Aquí hay un hecho: tengo miedo. ¿Por qué no puedo librarme yo mismo del miedo? Pero queremos un ideal. La perfección es meramente un escape de lo imperfecto. Lo imperfecto es también una imagen, como lo es la perfección. Ustedes no ven todo esto. Por consiguiente, vivir implica vivir con “lo que es” y dar origen a un cambio radical en lo que es. Y eso no es posible si tenemos un principio, una meta, una imagen de perfección. Eso es romanticismo, no es espiritual en absoluto. Lo espiritual es ver el hecho tal como es y cambiarlo. Si soy

violento me doy cuenta de ello, conozco su naturaleza, su estructura, el "por qué". Y el mismo verlo es, instantáneamente, la terminación de ello.

Interlocutor: ¿Puede el cambio ser una meta en sí mismo?

KRISHNAMURTI: No, señor, mire: cuando usted tiene un dolor de muelas quiere terminar con él, ¿no es así? No tiene la idea o la imagen de la salud perfecta, de no tener ningún dolor; siente el dolor. Ése es el factor principal, no la meta.

12 de septiembre de 3968

3

UNA DE NUESTRAS grandes dificultades es que nunca nos formulamos preguntas fundamentales. Y cuando nos las formulamos, esperamos que algún otro las conteste. Nunca descubrimos por nosotros mismos la completa comprensión de un problema. Pero quizás esta tarde podamos tener tiempo para tomar tres o cuatro problemas fundamentales y ver si podemos responder a ellos por nosotros mismos, sin depender de quien habla ni de alguna otra persona. Casi todos nosotros aceptamos la autoridad demasiado fácilmente pensando que es el camino más simple. Pero, si lo han observado, la autoridad en estas cuestiones origina invariablemente muchísima confusión y contradicción. De modo que no hay autoridad que pueda decirnos lo que debemos hacer o cómo debemos pensar acerca de cuestiones fundamentales. Estamos propensos a hacer poco caso de ellas o pasarlas por alto sin que nos interesen muy profundamente. Trataré de exponer las cuestiones fundamentales y de investigarlas. Es responsabilidad de ustedes trabajar tan intensamente como quien les habla, examinar íntimamente estas cuestiones por ustedes mismos y no aceptar la autoridad de él ni por un solo instante.

Pienso que hay tres problemas fundamentales; si pudiéramos responder a ellos o explorarlos en nuestras propias vidas, tal vez lograríamos, gracias a esta misma exploración, responder a las confusiones y sufrimientos del mundo. Entonces estos problemas podrían dejar de tener la enorme importancia que ahora les asignamos. Hay tres cuestiones fundamentales: ¿qué es el vivir?, ¿qué es la muerte? y ¿qué es la vida? Tendremos que investigarlas muy profundamente y responder a ellas por nosotros mismos, porque constituyen un gran reto y no podemos escapar de ellas. Uno tiene que responderlas muy seriamente Y al explorar estas cuestiones, primero tiene que haber un estado de libertad para explorar, para investigar, de lo contrario nadie puede ver o descubrir dónde radica la verdad. No podemos tener teorías ni ideologías. A fin de descubrir la verdad acerca de estas cuestiones, tiene que haber libertad para mirar, para observar e investigar. De otro modo sólo hollamos el sendero de la tradición, de la autoridad y la obediencia, lo cual no ha resuelto de ningún modo los problemas de nuestra vida.

Entonces, ¿qué es el vivir? ¿Qué significa vivir? Para descubrir lo que significa, debemos examinar que es, en realidad, el vivir. Si decimos que el vivir debería ser esto o aquello, ésa es meramente una suposición, una teoría. Mientras que si pudiéramos mirar lo que es realmente nuestra vida, la vida cotidiana que vivimos año tras año, si pudiéramos verla tal como efectivamente es, entonces podríamos tratar con ella, abordarla. Pero si decimos que "debería ser eso" o pensamos conforme a ciertas condiciones, principios o ideologías, entonces estaremos perdiendo nuestro tiempo. En cambio, si pudiéramos mirar nuestra vida y verla tal como es, no como nos gustaría que fuese, entonces tal vez nuestra vida, siendo como es, pudiera ser cambiada fundamentalmente.

Cuando observamos "lo que es", podemos ver que estamos persiguiendo el placer. Para nosotros, el placer es una de las cosas más importantes que hay, casi algo esencial. Y es placer lo que la mayoría de nosotros está buscando. Nuestros valores, nuestra moral, nuestra ética, nuestros preceptos internos, se basan en este principio del placer. Cuando hay placer y cuando estamos buscando ese placer como la más elevada forma de existencia, habrá no sólo miedo sino también dolor. Toda nuestra vida, tal como es ahora, se concentra en la persecución del placer. No estamos condenando esto, sólo estarnos mirándolo, observándolo, explorando la razón de que los seres humanos estén buscando permanentemente el placer.

¿Qué es el placer? Esto debe ser respondido por cada uno de nosotros; también tenemos que descubrir por qué buscamos el placer, no decir que no deberíamos buscarlo o que deberíamos reprimirlo. ¿Por qué la mayoría de nosotros busca el placer? ¿Por qué debemos buscar o no buscar el placer? Hay, pues, tres preguntas aquí. Nuestros valores están basados en el placer. ¿Por qué el placer se ha vuelto una búsqueda tan

urgente, tan exigente en extremo? ¿Qué es el placer? (Están el placer físico, tener buena salud, el placer sexual, el placer del logro, del éxito, de ser alguien famoso. Por favor, obsérvenlo en sí mismos, no se limiten a escuchar a quien les habla. Observen cómo la mente de ustedes se vuelve invariablemente hacia el placer). Hemos aceptado el placer como parte de nuestra vida. ¿Por qué se ha vuelto una cosa tan importante?

Ustedes saben, la vida es una serie de experiencias. Todo el tiempo estamos teniendo experiencias; evitamos o resistimos cualquier experiencia que nos ocasione dolor y perseguimos tenazmente, internamente, cualquier experiencia que nos brinde placer ¿Qué es el placer? ¿Cómo surge? Ustedes ven una puesta del sol y cuando la ven eso les produce un gran deleite. Lo experimentan y esa experiencia deja un recuerdo. Ha sido una experiencia de gran deleite y placer mirar esa maravillosa puesta del sol al otro lado de las colinas, con las nubes iluminadas en lo alto. Esa experiencia deja un recuerdo de placer y mañana querrán que ese placer se repita. No es sólo la experiencia de mirar la puesta del sol sino que también está el placer que han tenido a través del sexo; quieren que todo esto se repita. Esta repetición tiene lugar, como pueden observarlo, cuando el pensamiento piensa al respecto. Han contemplado esa puesta del sol y en ello hay placer; el pensamiento piensa en ese placer y le da vitalidad, continuidad. Lo mismo ocurre con el sexo y con otras formas de placer físico y psicológico. El pensamiento piensa o crea la imagen de ese placer y sigue pensando en él. Y el pensamiento, como lo hemos observado, también engendra el temor. Tengo miedo de lo que va a suceder mañana. Temo que las cosas que hice años atrás sean descubiertas. Temo pensando en el futuro y en lo que ha sucedido en el pasado, lo cual no me agrada, me avergüenza. Todo esto engendra temor.

Así, el pensamiento crea la imagen del placer y da continuidad al placer como da continuidad al temor. Eso es obvio. De ese modo, el pensamiento engendra dolor, invita al dolor, y el pensamiento también busca el placer. En consecuencia, nuestra vida -la que vivimos cotidianamente aparte de las teorías acerca de lo que deberíamos hacer, aparte de las religiones a las que pertenecemos, aparte de las ideologías-, nuestra vida es una constante batalla entre dos cosas, el placer y el temor. Y, como lo observamos, nuestra vida está llena de dolor, no sólo el dolor causado por algún padecimiento físico, sino también el que se produce psicológicamente, internamente. Por lo tanto, nuestra vida tal como la vivimos, es una batalla entre el placer, el temor y el dolor. Es un conflicto, una lucha interna, psicológica que se expresa exteriormente como sociedad. Nuestra vida, “tal como es” realmente, es una contradicción, un sufrimiento y un dolor constantes con ocasionales destellos de felicidad.

Uno se pregunta -y espero que también ustedes se pregunten esto- si una vida semejante puede terminar, terminar con su odio, sus celos, su envidia, su ambición, su codicia, si puede ser transformada en una clase diferente de vida, una vida de una dimensión diferente. ¿Puede uno morir a todo el pasado? Porque si lo observan, el placer está en el pasado o en el futuro. El momento actual de placer se traduce en términos del pasado o del mañana. No sé si alguna vez han observado esto. Y uno se pregunta seriamente si es posible vivir una vida en la que no haya conflicto en absoluto, ningún conflicto entre el placer y el temor. No que no haya placer cuando ven algo hermoso, una puesta del sol, una nube, un bello rostro, un árbol a la luz de la luna; hay un gran deleite en ver tales no podemos negar experiencias semejantes. Pero interviene el pensamiento y dice: “¡Qué hermoso fue aquello, debo experimentarlo nuevamente!”. Y así el pensamiento piensa al respecto, tal como lo hace con la pena y el dolor.

El interrogante, pues, es si el pensamiento, que da continuidad a la pena y al placer, puede dejar de alimentar al pasado y al futuro como placer, dolor o temor. ¿Me expreso claramente?

Nos estamos preguntando cuál es la función del pensamiento. El pensamiento tiene una realidad, el pensamiento debe funcionar. En todo el campo tecnológico, en todas las invenciones el pensamiento es extraordinariamente importante. Cuanto mayor sea la claridad, la lógica y la cordura con que pensamos, sin introducir en ello prejuicio ni sentimentalismo alguno, el pensamiento tiene una importancia tal que sin él uno no podría ir a su casa ni a la oficina; todo el conocimiento científico acumulado llegaría a su fin si no ejercitáramos el pensamiento. ¿Pero tiene el pensamiento alguna otra clase de existencia? ¿Entienden mi pregunta? Sé que tengo que pensar para decirles algo, para aprender un nuevo idioma; tengo que pensar, acumular palabras, aprender la gramática y demás a fin de utilizar el pensamiento como un medio de expresión. El pensamiento es necesario. Pero psicológicamente, internamente, ¿tiene el pensamiento lugar alguno? Por favor, ésta es una pregunta muy seria. ¿Por qué debe el pensamiento interferir o dar continuidad a una experiencia que nos ha proporcionado deleite? Ustedes vieron la puesta del sol ayer, algo maravilloso con extraordinarios colores, vitalidad y belleza. La vieron y ése es el fin de ello. Pero, ¿por qué debe intervenir el pensamiento y pensar al respecto convirtiéndola en un placer que desean repetir mañana? Entonces, cuando la miran, desean ese placer y no están mirando realmente la puesta del sol. Lo que están mirando es el recuerdo de la puesta del sol que han disfrutado ayer. Exactamente lo mismo pasa con el sexo y es exactamente igual con toda otra forma de placer.

El pensamiento, que engendra miedo, dolor y placer, ¿tiene lugar alguno en lo psicológico, en lo interno? El pensamiento debe existir para que funcionen nuestras vidas. Pero internamente, psicológicamente, como el pensamiento engendra pena, dolor y este constante impulso hacia el placer -el cual trae sus propias frustraciones, desengaños, ira, celos y envidia-, el pensamiento no tiene cabida alguna en esa dimensión, en ese nivel. ¡Si uno pudiera realmente hacer esto, ejercitar el pensamiento sólo cuando es absolutamente necesario y el resto del tiempo observar, mirar! De modo tal que el pensamiento, que es siempre viejo, que hoy impide la verdadera experiencia del mirar, pudiera retirarse y fuera posible vivir totalmente en este instante que es siempre el "ahora".

La próxima cuestión que vamos a discutir juntos es: "¿Qué es la muerte?" ¿Por qué la mente tiene tanto miedo de morir? Todos vamos a morir. La ciencia podrá inventar alguna medicina u otra práctica médica que brinde al hombre un tiempo más largo para vivir en su lastimosa desdicha. Pero tras de eso está siempre la muerte. En estos tiempos nadie habla de la muerte porque están todos demasiado asustados. Y nosotros queremos descubrir la verdad acerca de la muerte, descubrir realmente por qué el pensamiento ha creado esta imagen de temor. Vean, ésta es nuestra vida, nuestra vida que es tan desordenada, contradictoria, con sus guerras, su destrucción y su odio. Y si poseemos algún talento, alguna clase de destreza que nos proporciona un gran placer, en eso hay también un gran dolor. Ésa es nuestra vida y estamos sintonizados para ella. Y el pensamiento se dice: "No sé qué es la muerte. La pondré tan lejos de mí como sea posible".

Sintiendo temor a lo desconocido, el pensamiento inventa muchísimas teorías. Todo el mundo asiático cree en la reencarnación, o sea, en volver a nacer, con todas las complejas teorías que esto implica. Y el mundo cristiano también tiene sus propios medios para escapar del hecho real de la muerte. El miedo a la muerte es creado por el pensamiento, porque el pensamiento dice: "Yo sólo conozco el pasado, lo conocido, la vida cotidiana, los recuerdos, la rememoración de las cosas, del placer y del dolor. Sólo conozco el pasado, lo viejo. No sé qué es lo que va a suceder mañana o dentro de treinta años. De modo que mantengo la idea de la muerte lo más lejos posible". Por lo tanto, el pensamiento está fragmentado.

¿Es, entonces, posible descubrir lo que significa morir psicológicamente? El organismo físico, por el uso constante, las tensiones y demás debe deteriorarse inevitablemente y la muerte llega a causa de enfermedad, accidente o vejez. Es extraño que le tengamos tanto miedo a la vejez. Eso es lo que somos, ¿no es así? A medida que vamos envejeciendo, qué feos nos volvemos cubriéndonos de joyas, usando peinados fantásticos y pretendiendo que somos jóvenes otra vez. Hay una gran tristeza en todo esto, porque significa que nunca hemos vivido, ni siquiera sabemos qué es el vivir y, por lo tanto, tememos a la vejez. ¿Es, entonces, posible morir psicológicamente a todas las cosas que conocemos? Eso es lo que va a ocurrir cuando muramos. Vamos a dejar a nuestra familia, dejaremos nuestras experiencias, nuestras ambiciones, nuestros logros. Dios sabe cuánto más. No podemos argumentar con la muerte, pedirle que posponga la hora inevitable. Podemos escapar pensando en ella y diciendo: "Viviré en el más allá o resucitaré o seré esto o aquello". Ésas son sólo teorías, fantásticos conceptos psicológicos carentes de toda realidad.

¿Pero es posible morir psicológicamente a toda cosa conocida? ¿Lo han intentado? Morir a un placer, morir a una experiencia particular que retienen como muy querida, dejarla ir, fácilmente, dichosamente, sin esfuerzo. A menos que se cumpliera sin ningún esfuerzo, sería éste un estado morboso, masoquista. Pero, si no hacen esto, no saben qué es vivir. Miren la confusión terrible que hemos hecho de la vida, la fragmentación, la fealdad, la brutalidad que hay en todo. Si pudiéramos morir internamente a todos los apegos de la familia, de la posición, de los logros, entonces estaríamos libres de lo conocido que es siempre el pasado, el pasado que se proyecta como futuro pero que sigue siendo pasado. Si podemos morir a lo conocido, entonces tal vez sabremos qué significa vivir. El vivir se vuelve entonces algo por completo diferente; entonces es posible crear una clase por completo distinta de sociedad, diferente de esta sociedad sanguinaria, llena de injusticia, guerras e inmoralidad. Porque cuando ustedes mueran a lo conocido, quizá sabrán qué es el amor. El amor no es esa cosa que tenemos ahora: celosa, envidiosa, suspicaz, intrigante, ansiosa y buscadora de placer. Cuando hay verdadero amor, el placer es algo por completo diferente. Pero si ustedes colocan el placer en primer lugar, entonces el amor se va por la ventana. Y sin esta base del amor, sin morir a cada instante a las cosas que han acumulado, no pueden vivir una vida de recta conducta. Éstos son los cimientos. Entonces podemos penetrar en una dimensión por completo diferente. Entonces la meditación tiene un significado totalmente distinto. Porque la meditación no es todas las cosas extravagantes que se dicen al respecto; la meditación es vaciar la mente de lo conocido y entonces la mente es fresca, joven, inocente, vital, no está más presa en lo conocido sino que utiliza lo conocido como una herramienta, no por sí mismo.

Entonces, en ese vacío, la verdad tiene un significado completamente distinto, no es una cosa de la mente, del intelecto. Ahora, como nuestro tiempo es limitado, ¿podemos conversar sobre lo que se ha dicho? O pueden ustedes formular preguntas sobre alguna otra cosa.

Interlocutor: Yo le tengo miedo a la muerte porque amo la vida.

KRISHNAMURTI: "Le tengo miedo a la muerte porque amo la vida", ésa es la pregunta. Comentémosla. ¿Ama usted la vida? ¿La ama? Está ese soldado en Vietnam, y en Checoslovaquia reprimen a los checos, les niegan la libertad. El hombre puede ser muerto en cualquier momento en el campo de batalla, y en cuanto a usted, ir a la oficina todos los días de su vida durante treinta o cuarenta años... piense en el hastío que eso implica. La cosa que ama, ¿es esta vida de conflicto y desdicha? ¿Es amor esto, la espantosa confusión que estamos haciendo? No digo que no es una confusión. Usted podrá tener una casa muy cómoda, muchísimo dinero, o puede que esté peleando por un empleo, compitiendo, luchando, envidiando... ¿es eso lo que ama? ¿Es amor la vida? ¿Odiaría uno a otro ser humano? ¿Mataría a otra criatura viviente? Por cierto, cuando decimos que "amamos la vida", los que decimos eso somos toda esta confusión de vida que hemos creado a base de placer, pena y dolor. Así es la vida que vivimos.

¡Si la mente pudiera estar libre de todo eso, libre, vacía de lo conocido! Casi todos tememos estar solos; queremos hallarnos rodeados de gente, tenemos miedo de salir solos y ser nosotros mismos, actuar por nosotros mismos, porque entonces podríamos vernos como somos y eso nos atemoriza. Así que nos rodeamos de televisión, de teléfono, Dios sabe de qué más, de dioses, Escrituras, citas y de un conocimiento infinito acerca de cosas que en realidad no importan. Eso es lo que llamamos vida y es a eso que nos aferramos.

Estamos naturalmente asustados de la muerte, no a causa de que amamos, sino porque nuestras pequeñas ambiciones, nuestra realización, nuestros placeres llegan a su fin. Y ésa es la parte triste de nuestra existencia, lo atemorizados que estamos. Estando atemorizados inventamos hermosas teorías, porque nunca nos hemos dicho que vivir significa morir. Vivir plenamente, completamente, significa morir a todos estos absurdos. ¿Quiere usted formular una pregunta?

Interlocutor: ¿Está el temor justificado alguna vez?

KRISHNAMURTI: No sé bien qué significa esto, ¿usted sí? ¿Está diciendo que la conservación propia, física, es necesaria? Uno no se tira debajo de un autobús a menos que sea un poquito raro. ¿Se justifica el temor alguna vez? No veo por qué debería justificarse. ¿El temor está justificado, es justificable? Siento temor por algo que he hecho y que no quiero que usted sepa; en eso hay temor. No quiero que usted sepa que he sido un loco o que he hecho algo vergonzoso en el pasado; bueno, si lo sabe, ¿qué? ¿Por qué debo temer lo que usted pueda pensar? Ya ve, tengo una imagen de mí mismo, una recta, noble, maravillosa imagen acerca de mí mismo. Y no quiero descubrir que esa imagen no es como creo que es.

Formular una pregunta es bastante simple. Uno puede lanzar con bastante facilidad cualquier pregunta. Pero formular la pregunta correcta es una de las cosas más difíciles que hay. Lo cual no quiere decir que les estoy impidiendo hacer preguntas. Formular una pregunta correcta es posible sólo cuando uno mismo ha investigado todo esto muy minuciosamente. Entonces, cuando formula la pregunta correcta, la respuesta correcta está ahí y uno ni siquiera tiene que formularla. Pero ustedes *tienen* que formular preguntas, ¿no es así?, no sólo acerca del gobierno, o de la relación que tienen con la esposa, con el marido y todo lo demás, sino que también tiene que formular preguntas realmente vitales. Tales como: "¿Qué es la relación?". No sé si alguna vez se lo han preguntado. Lo estoy preguntando ahora. ¿Qué es la relación, no sólo con la esposa o el marido sino también la relación con el prójimo, con la sociedad? ¿Qué es la relación? ¿Podemos investigarlo? ¿Están seguros de que no les resultará perturbador? Me temo que va a perturbarlos. ¡Oh, sí lo hará!, se los demostraré en un minuto.

¿Qué es la relación? ¿Cuál es la relación entre ustedes y las estrellas? No la astrología y todo eso, sólo las estrellas. ¿Cuál es la relación entre ustedes y la nube en el atardecer cuando la ven iluminada? ¿Cuál es la relación que tenemos con nuestra esposa, con el vecino? ¿Está uno relacionado con su esposa? ¿Existe una relación con nuestra esposa, con nuestro marido? Entre esa nube y nosotros hay una relación porque hemos visto nubes anteriormente, tenemos el recuerdo y la palabra. Cuando decimos: es mi esposa, es mi marido, ¿en qué consiste esa relación? Uno tiene una imagen de su esposa y ella tiene la imagen de uno. El marido ha elaborado, a través de muchos años, una imagen de ella con el placer, el sexo, el confort, el fastidio, la glotonería, los regaños y todo eso. Y ella tiene una imagen de él. La relación es entre esas dos imágenes. (¿No? ¡Están muy callados!) Y eso es lo que ustedes llaman relación. Esa relación engendra ansiedad, temor, celos, el miedo a la soledad, el miedo a no tener un compañero o una compañera. Por lo tanto, establecemos esa relación legalmente, se vuelve sumamente respetable. Pero la relación es entre dos imágenes. Y cuando

miramos una nube, un árbol, una flor hermosa, las miramos con la imagen que tenemos de esa nube, de ese árbol, de esa flor.

Entonces, ¿tenemos realmente una relación con otro? Estar relacionado significa estar en contacto. Uno puede estar en contacto sexualmente, físicamente, pero eso no constituye una relación. Hablamos de una relación en la que no existe imagen alguna entre uno y otro. No sé si alguna vez lo han intentado. Háganlo. No tengan ninguna de su esposa, de su marido, de su vecino ni de nadie. Sólo miren, sólo vean directamente, sin la imagen, sin el símbolo, sin el recuerdo de ayer, de lo que ella me dijo, de lo que yo le dije, de cómo ella me fastidiaba y todo eso. Al despojarnos de estas cosas, existe la posibilidad de una verdadera relación. Porque entonces todo en esa relación es nuevo; la relación ya no pertenece más al pasado muerto.

Interlocutor: ¿Qué siente uno después de la muerte?

KRISHNAMURTI: Él pregunta: ¿Cuál es su noción, cuál es su opinión, qué piensa usted que ocurre cuando uno muere? ¿Correcto, señor? Me temo que usted no ha entendido lo que dije anteriormente. Señor, cuando no sabemos qué es el vivir, queremos saber qué es el morir y qué ocurre después de la muerte. No sabemos cómo vivir. Cuando sabemos cómo vivir, entonces sabemos cómo morir. Entonces el vivir es el morir, de otro modo uno no puede vivir. Sentir es algo actual, del instante; sentir ira, sentir con intensidad es actual, está en el presente. ¿Pero qué sucede? Siento ira, hay un estado al que llamo ira -por favor, escuchen esto-; esa palabra misma "ira" está relacionada con el pasado, reconocemos eso como ira y le damos un nombre porque ya lo hemos experimentado antes como ira. Así, cuando lo llamamos ira, lo estamos mirando con el recuerdo de otros momentos de ira. ¿Puede usted mirar el sentimiento presente sin clasificarlo, sin darle un nombre?

¿Qué ocurre después de la muerte?, ésa es la pregunta. Podemos complacernos en opiniones y decir "esto es lo que pienso y eso es lo que piensa usted". Por una parte está la opinión intelectual, racional, materialista: "Ése es el fin de todo, cuando uno muere, muere". Por otra parte están las así llamadas personas espirituales que tienen ideas, opiniones, creencias. Pero ni la persona materialista que dice: "La vida es vivida y cuando uno muere, muere y ése es el fin de todo", ni el hombre que dice: "Hay algo extraordinario después de la muerte, uno vivirá en una nube o va a reencarnar", nos están ofreciendo la verdad; éstas son sólo opiniones. Para descubrir la verdad en esta cuestión, uno no debe pertenecer ni a los creyentes ni a los explicadores puramente racionalistas, intelectuales. La mente tiene que ser mucho más sutil, mucho más sensible para descubrir. Una mente así sabe lo que significa vivir muriendo cada día.

Interlocutor: ¿Qué valor asigna usted a las ciencias sociales y a la comprensión del hombre?

KRISHNAMURTI: Señor, cuando usted tiene dentro de sí mismo todo el laboratorio, ¿por qué quiere "estudiar al hombre"? Estúdiese a sí mismo, al ser humano total, a usted, estudie toda la complejidad, la belleza, la extraordinaria sensibilidad que es usted mismo. ¿Por qué quiere estudiar lo que algún otro dice acerca del hombre? Toda la humanidad es usted. Y usted en su relación con otro es la sociedad. Usted ha creado este mundo feo, terrible, el cual se ha vuelto tan por completo carente de sentido que los jóvenes se están rebotando en todas partes. Para mí, ésta es una vida muy insensata. La sociedad que el hombre ha creado es el producto de sus propias exigencias, de sus propias urgencias, de sus instintos, sus ambiciones, su codicia y su envidia. Usted piensa que leyendo todos los libros que se han escrito acerca del hombre y dedicándose al estudio social, va a comprenderse a sí mismo. ¿No sería mucho más sencillo empezar con usted mismo? Mírese, sin condenarse ni justificarse, sólo mire, observe el modo como habla, como argumenta y discute, mire todos sus prejuicios, sus ambiciones, sólo mire. En lo profundo de sí mismo tiene usted toda la historia del hombre y, sin conocerse directamente a sí mismo, no puede crear un nuevo orden social. No es que no deba estudiar a la sociedad y lo que otras personas han escrito respecto del hombre y todo lo demás. Yo, personalmente, no he estudiado nada de esto. Uno lleva dentro de sí mismo toda la cosa; mire, y sabrá muchísimo. ¿Señor?

Interlocutor: ¿Son iguales los seres humanos?

KRISHNAMURTI: ¿Lo somos? Usted es muy inteligente, yo no lo soy. Usted es altamente sensible y original. Puede pensar claramente, racionalmente, bellamente, y yo estoy lleno de prejuicios, de idiosincrasias, soy temperamental y estas cosas me estorban; usted tiene un empleo mejor, un auto más grande, una casa más amplia. Su cerebro es mayor que el mío. ¿Hay igualdad? Puede haber igualdad de oportunidades. Pero, ¿por qué comparamos, por qué me digo que usted tiene un cerebro mucho mejor que el

mío, por qué? ¿Por qué estoy celoso de usted? ¿A causa de la comparación? Obviamente, estamos condicionados desde la infancia para comparar; en la escuela, en los negocios, en la iglesia donde existe el sistema jerárquico desde el humilde sacerdote hasta el Papa y demás. Pero, ¿por qué vivimos siempre comparando? ¿Puede la mente dejar de comparar? Sólo entonces quizá fuera de algún modo posible la igualdad, pero no tal como somos.

Interlocutor: Hemos dicho que el vivir es el morir, pero ¿qué sucede con el alma después de que uno muere?

KRISHNAMURTI: Primero: el vivir es el morir. Veamos eso. ¿Acaso estoy viviendo cuando vivo siempre en el pasado, cuando el pasado está siempre ahí con sus recuerdos, con sus remembranzas? ¿Es eso vivir? O cuando vivo en el futuro, pensando en lo que debería ser, en lo que debo llegar a ser, en cuál será mi posición, si fui más poderoso en el pasado o si voy a serlo en el futuro, ¿estoy viviendo en realidad? Estoy viviendo sólo cuando hay un morir al pasado y al futuro. Entonces existe una oportunidad de vivir por completo en el presente, lo cual implica vivir de una manera intemporal. Y cuando vivo intemporalmente, ¿hay muerte?

Existe esta división acerca del alma y el espíritu, y está todo el mundo comunista educado en ideologías diferentes, condicionado de una manera diferente: ellos no creen en el espíritu y el cuerpo o el espíritu y el alma. Usted cree porque así es como está condicionado. ¿Hay un alma? Tenga la bondad de seguir esto, no diga que todo es un disparate sino mírelo, examínelo. “El alma”, ¿qué significa eso? ¿Es algo permanente, algo a lo cual usted puede sumar o restar pero que posee una cualidad de permanencia? ¿Tal como los hindúes en el mundo asiático dicen que existe “el Atman”? Ellos están condicionados en Oriente por esa palabra y ustedes están condicionados aquí por la palabra “alma”. Tenemos que examinar esto muy minuciosamente, sin temor alguno, cuestionándolo, descubriendo la verdad de ello, lo cual implica que debemos estar libres de condicionamientos, o sea, capacitados para mirar. ¿Hay en nosotros un estado permanente, una cualidad permanente que llamamos “el alma”, un espíritu permanente? ¿Existe algo que sea permanente? ¿O el pensamiento es el que otorga permanencia a una cosa en particular? Uno da permanencia al pasado pensando en él, en el pasado, en la esposa, en el marido, en la casa, en lo que fuere. Y eso se vuelve permanente. El pensamiento confiere permanencia a cualquier cosa. No sé si alguna vez ha tratado usted de colocar un trozo de estaca en la repisa de la chimenea poniéndole delante todos los días una flor. Haga esto por un tiempo, hágalo con gran devoción, con gran respeto por la estaca y verá cuán extraordinariamente importante se vuelve esa estaca. Así ocurre con nuestros dioses y nuestras almas si pensamos al respecto. Nos encontramos entre personas que están llenas de alma y espíritu; los hindúes con su “Atman” son gente muy materialista porque adoran el pensamiento y el pensamiento es siempre viejo, es la respuesta de la memoria, y la memoria es cenizas, las cenizas muertas del ayer.

Cuando podamos mirar sin división alguna el alma, el espíritu, el “Atman”, entonces podremos mirar la totalidad de la vida sin fragmentarla, sin dividirla. Entonces verá usted que existe una belleza que está más allá del tiempo y más allá del pensamiento.

Interlocutor: ¿Estoy en lo cierto cuando digo que la vida es eterna, que la muerte no existe?

KRISHNAMURTI: ¿No existe la muerte? Usted se va a morir uno de estos días. Espero que no lo haga (*risas*) pero todos vamos a morir. Y usted dice que la muerte no existe. Esas personas que son muertas en Vietnam, ¿dicen que la muerte no existe? Cuando muere mi hijo, mi hermano, mi hermana, mi esposa, ¿digo que la muerte no existe? Lloro, me siento solo, soy desdichado. ¿Digo que la vida es eterna? ¿La vida, esta vida? ¿La vida de ir a la oficina todos los días? La lucha, los prejuicios, el odio, la envidia, la aflicción extrema, el dolor, ¿quiere usted que sean eternos? Eso es todo lo que conocemos, a menos que muramos a todo eso, no meramente en teoría, sino poniendo realmente fin a una ambición particular, a la codicia, a la envidia, al prejuicio o a la opinión Si hacemos esto, entonces podremos ir muy lejos, entonces la mente podrá viajar sin límites. Pero vivir la vida que vivimos y llamar a eso vida eterna, conduce meramente a la división, a la hipocresía, a un estado carente de realidad.

Interlocutor: El hombre sabe que va a morir. Entonces, ¿por qué no poner fin a esto ahora y retirarse por completo de la sociedad?

KRISHNAMURTI: ¿Está usted sugiriendo que, como voy a morir dentro de diez o cincuenta años, me daría lo mismo cometer suicidio ahora? ¿Es eso? Y, ¿puedo retirarme de la sociedad? ¿Sabe lo que significa ser un extraño en la sociedad? Entendiendo por esto no tomar parte ni posición alguna en ella, negar completa y

totalmente la moralidad social con sus odios y envidias, negarla y estar fuera de ella. Esto implicaría no odiar, no tener prejuicios; entonces puede usted ser un extraño, entonces se ha retirado realmente de la sociedad. ¿Puede hacer todo eso? Señor, morir al pasado no quiere decir suicidarse. Si usted muere a todas las estupideces, a toda la brutalidad, a la arrogancia, al orgullo, a la violencia, si hace eso, entonces está fuera de la sociedad inmediatamente en lo psicológico, en lo interno, aunque pueda ponerse una corbata y pantalones e ir a la oficina para ganar dinero. Cuando hace eso, usted no pertenece a esta estructura.

Interlocutor: Sé cómo opera el pasado, pero no obstante continúo del mismo modo.

KRISHNAMURTI: ¿Por qué? ¿Conoce el pasado? ¿Sabe lo que implica? Mire, usted -no usted personalmente, señora, hablo de manera impersonal-, usted está casada y tiene un marido, tiene una imagen de él y él la tiene de usted; ¿puede romper esa imagen, poner fin a esa imagen inmediatamente? No puede porque se aferra a esa imagen; se sentiría terriblemente trastornada si no tuviera imagen alguna en absoluto. Existe el recuerdo particular de un placer, el cual continúa viviendo con usted y usted es esto, forma parte de ello. Y entonces pregunta por qué, aun sabiendo que el pasado es, obviamente, tonto en parte, continúa con él, lo sigue manteniendo. Porque hay miedo de renunciar a algo, porque teme encontrarse sola, porque usted es el recuerdo de lo que ha sido. Por favor, preste verdadera atención a esto. Lo que usted es ahora, es la suma de sus recuerdos y sin esos recuerdos usted no existe. ¿Qué es usted? No sé si alguna vez se ha mirado a sí misma. Si lo ha hecho, habrá visto que es un haz de recuerdos, ya sean sus recuerdos del pasado o de lo que usted podrá ser en un futuro que proyecta desde el pasado. Eso es todo lo que usted es, un haz de palabras, de recuerdos. Perdón por plantearlo tan rudamente. Y si dice que desechará todo el pasado y el futuro, ¿qué es usted entonces? Ésa es la verdadera pregunta: ¿qué es usted entonces? Para descubrirlo, tiene que morir al pasado y al futuro. Entonces descubrirá por sí misma lo que es, lo descubrirá en esa región donde el pensamiento no penetra, en ese estado que es algo totalmente nuevo, del instante.

7 de septiembre de 1968

Dos Pláticas y Discusiones

MORCELO, Puerto Rico

1. - 14 de septiembre de 1968
2. - 15 de septiembre de 1968

1

NO SE Si han contemplado aquellas colinas que están salpicadas de casas y se ven muy apacibles y hermosas. No han sido construidas por la mente, sólo resulta que se encuentran allí. Y ustedes vienen aquí para que se les diga ciertas cosas, para que se les hable, se les informe, se les persuada, se les adoctrine con determinadas ideas. Desean ser persuadidos y me temo que no voy a hacer nada por el estilo. Se han sentado aquí calladamente, la mayoría de manera forzada, antes de la reunión; alguien ha dicho: "Siéntense en silencio, no hablen, ésta es una reunión seria" y ustedes prestamente se han aquietado. Escuché desde esa casa donde me alojo el ruido que había antes y el que hubo después de que alguien les dijo "tienen que estar callados" y todos se quedaron súbitamente en silencio. ¡Esto es realmente terrible! Ustedes necesitan que alguien les diga lo que deben hacer. Si fueran absolutamente serios se quedarían naturalmente quietos por un ratito sin que nadie les dijera que estén callados, que no aplaudan, que no hagan esto o aquello. Si somos naturales y serios nos quedamos instintivamente silenciosos frente a aquellas colinas y esas nubes hermosas y el espacio abierto y el cielo azul. Así que, por favor, no sean persuadidos, aleccionados, no deseen que se los adoctrine mediante un nuevo conjunto de ideas. Más bien discutamos las cosas juntos, como dos amigos que se encuentran y que son bastante serios y quieren explorar los múltiples problemas que todos tenemos. Estos dos amigos no están tratando de convencerse el uno al otro respecto de algún punto de vista particular ni uno trata de persuadir al otro de que sólo él está en lo correcto. Creo que esto tiene que estar claro, que ustedes son libres para discutir, libres de decir lo que gusten, libres para observar, no sólo las colinas y las nubes y el cielo azul, sino también para mirarse abiertamente a sí mismos. De lo contrario, se vuelven hipócritas. Piensan una cosa, sienten alguna otra y se ponen una máscara de silencio o de seriedad o de distintos tipos de presunciones, cosas que no sienten en absoluto.

Me gustaría investigar ciertos problemas y, tal vez, si también están dispuestos, podríamos explorarlos juntos -no sólo la belleza de los problemas sino también su complejidad- y posiblemente podríamos resolverlos. Por eso estamos aquí. En primer lugar, déjenme que les diga: se nos persuade muy fácilmente, obedecemos y nos amoldamos con mucha facilidad. Ése es uno de nuestros condicionamientos que nos ha impuesto la sociedad mediante diversas formas de sanciones religiosas e inhibiciones sociales, de manera tal que no sabemos por nosotros mismos cuáles son nuestros problemas ni cuáles son nuestros propios sentimientos, nuestra propia claridad en el pensar. Por lo tanto, tenemos que tornarnos conscientes de lo que realmente somos, no de lo que otros nos dicen que somos, no de lo que la sociedad o las iglesias de todo el mundo han forzado al hombre a pensar a lo largo de una línea particular, sino despojarnos de todo eso, desnudarnos de todas las múltiples máscaras y capas con que nos han cubierto y percatarnos por nosotros mismos de cómo somos. Ése es uno de los problemas.

¿Saben qué es lo que entiendo por "percatarse"? Ésta es una común expresión inglesa (*become aware*) que significa ser o estar consciente de algo, ver, observar todo lo que se halla fuera de nosotros mismos, estas hojas en el viento, las colinas, su contorno, aquellas casas vulgares, esos feos caminos que marcan con cicatrices las colinas... sólo observar exteriormente. Tengan la bondad de hacerlo a medida que avanzamos. Y vean los colores, la forma de las nubes, el ciprés, esos dos cipreses que están allá, el color del follaje y esas mariposas azules y amarillas. Observen todo esto, observen a las personas que se sientan junto a ustedes, los abrigos, todo lo que las mujeres visten, los colores y la reacción de ustedes a todo eso. Observen externamente, percátense de las cosas exteriores y después, si pueden, dense cuenta de las propias reacciones a todo esto, por qué les gusta eso y no les gusta aquello, por qué les agrada ese color en particular o esa colina en particular y la curva y el pliegue de aquellas colinas; observen sus reacciones. Y descubran por qué tienen esas reacciones, sólo observen, no digan: "esto está bien" o "esto está mal", condenándolo, juzgándolo o evaluándolo, sino simplemente observen sus reacciones; sólo que esto es bastante difícil, porque al mirar un árbol o aquellas colinas podemos percatarnos de eso sin juicio alguno, ya que no nos toca profundamente en lo personal. Pero si nos miramos a nosotros mismos, las reacciones que tenemos, y observamos esto, entonces se trata de algo muy personal, subjetivo, muy íntimo, y por eso no somos capaces de mirar con absoluta objetividad.

Ése es uno de nuestros problemas: mirar el mundo exterior a nosotros mismos, los políticos, sus absurdos, sus insensateces, sus promesas, sus ambiciones personales. Observar todo lo que nos rodea y entonces percatarnos de nosotros mismos y de nuestras reacciones, observando sin juicio alguno esas reacciones, lo cual es bastante arduo. Pero ustedes saben, cuando miran alguna cosa, cuando miran uno de esos árboles, instintivamente nombran el árbol, ¿no es así? Dicen: "Es un ciprés, es un naranjo, es un banano". El nombrar mismo de los objetos les impide mirarlos. Por favor, háganlo mientras estamos hablando, puede resultar muy divertido.

Cuando nombran una cosa, la palabra misma actúa distrayendo la observación. Al emplear la palabra "ciprés" están mirando el árbol a través de la palabra; por lo tanto, no están mirando realmente el árbol. Están mirando ese árbol a través de la imagen que han construido y así la imagen les impide mirar. De igual modo, si tratan de mirarse a sí mismos sin la imagen, esto es bastante extraño y hondamente perturbador. Miren cuando están enojados, cuando están celosos, miren ese sentimiento sin nombrarlo, sin ponerlo en una categoría. Porque cuando lo ponen en una categoría o lo nombran, están mirando ese estado presente de sentimiento a través de la memoria del pasado. No sé si están siguiendo esto. En consecuencia, no están mirando realmente ese sentimiento, sino que lo miran a través de la memoria que se ha ido acumulando cada vez que surgieron otros tipos similares de sentimiento.

Por lo tanto, uno jamás se halla en contacto con el árbol o consigo mismo. ¿Está lo bastante claro esto? Porque es importante, como lo verán de inmediato si lo investigan a fondo. La palabra, o sea, el símbolo, la descripción, no es la cosa descrita. La palabra "árbol" no es el árbol real y probablemente estamos presos en la palabra. La palabra nos impide estar en un contacto muy estrecho con el árbol. Cuando nos miramos a nosotros mismos -si es que lo hacemos alguna vez- y decimos: "Eso está mal, o eso está bien, tengo todo el derecho de estar celoso o envidioso", estas palabras impiden el verdadero contacto con ese sentimiento y, en consecuencia, hay una división entre el observador y la cosa observada. ¿Está bastante claro?

Cuando hay una división entre el observador y lo observado, esa división crea conflicto, ¿no es así? Estoy airado; la palabra "ira" es ya una palabra condenatoria; así, cuando digo que estoy "airado", me he separado a mí mismo de ese sentimiento que he llamado "ira". Hay una división entre el observador y la cosa observada, que es la ira. En esa división surgen todas las otras formas de complejidades. Les mostraré lo que quiero decir. Cuando digo "estoy airado" he exteriorizado mi ira; por lo tanto, hay una división entre el observador y lo observado. En esa división condeno la ira. En ese estado de separación hay condena o justificación y, en consecuencia, conflicto; trato de reprimir la ira o de justificarla. Así, la razón del conflicto en la mente humana es esta división entre el observador y lo observado. Y mientras hay conflicto, cualquier forma de lucha, hay distorsión de la mente.

Eliminar la distorsión o falta de claridad y, en consecuencia, estar libre de conflicto, es no tener división alguna entre el observador y lo observado. Por lo tanto, la mente es capaz de mirar las cosas sin la distancia del tiempo. ¿Es griego esto para ustedes? Cuando uno se refiere a alguien diciendo que es comunista, o ruso, habla de lo que los rusos han hecho en Checoslovaquia y se siente furioso al respecto o lo justifica, cuando uno es el observador y el ruso es lo observado, entonces la ideología particular de uno y otro les impide a ambos mirar al otro sin que haya división.

Ustedes saben, la gente ha tomado L.S.D. y diversas clases de drogas. Yo nunca las he tomado porque siento que esto sería demasiado inmaduro e infantil. Pero cuando uno ha hablado con muchos de los que han hecho uso de ellas -es lo que ocurre actualmente-, le han dicho que el espacio entre el observador y lo observado desaparece; por lo tanto, uno ve el árbol con claridad asombrosa, ve el color como jamás antes lo ha visto, se mueve químicamente en una dimensión distinta. Por eso la droga es tan popular. Les da brío, una sensación de tremenda vitalidad, un sentido de observación: lo que ven es mucho más agudo, mucho más intenso, los colores son increíbles. A causa de que no hay conflicto y no hay división, la percepción es instantánea. De igual modo, cuando uno puede mirarse a sí mismo con una claridad en la que no existe la división como observador o pensador y los pensamientos observados, entonces uno ve lo que realmente es y en ese estado desaparece todo conflicto.

Si uno pudiera hacer esto, descubriría por sí mismo que la comprensión no es un proceso mental, que no es una afirmación intelectual, verbal. Por ahora es suficiente. ¿Discutiremos eso y después terminaremos con ello y continuaremos con alguna otra cosa?

Interlocutor: ¿Se identifica uno a sí mismo con el árbol? ¿Se identifica, subjetivamente, con la ira y demás?

KRISHNAMURTI: Me pregunto qué entendemos por esa palabra "identificar". Identificarse uno mismo con algo; o sea, me identifico con la India, con las cosas que suceden en la India, la pobreza, la corrupción y el

desgobierno, el estado espantoso de ese pobre país; me identifico con eso, tal como usted se identifica con este país o con el cristianismo o con lo que sea. En primer lugar, ¿por qué queremos identificarnos con algo? Es muy importante que discutamos esto. ¿Por qué, en modo alguno, quiero identificarme con "mi esposa", "mi casa", "mi país", "mi Dios", con cualquier cosa que sea? ¿Por qué?

Ante todo, ¿por qué quiero identificarme con algo? Si no me identifico con mi país, ¿qué ocurre? Me siento más bien perdido, ¿no es así? Me siento aislado, me siento extraño, un poco atemorizado, excluido, podría perder mi trabajo. Por lo tanto, me identifico con mi país lo cual me da cierta vitalidad, ciertas formas de resistencia y siento que pertenezco al rebaño. Estar solo es muy difícil porque invita a gran cantidad de problemas. Ése es, entonces, el proceso de la identificación con algo externo, que en realidad es la acción interna de identificarse con alguna cosa a fin de estar seguro. Esa seguridad me brinda cierta satisfacción.

Ahora bien, cuando observo ese árbol, ¿es eso una identificación con el árbol? Yo no soy ese árbol, obviamente, eso sería demasiado tonto. No soy ese cerdo que pasa por allí. Observo, vigilo, y el espacio entre el observador y la cosa observada desaparece y veo la cosa mucho más íntimamente. La veo más, con mayor energía, vitalidad e intensidad. Esto no quiere decir que me identifico con ella.

Interlocutor: ¿Existen grados en el percatarse de algo?

KRISHNAMURTI: No. O se percata usted de ese árbol o no se percata de él. Vea, damos a esa palabra un significado extraordinario. Me "percato" (*I am "aware"*) de ese árbol. El árbol está allí y yo estoy aquí. Me percato de ese árbol sólo cuando le concedo mi atención. Pero puedo mirarlo casualmente o pasar al lado. Seamos muy sencillos respecto de estas cosas. Observo al político, sus promesas, la vanidad, la ambición, el instinto de poder; él no cree en nada de lo que habla, sólo se preocupa por sí mismo. Lo observo y veo lo que es. Si quiero ser como él, un político, entonces me identifico con él. (Como casi todos en el fondo somos políticos, es muy fácil que nos identifiquemos). Pero si veo el absurdo, las tretas, las insensateces de todo lo que dice, entonces no existe relación alguna con eso.

Interlocutor: ¿Se convierte uno en el objeto?

KRISHNAMURTI: No, usted no se convierte en el objeto. ¡Oh, Dios mío, sólo piense en ello!

Interlocutor: ...el observador y lo observado son una sola cosa.

KRISHNAMURTI: No, señor, no dije que el observador y lo observado son una sola cosa. Dije que cuando desaparece el espacio entre el observador y lo observado, surge una dimensión por completo diferente. Yo no puedo convertirme en el árbol, soy demasiado inteligente para convertirme en ese árbol. Pienso que esto es bastante difícil, señor, y usted está en lo correcto al persistir en formular esa pregunta, porque de hecho no experimentamos, no llegamos a sentir que el observador y lo observado son uno.

Interlocutor: Cuando no justifico ni condeno, el espacio desaparece.

KRISHNAMURTI: Mire, señor, expongámoslo más directamente y tal vez entonces lo verá usted de manera más exacta, más profunda. Si estamos casados y tenemos esposa o marido, nos identificamos con nuestra esposa o nuestro marido; uno se identifica con esa persona y, ¿qué ocurre realmente? Cuando usted se identifica con su esposa, ¿se convierte en ella?

Interlocutor: ...uno se convierte en esclavo de ella.

KRISHNAMURTI: No lo sé, usted sabe mejor que yo acerca de esto. (*Risas*) Por favor, observe un poco más, no diga: "me convertiré en un esclavo, ella me domina, ella es esto y aquello"; primero observe. ¿Por qué me identifico con mi esposa o con mi marido? ¿Qué significa eso?

Interlocutor: Es por seguridad o placer.

KRISHNAMURTI: Considérelo usted mismo por un momento, lo verá. Investíguelo por sí mismo. Cuando me digo: "Ésta es mi casa", me he identificado con esa casa. La casa es mía, la poseo legalmente. ¿Pero por qué insisto tanto en identificarme con ella? Es mi casa. Cuando digo que es mi casa, la casa es más importante

que yo mismo. Los muebles que hay en la casa son mis muebles; los muebles son más importantes que yo. Así, todas las posesiones son mucho más importantes que el poseedor. Y eso es lo que somos. Es “mi” caballo, y el hombre que lo monta es más pequeño que el caballo mismo, tanto en estatura como en su dignidad. No sé si ha observado todo esto, tiene que haberlo hecho.

Por lo tanto, nuestra pregunta es: Cuando me identifico con mi mujer o con mi casa, ¿por qué lo hago? Lo hago porque... no soy yo quien debe decirlo, díganme ustedes por qué lo hago.

Interlocutor: Parecemos más importantes.

KRISHNAMURTI: No, no. Considérelo un poco más. Acabo de decirlo, cuando usted posee algo, lo cual es una forma de identificación, la cosa que usted posee se vuelve mucho más importante. ¿No? Entonces dígamelo, por favor, puedo estar equivocado. Puedo equivocarme, señora. Cuando nos identificamos con la bondad, la bondad que él o ella pueden tener, esa identificación es el reconocimiento de nuestra falta de bondad y de que deseamos tenerla. ¿Es así? Entonces, ¿por qué no me identifico con mi mujer cuando ella me regaña? Usted se identifica con algo que llama bueno y no se identifica con lo que llama malo.

Interlocutor: Trato de fijar ese sentimiento...

KRISHNAMURTI: Señor, mire, todo esto significa ausencia de libertad, ¿no es así?, “mi familia”, “mi casa”, “mi país”, “mi Dios”, “mi creencia”. Obviamente, nuestra identificación con algo es el estado de un prisionero, no nos da libertad para mirar. Cuando el ruso se identifica con su gobierno, no puede mirar lo que está haciendo en Checoslovaquia. Y yo no puedo, si me identifico con mi esposa, ver lo que ella es. Lo cual implica que no soy libre. No es cuestión de estar libre de ella, sino que no hay un estado de libertad en mí.

Interlocutor: (Inaudible)

KRISHNAMURTI: Por supuesto, señor, eso está implicado. De ahí puede usted ver que sólo en libertad es posible mirar.

Interlocutor: ¿ Cuál es, entonces, la realidad del tiempo y del espacio?

KRISHNAMURTI: Algunos filósofos dicen que eso es cosa de la mente. Tal vez, señor, eso podremos encararlo después de terminar con esto, con esta cuestión del observar.

Interlocutor: ¿Qué nos impide tener esta libertad?

KRISHNAMURTI: Pienso que nada se lo impide, excepto usted mismo.

Interlocutor: (principio inaudible) ...llamar las cosas por sus nombres.

KRISHNAMURTI: Es exactamente eso, señor, hay una reacción automática a las cosas cuando las llamamos inmediatamente por sus nombres. ¿Cómo podemos impedirlo? Usted no puede. Tiene que advertir lo condicionado que está cuando se encuentra con un hombre negro o con un izquierdista. Cualquiera que sea esa reacción, es inmediata, porque su cultura, su educación lo han condicionado muy profundamente. Usted sabe, en la India este condicionamiento ha continuado no por dos mil años como aquí, sino por unos diez mil años. Y el condicionamiento es tremendo. Librarse de ese condicionamiento no es una cuestión de tiempo; podemos tomar un atajo y terminar con él: cuando vemos el absurdo que implica ese condicionamiento, le ponemos fin.

Interlocutor: ¿Podemos examinar aquí la cuestión del tiempo? Yo puedo romper con el condicionamiento inmediatamente, pero eso no dura.

KRISHNAMURTI: Bien, ¿podemos investigar esta cuestión del tiempo que usted planteó primeramente, del tiempo y del espacio? Él dijo: “Yo puedo romper inmediatamente con el condicionamiento pero eso no dura”. El “durar” es una cuestión de tiempo, el tiempo es duración, ¿no es así? O sea, que yo puedo dejar de estar airado instantáneamente, pero este estado no dura, al minuto siguiente puedo estar airado otra vez. Por lo

tanto, uno tiene que descubrir qué es el tiempo. No lo que dicen algunos filósofos -porque no sé lo que dicen, no leo libros en absoluto, afortunadamente para mí-. Uno puede ver lo que es el tiempo. ¿Qué es el tiempo? Está el tiempo del reloj, o sea, el tiempo cronológico, el tiempo que toma ir de aquí a una casa; el tiempo implica cubrir ese espacio que existe entre este lugar y su casa. La casa es un objeto fijo -por favor, escuche cuidadosamente esto-, es un objeto fijo y el tiempo que toma cubrir esa distancia es mensurable. Existe, pues, el tiempo según el reloj. Eso está claro. Hubo tiempo como ayer, hay tiempo como hoy y mañana, lo cual nuevamente forma parte del tiempo cronológico; ayer estuve en Londres, hoy estoy aquí, mañana estaré en Nueva York. Otra vez, esto implica la distancia a través del tiempo del reloj. Eso está claro. No soy un filósofo, así que perdónenme. (*Risas*) ¿Existe otro tiempo?

Interlocutor: ¿El tiempo que gastamos en vivir?

KRISHNAMURTI: O sea, ¿qué? ¿Los días que usted gasta en vivir? ¿El tiempo, envejecer, morir, cubrir un espacio y terminar? Por favor, estoy preguntando algo, preste atención. ¿Hay algún otro tiempo excepto el tiempo cronológico?

Interlocutor: El tiempo psicológico.

KRISHNAMURTI: Hay un tiempo llamado psicológico. Existen, pues, dos tiempos: el tiempo del ayer, hoy y mañana, la distancia, el tiempo que usted emplea en ir de aquí a su casa; ésa es una clase de tiempo. Toma tiempo aprender un idioma, acumular un montón de palabras, memorizarlas; eso tomará tiempo. Aprender una técnica, un oficio, una habilidad, todo eso implica tiempo, tiempo cronológico. Luego está el tiempo psicológico, el tiempo que la mente ha inventado. La mente que dice: Yo seré presidente, mañana seré bueno, me realizaré, tendré éxito, seré más próspero, lograré la perfección, llegaré a ser comisario, seré esto, seré aquello. Aquí, el tiempo está entre la meta y el estado presente. Esa meta que yo mismo he establecido a fin de alcanzarla, tomará tiempo; debo luchar, debo impulsarme, debo ser ambicioso, brutal, debo desalojar de mi camino a todos. Éstas son todas proyecciones de la mente y de lo que ésta desea lograr; crean el tiempo psicológico. Tenemos, pues, estas dos clases de tiempo: el tiempo cronológico y el tiempo psicológico.

Interlocutor: ¿Hay alguna diferencia? Convertirme en el presidente o aprender italiano toma, digamos, seis años o seis meses.

KRISHNAMURTI: Sí, eso toma tiempo. Reconozco estos dos estados, el cronológico y el psicológico. Pero el tiempo psicológico, ¿es real o es una ilusión? ¿No ha comprendido, señor? Me lo estoy preguntando a mí mismo. ¿Existe el tiempo psicológico en absoluto?

Interlocutor: (Inaudible)

KRISHNAMURTI: Sí, señor, comprendo, pero tenemos que investigarlo muy profundamente y es necesario que vayamos muy despacio. No afirmemos nada. No diga: "es una ilusión, no es una ilusión, es como esto o como aquello", no caigamos en esos absurdos. Aquí hay dos hechos; uno, que soy esto, el otro, que quiero ser eso, ya sea algo grande o algo pequeño. Y eso también implica espacio y tiempo. Lo otro es llegar de aquí a la casa, la distancia a cubrir, lo cual requiere tiempo. Me digo que ambos tiempos parecen ser reales, reales en el sentido de que tengo una meta, de que quiero ser poderoso, rico, famoso y me impulso hacia ello. Llegar a ser famoso toma tiempo, porque la imagen que he creado de la fama está allá, a la distancia y tengo que cubrir esa distancia a través del tiempo; no soy esa imagen ahora, pero la seré en el futuro. (No estoy en la casa ahora, estoy aquí). Ello tomará tiempo. Y ahora quiero ser famoso. Psicológicamente, ésa es mi proyección, es la imagen que he creado de la fama. Ahí está, uno lo ve. He proyectado esa imagen, es mi imagen porque me he comparado con otras personas famosas y quiero ser como ellas. Y eso implica lucha, competencia y crueldad. Es algo real lo que quiero, ¿no es así? Quiero eso y lucharé para obtenerlo. No me pregunto por qué he creado esa imagen. No me pregunto qué implica llegar hasta esa imagen. Sólo digo: "Tengo que ser esa imagen". Por lo tanto, en esto hay muchísimo conflicto, pena, sufrimiento y brutalidad. Y ése es mi condicionamiento, porque desde la infancia me han dicho que debo ser esto, que debo aprobar mis exámenes, que debo ser un gran hombre, que debo ser un hombre de negocios, un abogado, un profesor, lo que fuere.

Así he creado esa imagen y no he averiguado por qué lo he hecho. Si veo el absurdo de esa imagen, si veo su futilidad, la pena, la aflicción, la ansiedad, todo lo que ella implica, no creo la imagen; por lo tanto, la he abolido.

Interlocutor: ¿Qué hay de malo en tomarse tiempo para aprender italiano?

KRISHNAMURTI: No, por favor, no mezcle las dos cosas, por favor, manténgalas...

Interlocutor: Son dos estados psicológicos, no soy nadie y mañana seré alguien.

KRISHNAMURTI: No soy nadie y mañana seré alguien. El "mañana" está ahí en mi mente. Espero el mañana para que eso suceda. Por lo tanto, hay tiempo (o pienso que lo hay). Seré famoso. La palabra "seré" está en el futuro. Así que me pregunto: ¿Hay en absoluto un mañana? El mañana existe sólo cuando deseo ser alguna cosa.

Interlocutor: ¿Puedo estar libre del tiempo psicológico?

KRISHNAMURTI: Se lo estoy mostrando, señor. ¿Puede el hombre estar libre del tiempo psicológico? Descúbranlo por sí mismos, señores, pueden verlo. Si yo quiero ser famoso, no puedo estar libre del tiempo. Si digo: no soy nadie y quiero ser alguien, soy un esclavo del tiempo. Ahora no soy nadie, ¿por qué debería ser alguien? Soy nadie.

Interlocutor: (Inaudible)

KRISHNAMURTI: No, el "alguien" tiene un auto más grande, una casa más grande. No confunda las palabras. No soy nadie pero quiero ser alguien. En esto se halla contenido todo el proceso del tiempo. Si no quiero ser alguien, ¿existe el tiempo psicológico? Soy lo que soy. Pero si quiero transformarme en algo, eso pone en marcha el tiempo. Pero tengo que cambiar, no puedo permanecer como soy. ¿Están siguiendo todo esto?

Miren, soy nadie. Por favor, sigan esto paso a paso. Soy nadie y quiero ser alguien. En eso están envueltos el tiempo, la pena y todo lo demás. La exigencia de ser alguien a cambio de ser nadie, esa clase de cambio la descarto por ser absurda, poco inteligente, inmadura. Por lo tanto, me digo: soy nadie. Si permanezco como nadie, nada hay. Soy nadie, nada hay en mí. Pero esa cualidad también tiene que cambiar. Esas pobres gentes en aquellas casuchas (¡no sé cómo pueden ustedes permanecer indiferentes ante esas casuchas que tienen cerca de aquí!), el pobre tipo que vive allí, él es un nadie. No puede convertirse en alguien porque carece de educación; es esto y está allí. Pero también él quiere llegar a ser alguien porque ve que la casa de al lado es más grande. Así, el querer ser alguien surge a través de la comparación. Ahora bien, ¿puede la mente eliminar la comparación? Entonces no diré: "Soy un nadie".

¿Por qué debo proyectar? Quiero aprender italiano y lo aprenderé. Tomará tiempo y trabajaré en eso. Tengo que estar en Nueva York el 23 de este mes; haré planes, compraré un pasaje. No hay proyección, no hay imagen. Tengo que hacer cosas prácticas que me llevarán allá. Pero podría decirme: "Voy a Nueva York y eso será mucho más excitante que vivir aquí, etc.". ¿Es posible, entonces, que la mente no compare y, por lo tanto, no contenga tiempo en absoluto? Pero ustedes no ven la belleza de ello. ¿Estoy contestando su pregunta, señor?

Interlocutor: (Inaudible)

KRISHNAMURTI: Dije que cuando usted afirma que es un nadie, ya se ha comparado a sí mismo con alguno que es alguien. Si elimina toda comparación, habrá cambiado completamente. Todavía estoy viviendo en esa sucia y pequeña casucha. Así, el hombre que vive en esa sucia y pequeña casucha, si llega a este punto en que dice: "Toda comparación ha llegado a su fin", estará fuera de esa casa.

Interlocutor: ¿Cómo?

KRISHNAMURTI: Trabajará más inteligentemente.

Interlocutor: ¿Por qué trabajaría si no hubiera visto la casa más grande de al lado?

KRISHNAMURTI: Es justamente eso. Si no hay comparación, ¿qué ocurre? Ésta es la primera pregunta: ¿Qué ocurre realmente cuando usted no compara?

Interlocutor: Uno ya no se está bloqueando más a sí mismo.

KRISHNAMURTI: Él dice que uno ya no se bloquea más a sí mismo. Mire, empecemos. ¿Por qué comparamos? Uno comienza en la escuela, el maestro le dice que no lo está haciendo bien, no tan bien como el otro chico. Está todo el proceso de los exámenes, las calificaciones, y todo eso es comparación. Desde la infancia se nos condiciona para comparar, para comparar la casa pequeña con la casa grande, siempre comparando. Ese es nuestro condicionamiento. Y eso genera una serie de luchas, de éxitos y fracasos, de desdichas que la sociedad nos impone y que nosotros mismos nos hemos impuesto. Ése es nuestro condicionamiento. Vemos al muchacho pobre que llega a Presidente. Eso es una publicidad tremenda, y decimos: "¡Qué maravillosa sociedad competitiva es ésta!". Ése es nuestro condicionamiento. Y lo mantenemos porque a veces es provechoso, a veces doloroso, pero es irremediable. Nunca cuestionamos la razón de que comparemos. Tengan la bondad de cuestionarlo ahora y averígüenlo. ¿Por qué comparan?

Interlocutor: Uno siente su insuficiencia.

KRISHNAMURTI: Considere esto: cuando usted siente su insuficiencia es porque compara. ¿Cómo sabe que es insuficiente si no compara? Por favor, examínelo. ¿Comparamos porque somos insuficientes? ¿Comparamos porque eso forma parte de nuestro condicionamiento? Todos los diarios dicen: "Mira, Fulano de Tal es tan poderoso y tú no eres nadie". De modo que aceptamos la comparación como la norma, como el proceso inevitable de la existencia. Yo no la acepto. ¿Por qué debo comparar? Si no comparo, ¿soy un nadie? Sólo me comparo con algo superior y, por lo tanto, me siento inferior. Si no me comparo soy...

Interlocutor: ¿Unico?

KRISHNAMURTI: No, no tiene nada que ver con la unicidad. ¿Cómo sé que soy único? ¿Porque me he comparado con esas personas que no son únicas? ¿Cómo lo sé? Para usar esta palabra... ¡por favor, señor!, aténgase a esto, es muy interesante para investigarlo. Mire, yo comparo dos piezas de género cuando voy a comprar una chaqueta: blanco y negro. Comparo. Comparo este país diciendo: "hace mucho calor aquí"; pero puedo decir que éste es un país muy caluroso sin comparar. Si comparo este país con un país más fresco, resisto este calor y entonces el calor se vuelve intolerable. ¿Puede uno eliminar psicológicamente la comparación y mantenerse alejado de toda comparación con respecto a la casa grande, a la casa pequeña, a la alfombra más grande...

Interlocutor: ¿ Cuál es el mecanismo de la comparación?

KRISHNAMURTI: Usted puede ver por qué comparamos: por un lado, estamos condicionados, y por otro, pensamos que a través de la comparación estamos vivos. Forma parte de nuestra lucha por la vida: al comparar sentimos que estamos luchando. Decimos: si no comparo, si no llego a ser como el señor Smith, Dios mío, ¿qué es lo que seré? Así, la comparación es el sistema en que hemos nacido, el cual, o bien nos dice: "Tú debes ser un ejecutivo, debes poseer millones", o por otra parte nos dice: "Tienes que ser un santo y no poseer nada".

Interlocutor: ¿Puede uno estar satisfecho con lo que es y no interesarse en el prójimo?

KRISHNAMURTI: ¿Está usted realmente interesado en el prójimo? ¿En ese prójimo de allá abajo? ¿Lo está? Obviamente no. Y está satisfecho con lo que usted es. En el instante en que usa las palabras "satisfecho" y "no satisfecho", hay comparación. Obviamente. De modo que uno elimina por completo palabras tales como "mejor" y "más". Entonces ve que el tiempo, el tiempo psicológico existe solamente cuando hay un estado de comparación; eso incluye la insatisfacción, el sentimiento de inferioridad, el sentir que uno debe lograr, que debe ser esto o aquello -todo eso implica la comparación-. Y cuando usted dice: "Soy un nadie", esa palabra es una palabra comparativa, de lo contrario no la usaría. Por lo tanto, el tiempo psicológico existe cuando

existe esta mente comparativa, la mente que mide en lo psicológico. Ahora bien, ¿puedo yo, puede la mente existir sin medir? Existir, vivir, no permanecer simplemente dormida. ¿Puede la mente estar tremendamente activa, funcionando a su más plena profundidad? Eso sólo es posible cuando no hay comparación.

El tiempo psicológico existe tan sólo cuando hay comparación, cuando hay una distancia que cubrir entre "lo que es" y el deseo de convertirse en alguien o en nadie; todo eso implica el tiempo psicológico y la distancia a cubrir. De modo que uno se pregunta: Psicológicamente, ¿existe un mañana? Ustedes no serán capaces de responder a esto. ¿Hay un mañana, el "mañana" que ha surgido porque he experimentado un momento de completa libertad, un sentimiento pleno de algo y eso ha desaparecido? Quisiera conservarlo, hacer que dure. Hacerlo durar es una forma de codicia. Me esfuerzo por obtener eso nuevamente, todo lo cual se halla contenido en el tiempo psicológico. Cuando tienen una experiencia de dicha, de placer o de lo que sea, vívanla completamente y no exijan que perdure, porque entonces están atrapados en el tiempo.

¿Existe, pues el mañana? O sea, el mañana está adelante y hoy he experimentado un sentimiento de gran felicidad y quiero saber si durará. ¿Cómo puedo conservarlo de modo que dure para siempre? El recuerdo de ese placer nos hace desear que ese recuerdo continúe, y si continúa nos impide totalmente la experiencia ulterior. Esto es bastante simple.

Interlocutor: (En español)

KRISHNAMURTI: Si usted habla en español lentamente, puedo entenderlo. Creo que ha dicho: "¿Cómo puedo comprender la resistencia?" Veamos, ¿qué entiende usted por esa palabra "resistir"?

Interlocutor: (En francés)

KRISHNAMURTI: Primero consideremos esa palabra, qué significa, no lo que usted siente o piensa o lo que algún otro piensa; en primer lugar, veamos qué significa la palabra "resistir". El resistir implica tiempo: oponerse, resistir, poner una barrera, ponerla frente a uno. Resistir; yo resisto la lluvia, resisto la luz del sol, no me gusta, resisto la tentación. Resisto. Quiero una casa más grande y digo: "Qué estupidez, no voy a tenerla". Así. resisto, me rebelo contra algo que deseo -o que no deseo-. ¿Por qué debo resistir en absoluto? Tenga la bondad de preguntarse esto a sí mismo: "¿Por qué debo resistir?". Ésa ha sido toda mi vida, he resistido esto y he aceptado aquello. De ese modo he construido un muro de resistencia alrededor de mí, obviamente. No quiero examinar esto demasiado a fondo, pero toquémoslo brevemente: he resistido todo, he resistido esto y aquello y así he erigido un muro a mí alrededor. El muro es el "yo" y el "yo" es la esencia misma de la resistencia. Entonces, ¿por qué resisto?

Resisto. Resisto la tentación. Pero lo que quiero saber es por qué existe la resistencia en absoluto. ¿Por qué no puedo mirar algo y comprenderlo, ¿por qué debo resistirlo? Mírelo bien, señor: resisto algo sólo cuando no lo comprendo. Digo: ¡ecco!, lo he comprendido, resisto para mantener un estado particular. Fui dichoso ayer y resisto cualquier cosa que me impida tener otra vez esa experiencia. Si pudiera mirarlo todo claramente, entonces no habría resistencia, ¿verdad? Si miro con claridad el proceso del mundo moderno o del mundo antiguo, veo que todos quieren ser alguien; lo miro, veo todo lo que eso implica, la pena, la fealdad, la brutalidad, el fracaso y la amargura de todo ello; si lo comprendo todo, se acabó, ya no resistiré nada más. ¿Alguna otra cosa, señores?

Interlocutor: Vamos de un condicionamiento a otro.

KRISHNAMURTI: Sí, liberarse respecto de un condicionamiento, ¿no implica formar otro condicionamiento? Si comprendiera o me diera cuenta completamente y sin opción alguna de mi condicionamiento, ¿caería en otro? Entonces reconozco todo condicionamiento, ya sea con respecto a esto o a aquello, lo reconozco, lo comprendo, lo miro, lo investigo. ¿Sabe?, es como esas personas que van de una religión a otra, de una secta a otra y piensan que se están volviendo extraordinariamente religiosas. Pero eso es infantil.

14 de septiembre de 1968

2

ME PARECE que uno de nuestros principales problemas es cómo dar origen en nuestra vida a una acción total y completa. Nuestra vida, tal como es, está dividida, fragmentada: somos científicos, ingenieros, etcétera. Estamos especializados tecnológicamente, y en lo interno también lo estamos en diferentes fragmentos: por momentos somos pacifistas, por momentos agresivos, brutales, y otras veces somos afectuosos, tranquilos. De modo que, tanto externa como internamente, hay una constante división, una constante fragmentación en nuestra vida, la cual, siendo contradictoria, ocasiona confusión y dolor. Somos arrastrados por un deseo, por un placer opuesto a otro placer y así sucesivamente. Pienso que esto es reconocible, uno puede observarlo si está suficientemente interesado; está ahí, esta fragmentación ocurre constantemente. Cada fragmento tiene su propia actividad, su propia acción. En consecuencia, nuestra vida es fragmentaria, es una existencia destructiva y contradictoria. Creo que eso está bastante claro, ¿no es así?

Uno se pregunta si es de algún modo posible, no teóricamente sino de hecho, llevar una vida que sea siempre total, que nunca sea fragmentaria. Así, cualquiera que sea la actividad, es completa, no está dividida, no es contradictoria, no hay en ella oposición ni resistencia. Pienso que ésa es una pregunta inevitable cuando uno observa la fragmentación que tiene lugar en su propia vida. ¿Podemos, entonces, proseguir desde ahí?

Espero que la pregunta sea clara para ustedes. Somos empujados en diferentes direcciones y hay un gran sentimiento de frustración, una sensación profunda de insuficiencia para tratar con la totalidad de la vida. Por ejemplo, uno es un político de cierto partido, o es un comunista, un socialista, un católico, un protestante, cada cual con sus propias creencias particulares. Y nos preguntamos si es posible vivir una vida que sea absolutamente total (no me gusta usar la palabra “integrada” porque no se trata en absoluto de una integración), una vida no fragmentaria que siempre esté floreciendo sin una grieta, sin fragmentación, sin división. Si esto está claro, entonces la pregunta siguiente es: ¿Qué puede uno hacer? Nuestra vida está dividida entre la oficina, el hogar, la ambición y todo lo demás. Está fragmentada. Entonces, ¿puede uno llevar una vida que sea tan completa que en ella no haya contradicción alguna? ¿Qué dicen ustedes a esa pregunta? Hablo de una vida que no es espiritual ni mundana, que no es religiosa ni seglar. Hay un cambio. ¿Cómo responden ustedes a eso? ¿No responden?

Interlocutor: No entiendo bien. (El resto inaudible)

KRISHNAMURTI: No, señor, no use una palabra, una palabra no lo abarca todo. Uno debe examinarlo un poco más profundamente, no usar meramente un manto universal que cubrirá todo. ¿Qué es lo que contribuye a la contradicción? Veo una vida que está fragmentada. Soy amable en mi casa y brutal en la oficina; estoy dividido. Ante todo, uno tiene que descubrir cuál es la causa de esta fragmentación. ¿Por qué una vez soy una cosa y otra soy algo por completo diferente? ¿Por qué? ¿Cuál es la causa de esta fragmentación, de esta división? ¿Cómo lo descubre usted? ¿Qué proceso usa? Estamos hablando como amigos, aquí no hay en absoluto maestro y discípulo, uno tiene que ser tanto un maestro como un discípulo para sí mismo; de modo que no hay aquí discípulo y maestro ni sentido alguno de autoridad. Entonces, ¿cómo descubre uno cuál es la causa de esta fragmentación?

Interlocutor: (Inaudible)

KRISHNAMURTI: No, usted vuelve a lo de ayer, olvide lo de ayer.

Interlocutor: Queremos ante todo su opinión...

KRISHNAMURTI: El caballero dice que primeramente quiere conocer mi opinión. No estamos tratando con opiniones. Usted podrá decir: es su opinión, mi opinión y la opinión de él, pero las opiniones no tienen valor alguno, podemos dejarlas a los políticos y a los intelectuales. Pero hay una cosa que usted tiene que descubrir. Usted tiene que descubrirla; no soy yo quien tiene que descubrirla y decirle a usted lo que debe hacer. Podemos investigarlo juntos, explorarlo, pero si dice: “Esperaré hasta que usted me lo diga”, entonces eso no tiene gracia.

Interlocutor: ¿Cómo puedo conocer la fragmentación si no conozco lo total?

KRISHNAMURTI: Estoy fragmentado, es evidente: voy a la oficina y allí soy brutal, envidioso, vicioso, competitivo. Y en mi casa soy muy tranquilo, muy amable, estoy dominado por mi esposa (o la domino) y todo lo demás. Hay una fragmentación. Preguntamos por qué existe tal fragmentación y cuál es la causa.

Interlocutor: vivimos en opuestos, pero ¿por qué?

KRISHNAMURTI: El interlocutor dice que vivimos en opuestos y pregunta por qué.

Interlocutor: No hay amor.

KRISHNAMURTI: Ésa no es una respuesta, ¿verdad?, cuando usted dice "no hay amor". Estamos examinando la pregunta y si dice "no hay amor", entonces no puede avanzar más. Lo estamos examinando, exploramos por qué vivimos en la dualidad, por qué oscilamos continuamente entre opuestos, de un punto de vista a otro, por qué vivimos en un corredor de opuestos, ¿por qué?

Interlocutor: No tenemos control sobre las circunstancias de nuestra vida.

KRISHNAMURTI: Eso es verdad, pero no es ésa la pregunta.

Interlocutor: Buscamos satisfacción.

KRISHNAMURTI: Oh, no, no se trata de que buscamos satisfacción... Vea, ¿puedo sugerir algo? Antes de ofrecer una opinión, como ahora está haciendo, averigüe por qué vive uno en esta condición, cuál es la causa de ello.

Interlocutor: Hay dualidad.

KRISHNAMURTI: Dualidad, pero ¿por qué? Ustedes están ofreciendo una nueva serie de respuestas, pero en realidad no lo saben. Por favor, no supongan, porque entonces estamos perdidos. No hagan conjeturas, no prueben con distintas cosas para averiguar si es así. Si usted dice, como se ha sugerido, "realmente no lo sé", entonces admite que no sabe cuál es la causa de esta fragmentación. Es la única manera correcta de abordarlo, ¿no es así? Realmente no lo sé, ésa sería una declaración honrada: Realmente no sé por qué vivo en la dualidad. Ahora bien, no lo sé, ¿pero cómo voy a averiguarlo?

Interlocutor: (Varias intervenciones indistinguibles)

KRISHNAMURTI: ¿No desiste usted de este juego? Cuando no sabe, ¿qué hace? Prosigamos a partir de ahí. Yo no sé, usted no sabe por qué vivimos en esta contradicción. Cuando dice: "No sé", ¿cómo procede entonces? ¿Cómo lo averigua? Espere, por favor, vaya despacio. ¿Cómo lo averigua? ¿Pensando? Entonces, ¿qué entiende por pensar? ¿Analizar el problema? Espere, espere. Analizar el problema. El problema implica división, contradicción, fragmentación. Lo he analizado y veo que mi vida está disgregada. Me pregunto por qué. Y usted dice que piense al respecto, que utilice el pensamiento para descubrir. ¡El pensamiento! Y bien, ¿qué es el pensamiento? Antes de decir que lo utilizaré, debo investigar la cuestión de lo que el pensamiento es. El pensamiento, obviamente, es la respuesta de la memoria. ¿No?

Interlocutor: Una de las causas es nuestro miedo.

KRISHNAMURTI: No, señor, usted hace una afirmación y se bloquea a sí mismo. No está dispuesto a examinar, a explorar. De modo que no afirme. Un caballero dijo allá que el instrumento de la investigación, del análisis es el pensamiento. ¿Pero lo descubrirá el pensamiento? Creemos que puede descubrirlo y, por lo tanto, digo: "Averiguaré qué es el pensamiento". ¿Qué es, entonces, el pensar? Por favor, no emita meras conjeturas. Considere la pregunta. ¿Qué es el pensar? Yo le pregunto dónde vive y su respuesta es inmediata porque usted lo sabe, está familiarizado con la calle, con el número y demás; responde a la pregunta instantáneamente. No hay intervalo entre la pregunta y la respuesta. Ahora bien, si le formulo una pregunta ligeramente más compleja, entre la pregunta y la respuesta hay un intervalo. ¿Qué sucede en ese intervalo?

Interlocutor: Hay una actividad mental, o sea, el pensar.

KRISHNAMURTI: ¿Qué ocurre ahí? Le pregunto qué distancia hay de aquí a Nueva York y usted no lo sabe o se lo han dicho y lo ha olvidado. Entonces, ¿qué ocurre? No lo sé; por lo tanto, empiezo a buscar en mi memoria, el pensamiento comienza a examinar el almacén de la memoria. He leído en alguna parte que hay tantas millas de aquí a Nueva York, o le pregunto a la gente y al final contesto la pregunta: hay tantas millas. Eso es lo que llamamos el pensar. Se formula la pregunta, existe un intervalo antes de la respuesta y en ese intervalo hay una gran cantidad de averiguación, de análisis, de interrogantes: hay expectativa, espera. Eso es lo que llamamos actividad mental, razonable o no razonable. Ahora bien, cuando le formulo una pregunta para la cual usted no conoce la respuesta, ¿qué sucede entonces? No puede apelar a su memoria. No puede decir: "Lo averiguaré". Nadie le puede dar la respuesta. Entonces, ¿qué ocurre?

Interlocutor: Uno usa su imaginación o su intuición.

KRISHNAMURTI: ¿Imaginación? No puedo imaginar algo que no sé. ¿Intuición? Eso podría ser adivinación. Siga esto paso a paso y lo descubrirá por sí mismo. Le formulo una pregunta familiar y usted la responde inmediatamente. Le formulo otra pregunta un poquito más compleja, más difícil, y se toma tiempo para responderla. En ese intervalo de tiempo está pensando, reflexionando, aguardando, buscando, preguntando. Ahora bien, le pregunto cuál es la causa de esta fragmentación sobre la que estamos hablando, y usted no lo sabe. Si lo supiera, sería de acuerdo con su memoria, ¿no es así? Por lo tanto, la respuesta más honesta sería: "La verdad es que no lo sé". Realmente, no lo sé.

Espere un momento, tenga paciencia. Si no lo sé, ¿qué hago? No puedo acudir a un profesor y formularle esta pregunta. No puedo buscar en ningún libro, ningún libro va a decírmelo. Y tengo que averiguarlo porque es una pregunta muy seria, porque si puedo cambiar toda esta actividad de la vida que está fragmentada, viviré de una manera diferente, por completo diferente. De modo que yo, como ser humano, tengo que averiguarlo. No puedo depender de nadie. Podrá ser mera conjetura, podrá ser erróneo, podrá ser falso. Pero tengo que averiguarlo. Entonces, ¿cómo procedo para averiguarlo?

Interlocutor: Comparamos.

KRISHNAMURTI: No, señor, eso sigue siendo pensamiento.

Interlocutor: La vida de un hombre puede dejar de ser fragmentaria.

KRISHNAMURTI: Eso es demasiado simple, señor; puede dejar de serlo, pero nunca lo hará.

Interlocutor: Yo no sé adónde voy.

KRISHNAMURTI: Entonces, cuando no lo sabe, ¿sigue operando el pensamiento? No sé, quiero descubrirlo y no hay nadie que vaya a decírmelo. Y no voy a dejar que nadie me lo diga porque todos pueden estar completamente equivocados -generalmente lo están-. No confío en nadie porque todas las personas en las que he confiado, los sacerdotes, los filósofos, el político, el comunista, el socialista, han fracasado. Así que debo descubrir y lo que descubra tiene que ser verdadero bajo todas las circunstancias. Espere, tenga la bondad de escuchar, preste atención. Así que no voy a preguntárselo a nadie; no sé por qué vivo una vida tan fragmentada y quiero descubrirlo. ¿Cómo va usted a descubrirlo? Le estoy preguntando cómo va a descubrirlo.

Interlocutor: (Inaudible)

KRISHNAMURTI: Señora, no estamos preguntando cómo mirarnos a nosotros mismos. La pregunta es: Si usted no conoce la respuesta a una pregunta muy importante y vital, ¿qué hace? ¿Desiste? ¡Espere!, usted no desiste, ¿verdad? Cuando tiene hambre, un hambre tremenda, no desiste. Y esta pregunta es tan seria como el hambre; ¿desiste usted y dice: "no sé ni me importa"? Es una pregunta tremendamente vital.

Interlocutor: Eso suena muy materialista.

KRISHNAMURTI: ¿Materialista? No, señor, no es materialista; no sé qué entiende usted por materialista.

Interlocutor: Mi cerebro es el depósito de la memoria.

KRISHNAMURTI: Sí, señor, mi cerebro es el depósito de la memoria, de la experiencia, del conocimiento, pero ese cerebro no tiene ahora la respuesta. Empleé el cerebro antes para encontrar la respuesta usual que dependía de la gente y demás, pero ahora falta. ¿Qué he de hacer, entonces? He sido comunista, socialista, un hombre religioso, he pasado por todo tipo de fragmentación, uno tras otro, y digo: "¡Qué manera tan estúpida de vivir!". Sin embargo, continúo haciéndolo. Quiero descubrir por qué. Vivo una vida fragmentada en pedazos y no puedo pedirle a nadie una respuesta a eso. Quiero descubrir. ¿Qué he de hacer?

Interlocutor: Tiene que meditar.

KRISHNAMURTI: Espere, señor, es lo que estamos haciendo ahora, lo estamos haciendo. Estamos meditando ahora, pero usted se niega a... ¡yo no uso esa palabra!

Interlocutor: Tenemos que interesarnos por el autoexamen. Hay falta de armonía en nosotros.

KRISHNAMURTI: No, señora, nos hemos examinado a nosotros mismos. Esa "falta de armonía en nosotros" no es una respuesta.

Interlocutor: (Inaudible)

KRISHNAMURTI: No, usted está citando, por favor, no cite.

Interlocutor: Buscamos la inspiración divina.

KRISHNAMURTI: "Buscamos la inspiración divina"... espere un momento, señor. Suponga que no soy un creyente y no puedo buscarla. ¡Inspiración! Ustedes creen en ella porque están condicionados, como católico, hindú o budista y buscan esa inspiración conforme al condicionamiento que tienen. Estamos meditando -por favor, siga esto despacio-, estamos meditando, estamos investigando esto muy cuidadosamente paso a paso. Usted va a descubrirlo Yo no quiero realmente usar esa palabra "meditación", dado que es una palabra muy difícil; significa algo por completo distinto de lo que generalmente se entiende por ese nombre. Pero la usaré por ahora a fin de que comprendamos este inmenso problema, señor.

Interlocutor: Estoy viviendo con ella ahora.

KRISHNAMURTI: Usted está viviendo con ella ahora. (*Risas*) Vea, una de nuestras dificultades es que ustedes no están habituados a esta clase de examen; están aprendiendo a observar. Queremos observar cómo todo está fragmentado en nuestra vida. Eso está muy claro. Tenemos deseos diferentes que nos tiran en direcciones opuestas, placeres diferentes; un momento somos pacíficos, otro somos atizadores de guerras, somos agresivos, después amables y así sucesivamente. Creemos, no creemos, alternamos esperanza y desesperación, vivimos en medio de contradicciones y opuestos. Me pregunto por qué. ¿Por qué vivimos de esta manera? Sólo escúcheme por dos minutos, señor. ¿Por qué vivo de este modo? Señora, ¿me concedería tan sólo dos minutos? Déjeme hablar un ratito y después puede formular sus preguntas.

Nuestras vidas están fragmentadas, divididas. Llevamos un estilo de vida dual, decimos una cosa, hacemos otra, pensamos una cosa y decimos otra diferente. Ésa es la vida que uno lleva, esta contradicción, esta dualidad. Y me estoy preguntando por qué. ¿Por qué la vida está tan fragmentada? No puedo preguntárselo a nadie, porque la propia vida de ellos está fragmentada. Conjeturarán, dirán: "es su condicionamiento, es Dios, es la sociedad, es esto, es aquello". Así que no puedo preguntárselo a nadie; por lo tanto, tengo que descubrirlo por mí mismo. Y lo que descubra tiene que ser verdadero, tiene que ser absolutamente verdadero. Entonces, ¿cómo lo descubro? Realmente, no lo sé, y toda mi vida he usado el pensar como un instrumento para descubrir. Toda mi vida he usado el pensamiento, preguntando, empleando la memoria, el conocimiento y la experiencia; he usado todo esto para descubrir. Y aquí no puedo confiar en mi conocimiento porque el conocimiento dice: "No sé". Dice: "Ése es el estilo individual de vida". De modo que no puedo depender del conocimiento, de la experiencia o de lo que dicen otras personas. Por lo tanto, descarto todo eso, lo descarto completamente. ¿Y ahora qué voy a hacer, cómo voy a descubrir cuál es la verdad?

¿Cómo miro ahora esta fragmentación? ¿Comprende mi pregunta? No conozco la respuesta, pero tiene que haber una respuesta correcta. ¿Qué ha ocurrido ahora con mi mente? Déjeme plantear la pregunta de una manera distinta. Probablemente casi todos ustedes están condicionados para creer en Dios, a lo cual llaman ser espirituales. Y si de verdad quieren descubrir -no repetir, no tener fe, no decir "es así"-, si realmente quieren descubrir si existe algo como Dios, tienen que descartar todas las creencias, ¿no es así? Para poder descubrir tienen que liberarse de todas las creencias. Tienen que estar libres de miedo para investigar, para dedicar sus vidas a descubrir. Ahora, del mismo modo, quiero descubrir la verdad en esta cuestión. ¿Cuál es el estado de mi mente que ha descartado la autoridad, que ha renunciado a pedir a algún otro que le diga lo que debe hacer, que ha descartado el conocimiento, porque el conocimiento es siempre del pasado? Ésta es una pregunta que debe ser respondida ahora, no según los términos del pasado sino ahora. Por lo tanto, tengo que descartar el conocimiento como un medio de investigación. Y no debo sentir temor; puede que no haya respuesta en absoluto, puede que la contradicción sea el estilo de vida. No debo sentir temor, no debo temer a ninguna autoridad, incluyendo la de mi experiencia, la de mi conocimiento o la del conocimiento de otras personas; tiene que haber libertad completa para investigar. Ahora bien, ¿cuál es el estado de la mente que se halla libre para mirar? ¿Comprende la pregunta? No me la conteste, por favor.

Interlocutor: ¡Repita, por favor, la pregunta!

KRISHNAMURTI: No puedo repetir la pregunta, pero la plantearé de una manera diferente. Mire, señor, he vivido una vida dependiendo de otros, de lo que la gente dice, de lo que la iglesia me ha enseñado o de lo que las autoridades me han dicho acerca de esto y aquello, y aquí hay un problema al que ninguna autoridad puede responder. Y no confío en ninguna autoridad porque todas me han llevado por mal camino. Entonces, ¿cuál es el estado de mi mente que ha rehusado aceptar lo que dicen otras personas? ¿Cuáles son mis propios sentimientos, mis propias intuiciones que también pueden engañarme? No tengo miedo, porque no me importa si he de sufrir; éste es mi modo de vida, o sea, que lo acepto. Por lo tanto, no siento temor y me pregunto: "¿Cuál es el estado de la mente que no teme, que no acepta ninguna autoridad ni busca alguna superior y divina respuesta intuitiva?". Me niego a hacer todo eso. Me digo: "He terminado con ello". Entonces, ¿cuál es el estado de mi mente que ha hecho esto?

Interlocutor: Está completamente desnuda de toda influencia, de todo condicionamiento y temor.

KRISHNAMURTI: Ahora espere, si es así, entonces no hay ninguna contradicción. Cuando no hay dualidad la respuesta está ahí. (Por favor, no me conteste, considérelo). Entonces está usted viviendo en una dimensión diferente. Por lo tanto, descubrir algo fundamental como la respuesta a este problema, implica no tener miedo, no preguntar, no decir: "Por favor, dígame cuál es la respuesta", no temerla cualquiera que pueda ser. Entonces, ¿puede usted hacerlo? Si no puede, tiene que llevar una vida dualista, contradictoria, penosa, dolorosa.

Ya lo ve, infortunadamente no nos gusta que nos arrinconen de esta manera. Queremos encontrar una salida fácil, una cómoda vía de escape. Así que la pregunta es: ¿Por qué viven ustedes de este modo, sabiendo ahora muy claramente qué implica la vida, dualista y sabiendo también que, no teniendo miedo, uno puede salirse completamente de ella? ¿Qué harán? ¿Sólo seguir jugando como antes?

¿Saben qué es la meditación? Me temo que no. O han leído al respecto en alguno que otro libro, lo cual también es malo. La verdadera meditación existe y es de eso que estarnos hablando. Consiste en vaciar la mente de lo conocido, como lo es el temor. ¿Desean hablar acerca de alguna otra cosa?

Interlocutor: Usted mencionó ayer la cuestión de Rusia y Checoslovaquia, ¿No piensa que si las superpotencias no dejan de odiarse unas a otras, compitiendo entre ellas por los mercados mundiales y demás, vamos a ser destruidos?

KRISHNAMURTI: Y bien, ¿cómo va usted a impedir que Rusia o Norteamérica se preparen para la defensa, como ellos lo llaman? ¿Podría decírmelo? Rusia, con sus tres millones de hombres en armas y Norteamérica con otros tantos millones ¿cómo va usted a impedirlo? Hay tremendos intereses creados, ¿no es así?, en los ejércitos, en los funcionarios, en el Pentágono, en el Kremlin, tremendos intereses creados de tipo personal ¿Quiere usted decir, entonces, que el almirante o el general van a renunciar a todo? ¿A causa de que tiene que haber paz en el mundo? ¿Qué dice? ¿Qué es lo que usted hará? Por favor, prosiga esta cuestión hasta el final, si es que no está demasiado cansado ¿Cómo vamos a evitar esta división que tiene lugar en el mundo: dos

grandes potencias, superpotencias con sus esferas de influencia, sus intereses creados ¡piense en lo que han invertido en armamentos!? ¿Qué es lo que ambas van a hacer? Esta división existirá en tanto los ciudadanos de esos países y de otros países se sientan patriotas, nacionalistas ¿No?

Interlocutor: (Inaudible)

KRISHNAMURTI: Si usted odia a los rusos y ama a los norteamericanos, si se siente nacionalista y dice: "Mi país primero y todos los demás después", y no puede depender de estas grandes potencias para terminar con las guerras, ello debe empezar con usted mismo. Es usted el que tiene que cambiar. La minoría, los pocos que sienten las cosas muy intensamente, la minoría es la que siempre ha hecho avanzar al mundo y ha producido en él una situación diferente Pero no estamos dispuestos a pertenecer a la minoría. Lo cual significa que esta cosa es muy compleja Ahora bien, quien les habla no es personalmente un hindú es una cosa fea, terrible que uno se llame a sí mismo hindú. Pero aquí hay un pasaporte, un pasaporte de la India, de otro modo no es posible viajar. Y si uno usa el avión, el tren, el sello postal, está sosteniendo la guerra. ¿No? ¿Qué dice usted? ¿Que no?

Si paga impuestos, sostiene la guerra. Por lo tanto, ¿qué va a hacer? ¿No va a pagar impuestos? ¿No viajará? ¿No comprará sellos postales? Conozco a personas que han hecho esto, que no viajan ni viajarán, de modo que limitan su actividad a un campo muy pequeño. Y es absurdo no pagar impuestos porque si uno no los paga irá preso. Sería absurdo no comprar un sello postal, porque entonces no podría uno escribir cartas. Etcétera. Pero no demos importancia a cuestiones secundarias ni pongamos el énfasis en ellas, cuestiones tales como el sello postal o el impuesto y cosas así de insignificantes; comprometámonos más bien con la cuestión fundamental que es no ser nacionalista, no ser patriótico, no responder a prejuicios de color o a cualquiera de las otras cosas en que nos complacemos y que forman parte de nuestra confusión. Y eso requiere muchísima inteligencia. Decidir no ser nacionalista no significa nada, pero para considerar este problema en su totalidad uno tiene que ser muy inteligente, o sea, muy sensible a todos los problemas.

¿Alguna pregunta más?

Interlocutor: ¿Cuál es su posición, cuál es mi posición si el país o el ejército me llama, me recluta o me alista incorporándome a las fuerzas armadas y yo no creo en el matar?

KRISHNAMURTI: ¿Es ésta una trampa para mí? (Risas) Espere, espere. Si usted es realmente serio en el no querer matar, si no dice meramente "yo no quiero matar" sino que de verdad quiere decir no matar, tiene que vivir pacíficamente, ¿no es así? O sea, que no matará animales. No los matará para comer. No matará mediante palabras, no dirá: "él es un hombre espantoso, es un estúpido". Usted está matando, verbalmente, mata con palabras, con gestos, con el pensamiento; en la oficina, en la iglesia, en todas partes está matando. Si de verdad no quiere matar, tiene que iniciar una vida realmente pacífica. Pero no lo hará. Ya lo ve, ustedes escuchan todo esto. Aparentan estar de acuerdo o escuchan en silencio, pero vuelven a sus casas y todo comienza de nuevo. Por lo tanto, están sosteniendo la guerra.

Interlocutor: Muchísima gente joven se opone a la guerra en Norteamérica y estoy seguro de que se opone en Rusia.

KRISHNAMURTI: No sé si usted ha leído ese artículo de uno de los más importantes científicos de Rusia, que objeta muchísimas de las cosas que está haciendo el gobierno ruso. Esto está sucediendo en todo el mundo, no sólo en Rusia y en Norteamérica. En la India, la opinión pública exige que uno sea nacionalista, y cuando hablo en la India respecto de no ser nacionalistas ellos dicen: "Vaya y hable en otros países, no aquí". ¿Están cansados...? Se muestran demasiado ansiosos por decir que no. Porque lo que estamos discutiendo es muy serio, y una mente seria no puede decir meramente: "no estoy cansada", tiene que estar tremendamente activa. El problema es que ustedes no se dan cuenta, no son conscientes de sus vidas fragmentarias. Y sólo pueden percatarse de ello si se vuelven muy atentos al modo como viven. Y, ¿qué es la atención? Ésa es la pregunta, señor, ¿no es así? ¿Le interesa esto? Pues entonces hágalo, no diga simplemente "sí" para después abandonarlo. ¿Qué entendemos por atención, no la atención del soldado, sino qué entendemos por atención, atender? ¿Cuándo atiende usted? Atiende sólo cuando entrega su mente y su corazón y todo su ser a algo. Cuando escucho el llanto de ese niño, si hay cualquier forma de resistencia a ese niño que llora, al ruido, estoy inatento. ¿No lo ve? Cuando uno presta atención, eso implica que los nervios, el cuerpo, el corazón, toda la mente prestan atención a algo de lo que queremos darnos cuenta. Y jamás lo hacemos. No sé si alguna vez

usted ha hecho esto, si ha prestado atención, digamos, a ese árbol. ¿Qué significa esto? Prestar atención no significa describir el árbol, no significa estar preso en la declaración verbal respecto de ese árbol. Si uso la palabra "ciprés", ésa es una distracción, ¿verdad? Me impide conceder mi atención completa al acto de mirar ese árbol. Atender significa atender intelectualmente, emocionalmente, con nuestros nervios, con los ojos, con los oídos, con todo lo que tenemos. Atender, mirar. Nunca hemos hecho esto porque vivimos en fragmentos. Sólo cuando hay una crisis tremenda en nuestra vida, entonces puede que prestemos atención por unos cuantos segundos, pero después nos alejamos de ello, nos escapamos.

Ahora bien, si uno es totalmente serio y quiere descubrir si existe una realidad, Dios o como quieran llamarlo, no debe acudir a ninguna autoridad, a ningún sacerdote, a ninguna creencia; todo eso es demasiado infantil e inmaduro. Uno ha de conceder toda su atención para descubrirlo. No podemos prestar atención completa al acto de descubrir, si tenemos miedo de perder nuestro trabajo. No podemos prestar atención completa a fin de descubrir la verdad de esta cuestión si confiamos en alguna creencia, en algún condicionamiento o en lo que la gente ha dicho. Uno ha de descartar eso. No puede pertenecer a ninguna sociedad, a ningún grupo, a ninguna cultura si quiere descubrir. Lo cual significa que uno ha de estar completamente solo, internamente solo. Entonces descubrirá. Pero si no está atento en ese profundo, hondo sentido de la palabra, no podrá dar con esa realidad. ¿Sí, señor?

Interlocutor: ¿Ha llegado usted a ese estado de la mente?

KRISHNAMURTI: El interlocutor pregunta: ¿Se encuentra usted en ese estado de la mente? En primer lugar, ¿por qué formula esa pregunta? No la estoy eludiendo, señor, la contestaré. ¿Por qué formula esa pregunta?

Interlocutor: Porque la cuestión es difícil.

KRISHNAMURTI: El caballero dice que pregunta eso porque es algo más bien difícil. No creo que sea difícil. ¡Espere, señor!, estoy contestando. En primer lugar, si digo "sí" ello no tendrá valor, ¿verdad? No tendrá ningún valor para usted porque, ¿de qué sirve que yo diga "sí"? Entonces usted lo aceptará o lo rechazará. Podrá decir: "pobre tipo, está un poquito loco", o dirá: "es una persona seria, podría ser cierto". De modo que mi afirmación acerca de que existe un estado semejante, carece de valor para otro. Lo que vale es si usted puede encontrarlo; usted, no algún otro. Y cuando dice que es difícil, cuando usa la palabra misma "difícil", se está obstaculizando a sí mismo. Señor, si aceptamos la vida tal como es, con la desdicha, el dolor, el conflicto, con tanta aflicción extrema, si la aceptamos, entonces no hay respuesta, ése es el modo de vida. Si no la aceptamos, si rehusamos pertenecer al rebaño, al grupo, entonces comenzamos a vivir de una manera diferente. Es absolutamente necesario descubrir cómo vivir de un modo por completo diferente.

Interlocutor: ¿Puede uno desarrollar la atención mediante la práctica?

KRISHNAMURTI: La práctica implica repetición, hacer algo una y otra vez. ¿Es atención eso? Es algo mecánico, ¿no es así? De modo que, si somos serios, hay dos cosas involucradas aquí: la inatención y la atención. Ahora bien, casi todos nosotros estamos inatentos. Y decimos que es importante no estar inatentos sino atentos. Entonces usted quiere empezar a practicar la atención. Pero si dice: "veamos, voy a estar alerta, atento a mi inatención", ¿sabe lo que eso significa, estar inatento? Aceptamos las cosas como son, nuestra vida, el modo como vivimos, las feas emociones, todo "lo que es" realmente. Y volverse atento es darse cuenta de la inatención, no tratar de volverse atento, porque eso entraña conflicto, lucha y, por lo tanto, cuando usted practica la atención ésta se vuelve mecánica y deja de ser atención. Mientras que si uno está atento, alerta a la inatención, entonces de ello florece la atención.

¿Es suficiente por esta mañana? Vean, he estado trabajando, quien les habla ha estado trabajando, esta conversación ha durado hoy una hora y media, él ha trabajado. Pero ustedes no han trabajado, sólo han escuchado de paso. Han estado escuchando como una forma de entretenimiento, como cuando van al cine, diciéndose: "no estoy de acuerdo, estoy de acuerdo, es un juego ameno, no fue ameno", y así sucesivamente. Pero si también ustedes hubieran trabajado tan duramente como quien les habla (y era responsabilidad de ustedes hacerlo), habrían dicho después de hora y media: "¡Por Dios, tenga la bondad, terminemos ya!"

15 de septiembre de 1968

Tres Pláticas en Colegios

CLAREMONT, California, EE.UU.

1. - 8 de noviembre de 1968
2. - 10 de noviembre de 1968
3. - 17 de noviembre de 1968

1

SERÍA más bien interesante saber por qué está aquí la mayoría de ustedes. Probablemente por curiosidad, o por un genuino deseo de averiguar lo que tiene para decir un hombre que viene de Oriente. Creo que, ante todo, debe quedar completamente claro que quien les habla no representa en modo alguno a la India, al pensamiento indio, a la filosofía india ni a ninguna de esas cosas misteriosas orientales.

Pienso que es importante establecer cierta clase de comunicación entre nosotros. En estos tiempos se habla muchísimo acerca de la comunicación y se hace un gran alboroto al respecto. Ciertamente, comunicarse uno con otro es bastante simple; la dificultad radica en que cada uno de nosotros, infortunadamente, interpreta, compara o juzga lo que se dice; de hecho, ¡no escuchamos! Por otra parte, si escuchamos atentamente, seriamente, entonces la comunicación se vuelve bastante sencilla. Uno sólo tiene algo que decir, no importa lo curioso que pueda ser, y si ustedes son absolutamente serios y quieren descubrir, escuchan con cuidado y atención, con cierta cualidad de afecto; no sólo son intelectualmente criticas -lo cual, desde luego, tienen que ser- sino que también exploran y examinan minuto a minuto lo que se dice. Y para explorar y escuchar atentamente tienen que estar *libres*, libres de la imagen, de la tradición, de la reputación que el que les habla desafortunadamente tiene, de modo que sean capaces de escuchar directa e inmediatamente a fin de comprender. Sin embargo, si tratan de seguir cierto patrón de pensamiento, ciertas tendencias en las que están atrapados, ciertas conclusiones y prejuicios que tienen, entonces obviamente cesa toda comunicación.

Me parece que desde el principio mismo es muy importante descubrir no sólo lo que tiene que decir el que habla, sino también el modo como escuchan Si escuchan con una tendencia a extraer determinadas conclusiones de lo que se dice, comparándolo con lo que ya conocen, entonces lo que uno tiene que decirles se vuelve meramente un asunto de acuerdo o desacuerdo, un tema para el examen mental o el entretenimiento intelectual. Por lo tanto, si durante estas pláticas pudiéramos establecer una clase apropiada de relación, de comunicación entre nosotros, entonces tal vez tendríamos una oportunidad de investigar profunda y seriamente todo este complejo problema del vivir, de descubrir si es o no es posible que de algún modo los seres humanos, que están tan fuertemente condicionados, cambien, produzcan en sí mismos una revolución psicológica, interna. Éste es nuestro interés principal, no alguna filosofía oriental o alguna clase de patrón de pensamiento conceptual, imaginativo que conduzca a diversas conclusiones y sustituya viejas ideas por otras nuevas.

Espero que no les importe si sugiero que es muy importante aprender el arte de escuchar. No escuchamos, y si escuchamos lo hacemos a través de una pantalla de palabras, de pensamientos conceptuales y conclusiones teñidas por nuestra propia experiencia. Y esta pantalla, obviamente, nos impide escuchar. Como dijimos antes, el escuchar es un gran arte que aparentemente hemos descuidado por completo. Escuchar tan íntimamente, de manera tan intensa y completa, que no sólo nos comuniquemos realmente sino que vayamos más allá y haya entre nosotros una comunicación como la que establecen dos amigos que son muy serios, muy intensos acerca de algo. La comunión es por completo diferente de la comunicación; para estar en comunión debemos comprender no sólo el significado de las palabras, sabiendo perfectamente que la palabra nunca es la cosa ni la descripción es lo descrito, sino que también debemos encontrarnos en ese estado de la mente cuya cualidad es la de la atención, el cuidado y un sentido de profundo y entrañable interés. Y eso sólo puede darse cuando ambos, ustedes y quien les habla, somos muy serios.

La vida nos exige una gran seriedad, no una atención casual, ocasional, sino un constante estado de alerta y vigilancia, porque nuestros problemas son inmensos y extraordinariamente complejos. Es sólo una mente muy seria, una mente de verdad intensa, capaz de investigar y, por lo tanto, libre, la que puede encontrar una solución para todos nuestros problemas; y eso es lo que vamos a hacer. No sólo vamos a comunicarnos de manera verbal sino que, en un nivel diferente, estableceremos una comunión entre nosotros, la cual me parece mucho más importante que la mera comunicación verbal. De modo que sin durante estas conversaciones pudiéramos mirar con ojos claros este asunto enormemente complejo del vivir, mirarlo con ojos nuevos e inocentes, entonces quizá nuestros problemas tendrían un significado totalmente distinto. Como dije antes, no

sólo debemos escuchar las palabras sino darnos cuenta también de que la palabra jamás es la cosa y que la descripción jamás es lo descrito. Y para escuchar de este modo, tiene que haber un estado de libertad, libertad respecto de conclusiones, de prejuicios, imágenes y símbolos, para que ambos podamos *mirar* de manera directa, profunda e intensa los problemas de nuestro diario vivir, de toda nuestra existencia a fin de descubrir si ésta tiene en absoluto algún sentido.

Viajando por el mundo, uno observa que todos los seres humanos, cualquiera que sea su color, credo o nacionalidad, tienen sus problemas; problemas de relación, problemas de vivir en una sociedad tan corrupta como la que el hombre ha formado a través de los siglos. El hombre mismo es el responsable de esta estructura, de esta sociedad que es el producto de sus propias esperanzas y requerimientos, que es el resultado de su propia violencia, de sus temores y ambiciones; en esta estructura estamos atrapados nosotros, los seres humanos. Y la estructura no es diferente del ser hermano.

La sociedad, ya sea en Europa, en Asia o aquí, en América, no es diferente ni está separada de cada uno de nosotros; nosotros *somos* la sociedad, *somos* la comunidad, no sólo el individuo, la entidad humana, sino también lo total, lo colectivo. No existe, pues, división ni separación entre la sociedad y nosotros; somos el mundo y el mundo es lo que somos, y para producir una revolución radical en la sociedad -revolución que es absolutamente esencial- tiene que haber ante todo una transformación radical en nosotros mismos; por lo tanto, debemos investigar si una revolución semejante en nosotros mismos es del todo posible. No estoy usando esa palabra “revolución” en su sentido comunista, socialista o sangriento, sino que hablo de una revolución que da origen a una transformación completa y radical en la psique misma, en toda la estructura del corazón y de la mente. Ésa es la cuestión principal, no lo que los filósofos piensan o lo que los psicólogos y analistas dicen; ni tampoco lo que los teólogos afirman o lo que los creyentes o no creyentes imaginan.

El verdadero problema, entonces, es si los seres humanos, tal como somos ahora, viviendo en esta compleja sociedad con sus guerras, sus luchas, sus ambiciones y su competencia, podemos producir dentro de nosotros mismos una transformación radical; no gradualmente, o sea, no a través del tiempo, de muchos días o muchos años, sino si es posible cambiar *inmediatamente* sin aceptar el tiempo en absoluto. Al parecer, el hombre se ha comprometido con la guerra, con la violencia, y esta violencia existe en todo el mundo, aunque en Asia y especialmente en la India -donde las ideologías florecen como hongos en un campo húmedo- hablan muchísimo de la no-violencia. Nosotros, los seres humanos, estamos comprometidos con la violencia, con un modo de vida que conduce a la guerra, a una existencia dividida por religiones y nacionalidades en creencias, dogmas, rituales y prejuicios extraordinarios. El hombre se ha comprometido con este extraño patrón de existencia condenando justificadamente una guerra y estando, sin embargo, dispuesto a participar en otra; él mismo es violento, brutal y agresivo, características que los antropólogos atribuyen a su herencia animal. Lo que los antropólogos y especialistas dicen significa, sin embargo, muy poco, porque podemos examinar y descubrir por nosotros mismos la naturaleza de nuestra propia violencia, lo brutales que somos con respecto a otro, no sólo verbalmente sino en nuestros pensamientos y en nuestros gestos. Por miles de años hemos aceptado un estilo de vida que debe conducir inevitablemente a la guerra, a las matanzas en masa, y no hemos sido capaces de cambiarlo; los políticos han tratado de hacerlo pero jamás lo han conseguido.

Los que estamos aquí somos seres humanos corrientes -no especialistas ni expertos- que vivimos en esta sociedad y estamos condicionados por nuestro propio trasfondo; aceptamos un estilo de vida que es tan corrupto, en el cual no hay amor, ni una sola palabra de compasión. Observando todo esto, el problema es entonces si los seres humanos, así como somos, podemos de algún modo producir dentro de nosotros una transformación radical e ir más allá para dar con ese estado que el hombre ha buscado perpetuamente y que ha llamado Dios o el nombre que ustedes quieran darle (los nombres no son importantes).

Entonces, ¿pueden los seres humanos descubrir alguna vez esto, o está reservado solamente para los muy pocos? Primero tenemos que preguntarnos qué lugar tiene la mente religiosa en el mundo de hoy y si es posible dar con esta calidad del amor. Ustedes saben, esa palabra está muy densamente cargada de fealdad; es como la palabra “Dios”, todos usan la palabra “amor”, el teólogo, el tendero y el político, el marido la usa con su esposa, el muchacho con su chica, etcétera, pero si ustedes consideran esa palabra, si la investigan, verán que es la causa de muchísimo sufrimiento, muchísima desdicha, innumerables conflictos y torturas; también engendra envidia, celos y temor. Uno se pregunta, pues, si la mente puede estar libre de todo esto, de modo tal que haya una calidad de amor que no sea corrupta, que el pensamiento no pueda afear.

Éstos son algunos de nuestros problemas: la relación entre un ser humano y otro ser humano, si un hombre puede vivir alguna vez en paz consigo mismo y con su prójimo, si hay una realidad no producida por el pensamiento, si existe una calidad tal de amor, compasión y afecto que nunca haya sido tocada por los celos ni contaminada por el temor, la ansiedad y la culpa. ¿Puede la mente, que se halla tan fuertemente condicionada, liberarse alguna vez completa y totalmente a sí misma y descubrir, en esa libertad, si existe o no

existe una realidad suprema? Si no exploramos y descubrimos por nosotros mismos la verdad de todo esto, entonces es inevitable que convirtamos la vida en un asunto mecánico, en una lucha constante, en una existencia carente por completo de significación.

Estoy seguro de que nos damos cuenta de todo esto; al menos aquellos que son serios deben haberse formulado esta pregunta: si es posible librar a la mente de su condicionamiento, de modo que mire la vida de una manera por completo distinta, que no sea más una mente cristiana, budista, musulmana, hindú o todas estas otras divisiones absurdas. ¿Es posible, para una mente tan condicionada, estar libre alguna vez, ser inocente y, en consecuencia, vulnerable?

La dificultad principal es que el hombre vive en fragmentos, no sólo dentro de sí mismo sino exteriormente: es un científico, un médico, un soldado, un sacerdote, un teólogo, un experto o un especialista de una u otra clase. Internamente, su vida es divisiva, fragmentaria; su mente, su intelecto es a veces agudo e inteligente, a veces brutal y agresivo, mientras que en otras ocasiones puede ser amable, gentil y afectuoso. Trata de ser moral -aunque la moralidad social es completamente inmoral- y los múltiples deseos antagónicos que lo atormentan causan esta fragmentación, esta contradicción tanto interna como externamente. Y el hombre está tratando siempre de llenar el vacío, de producir una integración. Si uno examina esa palabra y lo que hay tras ella, está obligado a preguntarse quién es la entidad que va a llevar a cabo esta integración. Ciertamente, la entidad que va a integrar estos múltiples fragmentos es ella misma parte de los fragmentos y, por lo tanto, no puede efectuar una integración entre ellos. Si uno ve esto claramente, o sea, que las partes divididas del deseo en esta vida fragmentaria nunca pueden unirse, nunca pueden ser integradas porque la entidad, el observador que trata de unirlas forma él mismo parte de la fragmentación, si uno ve esto, entonces tiene que haber un enfoque por completo diferente, el cual consiste en ver la contradicción, los fragmentos, las exigencias opuestas y los deseos conflictivos, observarlos y descubrir si es posible ir más allá de todo eso. Este *ir más allá* es la revolución radical. Entonces la mente ya no está más atormentada, no está más torturada; ya no se halla en conflicto consigo misma y, por lo tanto, uno no está en conflicto con su vecino, sea que el vecino viva al lado, en Rusia o en Vietnam.

Uno tendría que observar este hecho, porque estamos tratando únicamente con hechos, no con suposiciones o ideales. Los ideales no significan nada, son tontos, son la invención de una mente astuta e ingeniosa que no puede resolver un problema como el de la violencia; entonces inventa la no-violencia como un ideal. Siendo incapaz de resolver este problema de la violencia y habiendo creado el ideal de la no-violencia, o sea, ser bondadosa en algún momento del futuro, esa misma invención de un ideal produce, entonces, otro conflicto, otra lucha, otro estado de contradicción.

Es importante, pues, observar el hecho de que los seres humanos son extraordinariamente violentos, de que nuestra cultura, la sociedad en que vivimos, todo nuestro estilo de vida con su codicia, su envidia y su afán competitivo engendra inevitablemente violencia. Y más importante aún es darse cuenta de esta violencia dentro de uno mismo, percatarse realmente de lo que es, no de lo que debería ser, porque "lo que debería ser" es una ficción, un mito, un concepto romántico que todas las religiones y los idealistas han nutrido y explotado a través de los tiempos. ¿De qué sirve el ideal de la no violencia si estoy lleno de violencia. Por favor, ¡es muy importante que esto se comprenda! Escuchen tranquila y atentamente, ¡no rechacen automáticamente lo que se dice! Ustedes pueden ser grandes idealistas que trabajan por alguna causa o puede que se hayan comprometido con alguna fórmula y súbitamente se enfrentan con uno que les señala -cortésmente pero con firmeza- que todo esto es absurdo. Por lo tanto, lo que les incumbe es escuchar a fin de descubrir; y para escuchar tenemos que dejar de lado nuestra propia fórmula, teoría o mito particular. Podemos ver muy claramente cómo los ideales han dividido al hombre: el ideal cristiano, el ideal hindú, el ideal comunista, etc., y cómo, conforme a sus ideas, éstos se hallan divididos a su vez en innumerables sectas: católicos, protestantes y así sucesivamente. En consecuencia, el hombre está atrapado en los ideales, es un esclavo de ellos y, por consiguiente, es incapaz de observar lo que es; está pensando siempre en lo que debería ser.

La primera exigencia, pues, el primer reto consiste en observar "lo que es", y esto implica conocernos a nosotros mismos tal como somos, no como deberíamos ser (ése es un juego infantil, un esfuerzo inmaduro carente de sentido), mirar la violencia, observarla. ¿Puede uno mirar? ¿Cómo mira? Éste es un problema extraordinariamente difícil porque hay ciertos factores que debemos comprender muy claramente. En primer lugar, tenemos que observar sin identificación alguna, sin la palabra, sin el espacio entre el observador y la cosa observada, mirar sin ninguna imagen, sin el pensamiento, de modo que estemos viendo las cosas tal como son realmente. Esto es muy importante, porque si no sabemos cómo mirar, cómo observar lo que somos, entonces crearemos inevitablemente conflicto entre lo que vemos y la entidad que ve.

Espero que esto sea bastante claro. Observo que soy violento en mi manera de hablar, en mis gestos, en mis pensamientos y en mis actividades diarias, tanto en el hogar como en la oficina. Ahora bien, sólo puedo observar que soy violento si no intento escapar de ello o evitarlo, y escaparé inevitablemente si busco refugio en algún ideal que dice que no debo ser violento, porque un ideal así no tiene sentido. Cuando me digo que no debo ser violento, están el hecho de mi propia violencia y el ideal de lo que debería ser (que no debo ser violento); en consecuencia, hay un conflicto entre lo que es y lo que debería ser. Para la mayoría de nosotros, ésa es nuestra vida.

Por lo tanto, es importante, si es que somos completamente serios -y la vida es sólo para aquellos que son serios-, observar la naturaleza y estructura de la violencia dentro de nosotros mismos y descubrir por qué somos violentos. El mero descubrimiento de la causa de la violencia no termina con ella; tampoco el análisis, por agudo y sutil que sea, pone fin a la violencia ni ésta puede ser superada pensando en la no-violencia. "Violencia" es meramente una palabra, y la descripción de esa violencia no es, obviamente, el hecho. ¡Por favor, entiendan esto! Puede que no estén habituados a esta clase de observación o exploración, puede que prefieran dejarla a cargo de los expertos y sólo seguirlos ciegamente, creando de tal modo una autoridad, lo cual se vuelve algo terrible. No obstante, si quisieran verse libres de la violencia que está tan profundamente enterrada en ustedes, primero deben aprender acerca de sí mismos. Sólo pueden aprender si se observan, no de acuerdo con Jung o Freud o algún especialista, porque entonces están aprendiendo meramente lo que ellos ya les han dicho, de modo que eso no es aprender en absoluto. Si realmente quieren aprender acerca de sí mismos, tienen que desechar toda la confortadora autoridad de otros y observar.

Esa observación es muy compleja, está llena de dificultades. En primer lugar, ¿es el observador diferente de la cosa observada? Observo que soy violento, no sólo superficialmente, conscientemente, sino muy en lo profundo; en todas partes de mi ser soy violento. Así, lo observo en la manera como hablo, como camino, en mis gestos, en mi impulso ambicioso por triunfar. Particularmente en este país, el éxito se exalta hasta los cielos; debemos triunfar a toda costa, pero en el triunfo, en el éxito, hay muchísima violencia, agresión y brutalidad. Veo, pues, que soy violento; ahora bien, la entidad que observa, ¿es diferente de la violencia, está separada de ella, de la cosa observada? ¡Por favor, *hagan* esto mientras quien les habla lo está explicando! Si es que puedo sugerirlo, no se limiten a escuchar las palabras, porque las palabras carecen de importancia; lo importante es ver si la mente puede o no puede liberarse alguna vez de esta terrible enfermedad llamada violencia. Y en el verlo, ¿es el veedor, el observador diferente de la cosa vista, de la cosa observada, o el observador y lo observado son una sola cosa? ¿Comprenden todo esto? El observador que dice "yo soy violento", ¿es diferente de la violencia misma? Obviamente, no lo es; por lo tanto, ¿qué ocurre? Tengan la bondad de seguir cuidadosamente esto, ¡si es que les interesa! ¿Qué ocurre cuando el observador se da cuenta de que él mismo es la violencia que él ha observado? ¿Qué ha de hacer, entonces, para verse libre de la violencia? Espero que comprendan la complejidad de este problema y que nos estemos comunicando uno con otro.

Por favor, no estoy tratando de analizarlos, lo cual es algo por completo diferente y no tiene nada que ver con lo que estamos discutiendo. ¡Penetremos, pues, en ello paso a paso! Cuando el observador descubre por sí mismo que es lo observado, que es la violencia y que ésta no es algo separado de él mismo que él pueda cambiar o controlar, entonces la división entre el observador y lo observado ya no existe más, de modo que el observador ha eliminado instantáneamente dentro de sí la causa de conflicto y contradicción. Sin embargo, el hecho de la violencia permanece: sigo siendo violento por naturaleza, todo mi ser es violento y es puro desatino decir que una parte de mí es amable y afectuosa mientras que otra parte es violenta. La violencia implica división, contradicción, conflicto, estado de separación y falta de amor. Pero ahora he comprendido el hecho principal, o sea, que el observador es lo observado y, por lo tanto, ya no está más en conflicto con lo observado. Yo soy el mundo y el mundo es lo que soy; soy la comunidad y la comunidad es lo que soy. Por consiguiente, para producir una transformación radical en la sociedad y en sí mismo, el observador tiene que experimentar un cambio tremendo, o sea, tiene que darse cuenta de que el observador y lo observado son uno.

Ahora mi mente puede observar la imagen de lo que considera que es la violencia y también mis intereses creados en esa violencia, porque toda la imagen que tengo acerca de mí mismo y de la violencia debe desaparecer a fin de que la mente esté libre para observar. Y después de observar, sigue existiendo el hecho de que soy violento, aun cuando pueda decir que yo y la violencia somos una sola cosa. Entonces, ¿qué he de hacer? Cuando observo que soy violento y veo muy claramente que el observador es esa violencia, entonces me doy cuenta de que no puedo hacer nada en absoluto, porque cualquier acción, ya: sea positiva o negativa, sigue siendo parte de esa violencia.

Miren, señores, expongámoslo de otra manera. Está todo este problema del egocentrismo; somos enormemente egocéntricos, extraordinariamente egocéntricos. Podemos tomarnos la molestia de ayudar a

otros, pero en lo profundo, en la raíz, el núcleo es esta actividad egocéntrica. Es como un árbol cuya raíz principal tiene un millar de raíces, y cualquier cosa que la mente haga o deje de hacer, alimenta esta raíz. ¿Soy claro en esto? Porque estamos tratando con un problema muy complejo, de modo que, por favor, tengan en cuenta lo que dijimos antes: que la descripción nunca es lo descrito. Por lo tanto, atento a esto uno ve la necesidad de estar en contacto directo con el hecho de esta operación egocéntrica que se desarrolla todo el tiempo dentro de cada uno de nosotros, la cual constituye la actividad de la separación, del aislamiento, de la división y la fragmentación, y cualquier cosa que uno hace forma parte de esa actividad; por lo tanto, uno se pregunta si existe una clase diferente de acción, pero la formulación misma de esa pregunta sigue formando parte de la fragmentación. Uno se da cuenta, entonces, de que debe mirar la violencia en completo silencio. (*Pausa*) ¿Está quien les habla comunicando siquiera algo? (*Asentimiento*) Por favor, señor, no asienta. Ésta no es una cuestión de acuerdo o desacuerdo, sino de percepción por parte suya. El que les habla no es importante en absoluto; lo importante es que ustedes descubran estas cosas por sí mismos, de modo que no sean seres de segunda mano. Tienen que *mirar* para descubrir, para descubrir si la mente puede o no puede estar completa y totalmente libre de esta violencia, de este orgullo y esta arrogancia, y así dar con una calidad por completo diferente. Y para descubrir eso tenemos que mirar muy profundamente y descubrir por nosotros mismos; entonces es nuestro descubrimiento, no el de algún otro, no algo que nos han dicho, porque no hay maestro ni seguidor. Infortunadamente, la palabra "gurú" ha sido puesta recientemente en boca de todos en este país; en sánscrito, la palabra significa "el que señala", como lo hace un poste indicador en el camino. Sin embargo, ustedes no adoran ese poste, no lo rodean de guirnaldas; tampoco andan alrededor de él ni cumplen con todas las órdenes misteriosas que se supone les transmite un gurú. Él es simplemente un poste indicador en el camino; lo leen y pasan de largo.

Por lo tanto, uno tiene que ser su propio maestro y su propio discípulo; no hay maestro ajeno a uno, no hay salvador ni instructor; es uno mismo el que tiene que cambiar y, por lo tanto, ha de aprender a observar, a conocerse a sí mismo. Este aprendizaje acerca de uno mismo es un asunto fascinante y gozoso; implica aprender acerca de la violencia que forma parte de la estructura de nuestra vida. Para aprender, la mente tiene que estar libre; no puede aprender acerca de la violencia si ya ha acumulado conocimientos sobre la violencia. Esa es una de las cosas que hemos hecho con nuestro aprender: el conocimiento y el aprender son dos cosas diferentes. El médico, el científico, el ingeniero han acumulado conocimientos y les suman otros a medida que se hacen descubrimientos nuevos; por lo tanto, el conocimiento que tienen se convierte en un depósito, en una tradición, pero eso no es el aprender; el aprender sólo es posible en un estado de movimiento constante y tiene lugar únicamente en el *presente activo*. El aprender es un movimiento, ya sea que uno esté aprendiendo en un colegio o esté aprendiendo acerca de sí mismo; está aprendiendo a medida que avanza, no *ha aprendido* para luego aplicar lo que ha aprendido, lo que ha acumulado; eso no es aprender en absoluto, es meramente acumular conocimientos.

En el aprender hay un gran disfrute, no hay desesperación ante lo que uno ve, porque no lo está comparando con su ideal, con lo que uno debería ser. Sólo existe *lo que es*, y cuando observamos lo que es, nuestro aprender es infinito. Todo está en nosotros; al igual que quien les habla, ustedes no tienen que leer ningún libro, porque el hombre es tan antiguo como las colinas y mucho más. Es algo viviente, y lo viviente no es para ser condicionado, pero nosotros lo hemos condicionado y por eso nuestra vida se ha vuelto una tortura semejante, una lucha tan carente de sentido.

No sé si les gustaría formular algunas preguntas. Ustedes saben, para formular una pregunta, uno tiene que ser escéptico acerca de todo, incluyendo lo que dice quien les habla; él no posee autoridad alguna, y tenemos que ser escépticos aunque, por supuesto, debemos saber cuándo soltar la correa a fin de no ser escépticos todo el tiempo. Obviamente, ustedes deben formular preguntas, pero deben formular la pregunta correcta, lo cual es una de las cosas más difíciles de hacer. Por favor, ¡esto no quiere decir que esté tratando de impedirles que formulen preguntas! Es muy importante formular una pregunta realmente extraordinaria, una pregunta que los ponga completamente a prueba, que sea verdadera *para ustedes*, no para quien les habla o para algún otro. Es obvio que tienen que formular esa clase de preguntas, pero al mismo tiempo no deben esperar jamás una respuesta de otro, porque nadie puede responder a la pregunta de ustedes; sólo los tontos ofrecen consejos. Así que tengan la bondad de formular una pregunta seria, ¡no algo improcedente sin ninguna significación profunda!

Interlocutor: Usted ha hablado del silencio; en ocasiones mi mente está silenciosa. ¿pero qué es este silencio al que usted se refiere?

KRISHNAMURTI: Quien le habla puede decirle qué es ese silencio, pero a menos que sea suyo ello tendrá muy poca significación. El silencio es absolutamente necesario para mirar, para escuchar, para observar; si su mente está parloteando -y nuestras mentes están parloteando perpetuamente-, ¿cómo puede usted escuchar? ¿Cómo puede mirar un árbol, una nube o un pájaro sin ese silencio? Si quiere mirar un árbol, o la luz sobre una nube, es natural que su mente deba estar en silencio, pero usted no puede forzar ese silencio simplemente porque desea ver la belleza del árbol. Es muy importante mirar, ver sin la imagen, y debemos hallarnos en silencio para mirar a nuestra esposa o a nuestro marido sin la imagen. Sin embargo, dejamos de estar en silencio cuando cargamos con la imagen de nuestra esposa o nuestro marido. Es sólo en el silencio que aprendemos, y el *amor* es completamente silencioso.

Este amor es desconocido para nosotros porque el pensamiento, que engendra placer y temor, está siempre proyectando una sombra sobre todas las cosas. Este silencio forma parte de la meditación (no vamos a penetrar en eso ahora porque abarca muchísimo), y sin comprender la meditación, su belleza, su éxtasis y la verdadera bendición que implica, la vida no tiene sentido. La meditación no es algo separado de la vida de todos los días ni consiste en aprender algún truco en un monasterio, ya sea zen o de alguna otra religión, porque la meditación es un modo de vida y forma parte de este inmenso silencio del que estamos hablando. Tal vez durante estas tres pláticas públicas podamos discutir la meditación y también qué es el amor y qué es la muerte.

Interlocutor: ¿Podríamos discutir la observación sin el observador?

KRISHNAMURTI: ¿Quién es el observador? Por favor, ¡descúbralo! ¡Investiguémoslo juntos! No se limite simplemente a escuchar y a aceptar o rechazar, hagamos el viaje juntos. ¿Quién es el observador? El observador es la experiencia, ya sea la experiencia de ayer o de mil ayeres. El observador es el conocimiento acumulado, la memoria; el observador es esencialmente la tradición, el pasado, las cenizas muertas de muchos millares de ayeres. El observador es uno que dice: "Estoy lastimado, siento ira, he sido insultado, éste es mi punto de vista, ésa es mi opinión", es el que piensa y está atrapado en fórmulas; todo eso es el observador. Por lo tanto, el observador es *esencialmente* el pasado. ¿Puede usted mirar, observar sin el pasado? ¿Puede observar exteriormente un árbol, una nube, un pájaro, sin el pasado, lo cual implica sin la palabra, sin su conocimiento, sin todas las imágenes que tiene acerca del árbol, acerca de la nube, acerca del pájaro? ¿Puede, pues, mirar sin el *pasado*? Es comparativamente fácil mirar un objeto familiar sin el pasado, sin el ayer, pero ¿podemos mirar a nuestra esposa o a nuestro marido sin la imagen del pasado, sin los agravios y los regaños, sin las riñas y la brutalidad, sin los placeres y los deleites y las diversas formas de requerimientos ocultos e inexpresados, sin las esperanzas y los temores? ¿Puede usted mirar sin todo esto, de modo que esté mirando con ojos nuevos? Es una tarea bastante difícil porque exige atención, exige el júbilo del aprender.

Nosotros, los seres humanos, no tenemos relación unos con otros, con nuestros maridos o esposas, no importa cuán íntimos podamos ser, no importa cuántas veces hayamos dormido juntos. Tenemos imágenes y la relación es entre dos imágenes, no entre seres humanos, porque los seres humanos son criaturas vivientes y es muy peligroso e inseguro tener una relación con algo viviente; por sobre todas las cosas, lo que queremos es estar seguros en nuestra relación Por eso decimos: *conozco* a mi esposa, *conozco* a mi marido, o a mi vecino, o a mi amigo. Mirar sin el observador, lo cual implica mirar sin el pasado, sin la memoria, sin todas las esperanzas y los temores que se han acumulado, sin el placer y el disfrute, sin el dolor y la desesperación... mirar de esa manera es el principio del amor.

8 de noviembre de 1968

2

LA ÚLTIMA VEZ que nos reunimos estuvimos discutiendo esta cuestión de la violencia, cómo impregna nuestras vidas desde que nacemos hasta que morimos. Esta violencia, esta agresión y brutalidad existen por todo el mundo no sólo en lo individual, donde se manifiesta como odio y formas retorcidas de fidelidad, sino también exteriormente en nuestra aceptación de la guerra como estilo de vida. La violencia surge de los derechos de propiedad, de los derechos sexuales y de otras formas de creencias ideológicas. Estamos muy familiarizados con todo eso, lo vemos muy claramente.

Todas las religiones han dicho: no mates, sé bondadoso, sé compasivo, etcétera, pero las religiones organizadas no tienen significación alguna, jamás la han tenido. Nos enfrentamos, pues, a este problema: el

problema de la violencia. Y uno tiene que preguntarse si es del todo posible para un ser humano, no sólo en su relación personal sino en su relación con la sociedad, estar completamente libre de esta violencia. No es una pregunta retórica ni un interrogante intelectual, sino un problema real que afronta cada uno de nosotros tanto psicológicamente, en lo interno (bajo la piel, por así decir) sino también exteriormente, en el hogar y en la oficina. En toda forma de actividad existe este espíritu agresivo, el cual engendra odio y animosidad. También estuvimos preguntándonos si es del todo posible, no sólo en el nivel consciente sino también en los niveles mentales más profundos, erradicar por completo esta violencia, de manera que podamos vivir en paz unos con otros e ir más allá de las divisiones nacionales, de la separación religiosa con sus dogmas, creencias, teorías e ideología.

Abordemos ahora este problema de otro modo. Una de nuestras dificultades principales, me parece, es que aunque tengamos abundancia de energía, aparentemente nos falta el impulso, la vitalidad y el entusiasmo para producir este cambio dentro de nosotros. Después de todo, conocernos a nosotros mismos -no de acuerdo con algún especialista- es lo más importante, es la base de toda acción. Y si no nos conocemos a nosotros mismos, si no nos estudiamos, si no aprendemos al respecto y penetramos en ese espíritu meditativo dentro de nosotros, entonces faltan los cimientos, toda acción se vuelve fragmentaria, contradictoria; y desde este estado de contradicción surge el conflicto y este conflicto es el que nos agobia a cada uno de nosotros. Todo lo que hacemos, todo lo que pensamos, todo lo que tocamos engendra conflicto y lucha, lo cual en múltiples formas derrocha energía que es absolutamente vital para esta revolución psicológica interna. Esto implica que, internamente, debemos estar por completo libres de conflicto; pero ello no quiere decir estar meramente satisfechos. vegetar o llevar una existencia como la de las vacas. Al contrario, cuando la energía no se usa para propósitos nocivos (como ahora se está usando), esa energía es un elemento transformador en el conocimiento propio. Aunque los antiguos griegos, los hindúes y los budistas han dicho todos: "conócete a ti mismo", muy pocas personas se han preocupado alguna vez de investigar eso y de descubrir. Para aprender acerca de nosotros mismos no es necesaria ninguna autoridad, ya sea ésta de la iglesia, de un Salvador, de un Maestro o de algún especialista. Todo lo que uno tiene que hacer -si es realmente serio y profundo- es observar, no sólo críticamente sino con una mente que está libre para aprender. (*Se oye el llanto de un niño*) ¿Quién será el dueño de la voz?

Ustedes saben, en la India, donde hablamos al aire libre, hay unas tres o cuatro mil personas que traen a sus niños con ellas; también hay estudiantes, mendigos y toda clase de humanidad. La mayoría no entiende el inglés, pero se considera que vale la pena, que es digno de mérito asistir a una reunión religiosa, de modo que hay muchísimo ruido al que se agregan los cuervos y otros pájaros. Todos comparten esta clase de reunión, no sólo los pájaros y los niños sino aquellos que tienen muy poco conocimiento de cosa alguna y no entienden mucho, pero igualmente es bueno asistir a una reunión semejante. Aquí, donde se habla y se entiende el inglés, es valioso y significativo que tanto los niños como los ancianos y las personas de mediana edad, se reúnan para conversar seria y profundamente sobre los problemas a que se enfrenta cada uno de nosotros.

Por desgracia, no somos suficientemente serios, tenemos prejuicios y hemos llegado a ciertas conclusiones que nos impiden examinarnos a nosotros mismos. Nuestra experiencia actúa como una barrera, tal como lo hace el conocimiento, de modo que si pudiéramos escuchar con una mente tanto seria como inquisitiva, entonces en esta comunicación no estaríamos oyendo meramente un montón de palabras o acumulando una nueva serie de ideas, sino que más bien estaríamos penetrando muy profundamente dentro de nosotros y aprendiendo acerca de nosotros mismos.

Ciertamente, la intención de estas reuniones es la de examinarnos a fondo y *descubrir por nosotros mismos*, no que alguien nos diga lo que debemos hacer y qué debemos pensar (lo cual es demasiado inmaduro, demasiado infantil), no creando otra autoridad, otro gurú y todo ese negocio absurdo. El descubrimiento propio no es preguntar "¿Quién soy yo?" sino observarse uno a sí mismo como miraría su rostro en un espejo, observando las propias acciones, los gestos y las palabras que uno emplea, observando la manera como mira un árbol, un pájaro o una nube que pasa, como mira a su mujer, a su marido o al vecino. Así, a través de la observación comenzamos a descubrir lo que somos, porque uno jamás es estático; no hay nada permanente dentro de nosotros, aunque los teólogos y otras personas "devotas" afirmen que existe una entidad constante, lo cual también es una teoría, una idea. Deberíamos, pues, investigar de manera gozosa y libre si la mente, esta mente humana que ha vivido por millones de años y ha sido tan fuertemente condicionada por millares de experiencias, que ha abrazado y aceptado tantas ideas e ideologías, si una mente semejante es capaz de penetrar dentro de sí misma y descubrir si puede o no estar completa y totalmente libre de violencia.

Abordemos ahora este problema de una manera diferente. En tanto haya temor, tiene que haber violencia, agresión, odio e ira. Casi todos los seres humanos están atemorizados, no sólo con respecto a lo externo sino también internamente, aunque lo externo y lo interno no están separados, son realmente un solo movimiento.

De modo que si entendemos lo interno -su propósito, su naturaleza y toda la estructura del temor-, entonces tal vez seremos capaces de dar origen a una sociedad diferente, a una cultura diferente, porque la sociedad actual está corrupta y su moralidad es inmoral.

Tenemos, pues, que descubrir, no ideológicamente, no intelectualmente como una especie de juego, sino descubrir realmente por nosotros mismos si es o no es posible liberarse de este temor. Hay múltiples formas de temor, demasiado numerosas para examinarlas: el temor a la oscuridad, el temor a perder nuestro empleo o nuestro medio de subsistencia, el temor a ser descubiertos cuando hemos hecho algo que nos avergüenza, el temor que la esposa siente con respecto a su marido o el que éste siente con respecto a su esposa, el temor de los padres por los hijos, el temor de no ser amados, los temores de la vejez, el temor a la soledad y a la muerte. Hay, pues, muchas formas de temor. Por lo tanto, a menos que comprendamos el temor, la cuestión central del temor, viviremos en la oscuridad y, por lo tanto, jamás estaremos libres de esta brutalidad, de esta agresión, de esta envidia y competencia.

¿Qué es el temor? ¿Qué es el verdadero estado del temor en sí, no las diversas formas del temor? ¿Cuál es la causa del temor? Por favor, como dijimos anteriormente, quien les habla no es un analista, no está realizando un análisis en masa. No estamos interesados para nada en el análisis porque, como lo verán enseguida, el análisis es una pérdida de tiempo. El análisis postula un analizador y una cosa a ser analizada, mientras que el analizador mismo es lo analizado, no puede separarse de aquello que desea analizar; por lo tanto, cuando observa este fenómeno ve la terrible pérdida de tiempo que implica el análisis. Uno puede, si es rico y eso le agrada, complacerse en el análisis como en una especie de juego para entretenerse, pero si lo que quiere realmente es ir más allá de la naturaleza y estructura del temor, erradicarlo por completo, debe abordarlo no mediante un proceso analítico o algún concepto intelectual, sino *directamente*. Si deseamos comprender algo, en especial algo viviente, tenemos que observarlo con una mente viva, no con el conocimiento muerto, no con algo que ya hemos aprendido o que ya sabemos.

Eso es, entonces, lo que vamos a hacer y, al escuchar, ustedes no están escuchando para nada a la persona que les habla, porque ésta no tiene ninguna importancia. Es como el teléfono, ¡éste no es importante! Lo que importa *es lo que el teléfono está diciendo*. Es necesario, pues, que se observen a sí mismos, que observen la propia mente a *través* de las palabras de quien les habla, que lo usen como un espejo. Cuando uno se observa a sí mismo como ser humano tan densamente condicionado por el pasado tan intrincadamente atrapado en el dolor y el tormento de esa observación surge una comprensión que produce una clase de acción por completo diferente. Vamos a explorar esa acción juntos, a discutirla, a conversar sobre ella, no como maestro y alumno o gurú y discípulo, sino más bien como dos amigos que tratan de resolver los inmensos problemas de la vida cotidiana Si uno no echa cimientos de cordura, salud, decencia y rectitud, no puede ir muy lejos, no puede meditar m descubrir qué es la verdad.

Para echar esos cimientos apropiados de modo tal que nos convirtamos en luz para nosotros mismos, tenemos que comprender el temor. Comprender qué es el temor, no cómo superar el temor. No sé si han advertido que cualquier cosa que debe ser superada, tiene que serlo una y otra vez. Si en alguna oportunidad han conquistado algo -no importa qué, algún enemigo externo o interno-, tienen que reconquistarlo repetidamente una y otra y otra vez. No estamos tratando de *superar* el temor, ni tratamos de reprimirlo o de otorgarle una cualidad diferente, sino que más bien tratamos de comprenderlo, de descubrir lo que el temor es realmente y cómo surge. ¿Qué es, entonces, este temor, el temor a lo que ha sido, el temor al ayer, el temor al mañana, el temor de no ser y de no llegar a ser, o sea, el temor en el tiempo? Si nos enfrentamos a un reto, a una crisis enorme en nuestra vida -y no hay ayer ni mañana-, actuamos *instantáneamente*, ¿no es así? El pensar acerca de lo que sucedió ayer o de lo que sucederá mañana es el que engendra el temor, pero cuando nuestra acción es inmediata no podemos pensar acerca de lo que está sucediendo *ahora*, en este instante; el pensamiento no puede penetrar en el presente activo. Es sólo cuando la acción se ha terminado y no tenemos ya que ver con ella, que podemos pensar acerca de lo que pudo haber sido, acerca del pasado o del futuro. De modo que el pensamiento es la causa del temor, el pensar sobre el pasado y el futuro, sobre el ayer y el mañana; he tenido una pena ayer y quizá vuelva a repetirse mañana, o mañana puedo perder mi empleo; por lo tanto, siento temor. Por favor, ¡observen sus propias mentes, sus propios corazones! ¡Investíguenlo en sí mismos y verán lo extraordinariamente sencillo que se vuelve! Si no lo hacen, entonces es muy complejo, entonces no tiene ningún sentido.

Por lo tanto, el pensamiento engendra el temor: el pensamiento de que quizá no soy capaz y puede que no tenga éxito, el pensamiento de que no me aman y de mi completa soledad, el pensamiento de que me descubran en algún acto vergonzoso que he cometido, el pensamiento de perder algo que es muy precioso y querido para mí... De modo que el pensamiento trae como secuela remordimiento y desesperación. Así como es el origen del temor, de igual manera el pensamiento es el origen del placer. Pensar en algo que nos ha

proporcionado deleite, alimenta ese placer, le da consistencia. Cuando vemos la puesta del sol en el atardecer o la primera luz de la mañana sobre las colinas y captamos eso en toda su belleza y su encanto, o cuando en el silencio que nos rodea escuchamos el canto de una codorniz, cuando eso ocurre, en el instante real de la percepción no hay pensamiento, sólo una lúcida y total captación de cuanto nos rodea. Pero cuando comenzamos a pensar sobre eso, a volver a eso con el pensamiento y nos decimos que debemos tener más de aquel placer, que debemos recapturar la belleza de aquello, entonces el pensar al respecto nos proporciona un nuevo placer. Así, el pensamiento engendra tanto el placer como el temor. Este es un hecho psicológico que aceptamos intelectualmente, pero esa aceptación carece de valor, porque el placer contiene dentro de sí la semilla del temor; por lo tanto, el placer *es* temor.

¡Tengan la bondad de observar esto muy cuidadosamente! No estamos diciendo que ustedes deben negarse el placer. Todas las religiones del mundo han condenado al placer, sexual o de otra clase; ¡no estamos diciendo eso! Un hombre religioso no niega ni reprime sino que más bien observa, aprende.

Pensar, pues, acerca de lo que ha sucedido o podría suceder, engendra temor, como ocurre, por ejemplo, con el temor a la muerte, a la que posponemos o apartamos hacia un futuro distante; pero está *ahí*. También pensar en alguna falta que hemos cometido en el pasado y que otros podrían utilizar para su propio beneficio, o pensar en el placer del sexo y mantener viva la imagen: este pensar acerca de algo engendra inevitablemente temor o placer.

Surge, entonces, la pregunta: ¿Es posible vivir nuestra vida de todos los días sin la interferencia del pensamiento? No es una pregunta tan absurda como suena, es muy importante, porque el hombre, a través de los tiempos ha rendido culto al pensamiento y al intelecto en todos los libros "ingeniosos" con sus teorías, en todas las obras teológicas que con sus conceptos acerca de Dios nos muestran la forma correcta de vivir. Estos expertos y especialistas son como personas atadas a un poste: se hallan restringidas a causa de su condicionamiento y no pueden ir más lejos, de modo que están limitadas en cualquier cosa que piensan. Y debido a que son el resultado de diez mil años de propaganda, sus dioses, sus dogmas y rituales carecen en absoluto de significación. El hombre ha adorado al pensamiento, lo ha puesto sobre un pedestal. ¡Miren todos los libros que se han escrito!

Entonces, ¿qué es el pensamiento y cuál es su significación? Sé que hay personas que han dicho "¡Matad la mente!". Ustedes no pueden matarla. No pueden desprenderse meramente del pensamiento como si fuera alguna vestidura que llevan puesta. Tienen que comprender este extraordinario proceso del pensar, *del propio pensar*, no estudiando libros ni asistiendo a conferencias que los instruyan al respecto. Cuando piensan en algo, ¿cuál es el origen de ese pensar? ¿Cuándo es necesario el pensamiento y cuándo no lo es? ¿Cuándo es un impedimento y cuándo es una ayuda? De modo que tienen que descubrir todas estas cosas por sí mismos, no ser guiados por quien les habla o por alguna otra autoridad.

Ustedes saben, el mundo se está volviendo más y más autoritario, no sólo en lo religioso y en lo político sino psicológicamente. Tiene que haber, desde luego, cierta clase de autoridad en el conocimiento tecnológico, pero ejercer la autoridad en cuestiones religiosas y psicológicas es una abominación, porque entonces el hombre nunca es libre ni *puede* ser libre; y la libertad es una necesidad absoluta. ¿Cómo puede ser libre jamás una mente que se halla atemorizada? ¿Cómo puede una mente que está oscurecida por el perpetuo pensar y el incesante parloteo, estar alguna vez libre para mirar, para investigar, para vivir y conocer ese éxtasis que no pertenece al placer? ¿Qué es, entonces, el pensamiento? ¿Puede el pensamiento terminar en cierto nivel y, no obstante, funcionar en otros niveles de manera racional, cuerda, objetiva, impersonal y no emocional? O sea, el conocimiento acerca del universo, acerca de todas las cosas, es necesario -el *conocimiento*-, pero uno también observa que el pensamiento engendra temor al igual que placer, de modo que se pregunta: ¿Puede este pensamiento llegar a su fin?

Una vez más tienen que averiguar esto por ustedes mismos a fin de que no sigan siendo seres de segunda mano -tal como lo son ahora- sino que estén descubriéndolo todo por sí mismos. Entonces, ¿qué es el pensamiento? Ciertamente, esto es muy simple: el pensamiento es la respuesta de la memoria. Alguien les formula una pregunta sobre algo que les es familiar y responden inmediatamente; si la pregunta es un poco más compleja, entonces se toman tiempo para contestar. Durante el intervalo entre la pregunta y la respuesta está operando la memoria y ustedes responden desde esa memoria. Por lo tanto, el pensar es la respuesta de la memoria y la memoria es el depósito de miles de experiencias, tanto conscientes como inconscientes. O sea: el inconsciente es el vasto depósito constituido por la memoria de la raza, de la tradición, ya sea ésta cristiana, hindú o budista, y en eso está oculta la acumulación de muchos siglos; mientras que la mente consciente es el depósito del conocimiento que hemos adquirido. Y es merced a toda esta estructura de la memoria que estamos condicionados y respondemos desde ese condicionamiento. Si uno está condicionado como republicano, demócrata o comunista, entonces responde desde ese trasfondo, desde esa memoria. Si ha sido

educado como cristiano y lo han adoctrinado mediante la propaganda de la iglesia con sus dogmas y rituales, entonces responde de acuerdo con esa memoria, con ese condicionamiento; o si uno es un hindú, responde desde el trasfondo de sus dioses y su puja, de los ritos del templo y demás.

¡Por favor, sigan esto! Puede parecer complicado pero sólo es *verbalmente* complejo. De modo que el pensamiento es la respuesta de las células cerebrales que han acumulado conocimiento como experiencia y, puesto que el pensamiento engendra temor, se ha dividido a sí mismo separando al pensador del pensamiento. El pensador dice: "Tengo miedo". El pensador, el "yo" está separado de la cosa que lo atemoriza, el miedo mismo, de modo que hay dualidad, una división: el pensador y el pensamiento, el observador y lo observado, el experimentador y lo experimentado. Esta dualidad o división, esta separación es la causa del esfuerzo, la fuente desde la cual emanan todos los esfuerzos. Aparte de la obvia dualidad de hombre y mujer, negro y blanco, hay una dualidad interna, psicológica, como el observador y lo observado, el que experimenta y la cosa experimentada. En esta división que involucra al tiempo y al espacio, está todo el proceso del conflicto, pueden observarlo en sí mismos. Ustedes son violentos, eso es un hecho, y también tienen el concepto ideológico de la no violencia, de modo que hay dualidad. Entonces el observador dice: "Debo llegar a ser no violento", y el intento de volverse no violento es conflicto, el cual implica un derroche de energía. Mientras que si el observador se percata totalmente de esa violencia -sin el concepto ideológico de la no violencia-, entonces es capaz de habérselas con la violencia inmediatamente.

Debemos observar, por lo tanto, cómo este proceso dualista opera dentro de nosotros: esta división del yo y el no-yo, el observador y lo observado; y que es el pensamiento el que ha originado esta división. Es el pensamiento el que dice: "estoy insatisfecho con lo que es y sólo estaré satisfecho con lo que debería ser"; es el pensamiento el que ha disfrutado alguna experiencia en forma de placer y dice que uno debe tener más de eso. De modo que en cada uno de nosotros tiene lugar este proceso dualista, contradictorio, y este proceso es un desperdicio de energía. Por lo tanto, uno se pregunta -y espero que ustedes se lo estén preguntando- por qué existe esta división. ¿Por qué existe este constante esfuerzo entre lo que es y lo que debería ser? ¿Es posible erradicar totalmente "lo que debería ser", el ideal, que es el futuro, así como erradicar "lo que ha sido", el pasado, desde el cual el futuro se establece?

¿Existe, en modo alguno, un observador excepto como pensamiento que se divide a sí mismo en el observador y lo observado? Ustedes pueden mirar esto y descartarlo o pueden mirarlo e investigarlo muy profundamente, porque en tanto haya un observador tiene que haber división y, en consecuencia, conflicto. Y el observador es siempre el pasado, jamás es nuevo; lo observado puede que sea nuevo, pero el observador lo traduce siempre en términos de lo viejo, del pasado, de modo que el pensamiento jamás puede ser nuevo y, por ende, jamás es libre. El pensamiento es siempre lo viejo; por lo tanto, cuando ustedes adoran el pensamiento están adorando algo muerto; el pensamiento es como los hijos de mujeres estériles. Y nosotros, que se supone somos grandes pensadores, en realidad vivimos en el pasado y, por consiguiente, somos seres humanos muertos.

El pensamiento ha creado, pues, tanto el placer como el temor, el cual engendra violencia. El problema es, entonces: está el temor y está la violencia, y el hecho de considerarlos meramente en términos de palabras o mediante la descripción, no les pone fin. Veo muy claramente cómo el pensamiento ha engendrado este temor: temo que pueda perder algo que es muy precioso para mí; es el pensamiento el que ha producido este temor. Si el pensamiento se reprime a sí mismo y dice: "No pensaré sobre eso", el temor aún está ahí. Por favor, sigan esto despacio! Si intento escapar del temor, aceptarlo o negarlo, continúo estando atemorizado, el temor sigue ahí. ¿Cuál es, entonces, la pregunta siguiente? Hay temor y el pensamiento no puede ser reprimido, eso sería una forma extrema de neurosis.

¿Qué ocurre cuando el observador es lo observado? ¿Comprenden la pregunta? El observador es el producto del pasado, del pensamiento; y la cosa observada, el temor, es también resultado del pensamiento, de modo que el observador y lo observado son ambos producto del pensamiento. Entonces, cualquier cosa que el pensamiento haga con respecto a este estado de temor -ya sea que lo acepte o lo reprima, que interfiera y trate de sublimarlo, *cualquier cosa que haga*- implica dar continuidad al temor en una forma diferente. Por lo tanto, al observar el pensamiento todo este proceso, al aprender íntimamente acerca de sí mismo (sin que ningún otro se lo diga), al ver por sí mismo la naturaleza y estructura del temor, que es *él mismo*, el pensamiento se da cuenta de que cualquier cosa que haga con respecto al temor sigue alimentando el temor. ¿Qué ocurre entonces, qué surge de esta comprensión?

Espero que estén siguiendo todo esto. He observado el temor -que es pensamiento- como he observado el placer. Ahora bien, el observador es lo observado, aunque el pensamiento haya separado al observador y la cosa observada. Eso lo veo claramente; hay una comprensión de ello, no como un concepto intelectual sino como una realidad factual. Entonces, ¿qué ocurre? La comprensión no es intelectual; por lo tanto, es la más

elevada forma de inteligencia, y ser inteligente en este sentido significa ser altamente sensible, darse cuenta de la naturaleza y estructura completa del temor. Si reprimo el temor o escapo de él, entonces no hay percepción sensible del temor y de todas sus implicaciones; por consiguiente, debo aprender acerca del temor y no escapar de él. Y sólo puedo aprender acerca de algo si estoy en *contacto directo* con ello, y puedo estar en contacto de una manera tan íntima sólo cuando puedo mirar libremente. Esta libertad es la más alta forma de sensibilidad, no sólo en lo físico sino también en lo mental; el cerebro mismo se vuelve altamente sensible. Esta comprensión es inteligencia y es esta inteligencia la que va a operar; y en tanto exista esta inteligencia no hay temor; el temor aparece sólo cuando esta inteligencia está ausente. Esto debe ser comprendido en un nivel muy profundo, no sólo de manera verbal, porque, como lo dijimos antes, la palabra no es la cosa y la descripción jamás es lo descrito. Uno puede describir la comida a un hombre hambriento, pero las palabras y la descripción no aplacan su hambre. Esta inteligencia es la más elevada forma de sensibilidad, no sólo en el nivel físico (esto implica muchísimas cosas que desgraciadamente no tenemos tiempo de examinar), sino también en el más profundo nivel psicológico, y esta inteligencia es la base de la virtud.

Me temo que hoy en día la mayoría de la gente escupe sobre esa palabra "virtud", como lo hace con las palabras "humildad" y "benevolencia" -han perdido su significación-. Pero sin virtud no hay orden; no estamos hablando del orden político ni del orden económico, sino de algo por completo diferente; el orden del cual estamos hablando *es* virtud, no la así llamada virtud o moralidad de la iglesia y la sociedad, porque éstas se basan en la autoridad. La moralidad de la iglesia y de las religiones organizadas es inmoral porque se compromete con la sociedad; para estas organizaciones la virtud es un ideal, pero uno no puede cultivar la humildad. De modo que el orden es virtud y este orden sólo puede surgir cuando comprendemos todo el proceso negativo del desorden que impera dentro de nosotros, el cual es esta contradicción, esta división que ha sido generada por el proceso del pensamiento. A menos que comprendamos muy claramente este estado de orden y virtud y establezcamos sus bases profundamente dentro de nosotros, no es posible investigar esta cuestión de la meditación y descubrir qué es el amor y qué es la verdad.

Y ahora, si tienen ustedes tiempo y disposición, tal vez les gustaría formular preguntas y que conversemos juntos sobre las cosas.

Interlocutor: ¿Podría usted discutir esta verbalización que tiene lugar dentro de uno mismo cuando deseamos mirar algo muy claramente?

KRISHNAMURTI: Me pregunto si alguna vez hemos observado lo esclavos que somos internamente de las palabras, de la verbalización. ¿Por qué? Somos incapaces de mirar nada, una nube, un pájaro, esas maravillosas colinas de allá, a nuestra esposa o a nuestro marido, sin este proceso de verbalización. ¿Por qué? ¿Por qué no podemos mirar nada sin la imagen? Comprender esto es un problema muy complejo. ¿Por qué lo miramos todo a través de una imagen que es la palabra? ¿Por qué miro a mi esposa, a mi marido, a mi amigo; con una imagen? Mi esposa ha hecho muchísimas cosas: me ha poseído, me ha sermoneado, me ha intimidado, fastidiado, insultado y me ha desechado. Y, a través del tiempo, a través de muchos días he acumulado todo esto, se ha convertido en memoria y miro a mi esposa a través de esa memoria, de todas esas heridas. Si puedo señalarlo, quien les habla tiene, desafortunadamente, cierta reputación y es a través de esa imagen que ustedes lo miran; por lo tanto, no lo están mirando en absoluto. Lo miran a través de la imagen que tienen de él, siendo la imagen la palabra, la idea, la tradición. ¿Pueden, pues, mirar algo sin la imagen? ¿Pueden mirar sin la imagen a la esposa o al marido, al hombre que se encuentra al otro lado del valle, al hombre que los ha insultado o que los ha alabado?

Mirar sin la imagen es posible solamente cuando han comprendido la naturaleza de la experiencia. ¿Qué es la experiencia? (*Pausa*) ¡Espero que estén haciendo esto conmigo y no escuchando meramente un montón de palabras! Tienen que comprender qué es la experiencia, porque la experiencia acumulada es la que está formando todo el tiempo las imágenes. Entonces, ¿qué es la experiencia? La palabra "experiencia" implica pasar completamente por algo, ¡pero nosotros jamás lo hacemos! Tomemos esto en su nivel más simple: usted me insulta y la experiencia permanece, deja una impresión en mi mente, se vuelve una parte de mi memoria, de modo que usted es mi enemigo, usted no me agrada. Y lo mismo ocurre si me halaga, entonces es mi amigo; el recuerdo de ese halago permanece tal como lo hace el insulto. Por favor, siga esto muy cuidadosamente. ¿Puedo, en el instante del halago o del insulto, pasar por eso de manera tan completa que la experiencia no deje en la mente huella alguna? Esto significa que cuando usted me insulta, escucho eso y lo miro de manera total, completa, objetiva y sin emoción, como miro este micrófono, lo cual implica que presto atención total a ello con toda la mente y el corazón a fin de descubrir si lo que usted dice es verdad; y si no lo es, ¿qué sentido tiene aferrarse a ello? Esto no es una teoría; la mente nunca es libre si existe en ella cualquier

forma de pensamiento conceptual o si hay formación de imágenes. Y lo mismo hago si usted me halaga y me dice que soy un orador maravilloso. Escucho con toda la mente y el corazón *mientras usted está hablando*, no después, para descubrir por qué lo dice y qué valor tiene eso de que sea o no sea un orador maravilloso; entonces he terminado tanto con el insulto como con el halago. Sin embargo, no es así de sencillo porque nos gusta vivir en un mundo de imágenes, imágenes de agrado y desagrado; vivimos con esas imágenes y nuestras mentes están parloteando sin cesar, están siempre verbalizando, de manera que nunca miramos a nuestra esposa, a nuestro marido o la montaña, con una mente libre, y es sólo la mente libre la que puede mirar.

Interlocutor: ¿Cómo podemos librarnos de esta división que hay en nosotros?

KRISHNAMURTI: En primer lugar, si puedo sugerirlo, ¡no *se libre* de nada! Librarse de algo es escapar de ello. Uno tiene que mirarlo, investigarlo. Ahora bien, esta división de agrado y desagrado, amor y odio, mío y no mío, existe dentro de uno mismo; ¿por qué?

Llegamos ahora a un punto muy importante y es el siguiente: ¿Comprendemos o descubrimos algo mediante el análisis? ¡Considerémoslo! Está este problema de la división, de la contradicción que hay dentro de nosotros, y yo quiero comprenderlo, quiero investigarlo a fin de descubrir si la mente puede estar por completo libre de fragmentación. Entonces, ¿puedo descubrirlo mediante el análisis? Esta división, ¿llegará a su fin por medio del análisis? Ciertamente, el análisis implica un analizador y la cosa analizada; por lo tanto, el analizador es diferente de lo analizado y en eso hay división. Esta fragmentación que hay dentro de nosotros, ¿puede llegar a su fin mediante el análisis, el cual, desde luego, es pensamiento? ¿O eso ocurre gracias a la percepción directa?

Puedo tener percepción directa sólo cuando no condeno esta división, cuando no evalúo diciendo que debo encontrarme en este estado en el que no hay división en absoluto, que debo alcanzar esta armonía; no es posible alcanzar la armonía en tanto esta división entre uno mismo y la armonía exista como una idea, porque esa división, que es producida por el pensamiento, engendra más división.

Desde los tiempos antiguos se ha dicho que existe Dios y existe el hombre, esta perpetua división. Más tarde se ha dicho que Dios no está allá sino que está aquí, dentro de nosotros. El Dios que anteriormente estaba en una piedra, en un árbol, en una estatua, que era venerado como el Salvador, el Maestro, ahora estaba dentro de uno: uno es el Dios. Entonces el Dios que está dentro de uno dice esto: no hagas tal cosa, sé armonioso, sé amable, ama a tu prójimo. Pero uno no puede hacerlo porque hay una división entre uno mismo y el Dios que está dentro de uno.

Por lo tanto, el pensamiento es la entidad que divide y, a través del pensamiento, o sea, a través del análisis, esperamos dar con ese estado en que no hay división en absoluto; no podemos hacerlo, eso sólo puede acaecer cuando la mente misma ve y comprende todo este proceso y está completamente silenciosa. La palabra “comprensión” es muy importante. Una descripción no trae comprensión ni lo hace el encontrar la causa de algo. ¿Qué es, entonces, lo que trae comprensión? ¿Qué es la comprensión? ¿Alguna vez han advertido lo que ocurre cuando la mente de ustedes está quieta escuchando, no argumentando ni juzgando ni criticando ni evaluando ni comparando, sino sólo escuchando? Entonces, en ese estado la mente está silenciosa y sólo así surge la comprensión. Existe esta división dentro de nosotros, esta perpetua contradicción, y debemos simplemente darnos cuenta de ella y no tratar de hacer nada al respecto, porque cualquier cosa que hacemos causa esta división. Por consiguiente, la completa negación es la completa acción.

10 de noviembre de 1968

3

ESTA ES la última plática, de modo que, si me lo permiten, me gustaría investigar algo que podría ser ligeramente extraño para ustedes, aunque quizás hayan oído la palabra dándole un significado especial. Me estoy refiriendo a la meditación, que es una de las cosas más importantes que debemos comprender. Luego, si hemos podido investigar eso, tal vez seamos capaces de comprender también todo el complejo problema de la existencia, de comprenderlo y vivirlo. En la existencia están incluidas todas las relaciones, no sólo la relación que tenemos con nuestra propiedad, sino la relación de uno con el otro y también nuestra relación -si es que existe alguna- con la realidad.

En esta penosa y compleja existencia, la comprensión es absolutamente esencial. No uso la palabra “comprensión” en su sentido literal, porque para mí la comprensión implica el actuar mismo; uno no

comprende primero y actúa después, sino que el comprender es el actuar, es la acción; no están separados. En la comprensión de todo este problema quizá daremos también con esa palabra "amor" y, tal vez, con eso que temen casi todos los seres humanos: la muerte.

De modo que vamos a explorar, a considerar juntos esta cuestión de la vida, de la existencia, la cual incluye todas las relaciones, el amor y la muerte. La meditación es la manera de abordar la comprensión de este problema del vivir, no meramente como un fenómeno sino como algo tremendamente significativo, digno de ser grandemente apreciado y vivido en profundidad. De hecho, la meditación es el vivir. Sin embargo, muchas personas toman a la meditación como un escape de la vida, o sea, que se retiran a un monasterio, se ponen una vestidura especial y se apartan completamente de toda esta compleja cuestión del vivir. Hay ciertas escuelas en la India y en Asia donde se ofrece un método, un sistema, un medio que podrá darnos una mayor sensibilidad si somos lo suficientemente tontos como para tener visiones, un medio que nos capacitará para escaparnos hacia alguna misteriosa existencia metafísica que en realidad sigue siendo la misma vieja y sórdida vida. Pero la meditación no tiene medio ni sistema ni método alguno; no es una abstracción de la vida, de la vida con todos sus deleites, sus sufrimientos y su desesperación, ni es una evasión, un escape hacia algún mundo místico, irreal y romántico de nuestra propia imaginación.

Así que no estamos -al menos quien les habla no lo está- usando esa palabra como un medio de escape, sino más bien como un acceso a la comprensión de la totalidad de la existencia; entonces la meditación tiene un gran significado, se vuelve una bendición, una cosa extraordinaria que debe ser comprendida en su nivel más profundo. ¡Investiguémosla, pues, juntos! Ustedes saben, recientemente esa palabra se ha puesto muy de moda, está casi en labios de todos, uno incluso la ve en el *New Yorker* y los señores de pelo largo hablan muchísimo de ella. Les ofrecen a ustedes un método, un sistema, les entregan unas cuantas palabras para que las repitan como un mantra y les aseguran que mediante la práctica habrán ustedes de trascender todos sus sufrimientos y alcanzarán alguna realidad extraordinaria; todo esto, desde luego, es un obvio disparate, porque una mente torpe, estúpida, que se halla tan densamente condicionada, saturada por sus propias supersticiones, prejuicios y conclusiones, podrá seguir un método determinado y meditar indefinidamente, pero seguirá siendo una mente torpe y estúpida. A través del examen podemos ver la completa futilidad del método, del "cómo", del patrón, ya sea éste un patrón prescrito por los antiguos o por el gurú moderno con todas sus pretensiones y el absurdo total que implica ofrecer un estado al que llaman generalmente "iluminación", a cambio de una suma de dinero. Por lo tanto, ya no nos interesaremos más en esta clase de meditación, la cual es una forma de escape; podemos descartarla objetiva e inteligentemente.

Seamos claros desde el principio mismo en que la meditación no es una forma de entretenimiento; no es algo que puedan adquirir de otro, cualquiera que sea el precio; tampoco consiste en aceptar autoridad alguna, incluyendo la de quien les habla (especialmente la de él), porque en la comprensión de este problema extraordinario del vivir no hay *ninguna* autoridad, no hay maestro ni instructor ni gurú; todos han fracasado. Cada uno de nosotros sufre, se atormenta; estamos confundidos, somos desdichados, esforzándonos siempre tras de algo, y es esencial comprender esto antes que perseguir una visión misteriosa. Las visiones son fácilmente explicables y mediante el uso de drogas, mediante la repetición de palabras y frases, mediante la práctica de diversas formas de autohipnosis, la mente *puede* producir cualquier fantasía, creer en cualquier cosa y jugar innumerables trucos consigo misma.

Estamos interesados en la vida y en el vivir dé cada día con sus luchas dolorosas y sus efímeros placeres, con sus temores, esperanzas, sufrimientos y desesperación, con la doliente soledad y completó ausencia de amor, con las crudas y sutiles formas de egoísmo y con el dolor final de la muerte. Esto es, entonces, lo que nos interesa directamente y, para: comprenderlo a fondo, con toda la pasión de que disponemos, la clave es la meditación, pero no la meditación ofrecida por otro, establecida por algún libro, por algún filósofo o especialista, porque la calidad de la meditación es sumamente importante. La palabra en sí significa ponderar, reflexionar sobre algo, penetrar profundamente en un tema. Meditación, pues, no es cómo pensar o qué hacer para controlar la mente a fin de que se aquiete y se vuelva silenciosa, sino que consiste más bien en la comprensión de todos los problemas de la vida, de manera tal que surja la belleza del silencio, porque sin esta calidad de belleza la vida carece por completo de significación.

Investiguemos, pues, juntos esta cuestión, no sólo objetivamente, externamente, sino también internamente. El movimiento externo es también el movimiento interno, no están separados; son como el flujo y reflujo de la marea, y la belleza de la meditación consiste en comprenderlos sin separarlos ni dividirlos. Por lo tanto, lo que se requiere para vivir totalmente una vida en la que no haya esfuerzo ni contradicción, es equilibrio y armonía, y la meditación es el camino para ello.

La meditación implica muchas cosas. Espero que todo esto les interese porque la meditación es una de las cosas más importantes que hay que comprender. Si ustedes no saben cómo meditar, cómo vivir, entonces

la vida se vuelve un asunto muy torpe, vacío y trivial -me temo que la mayoría de nosotros lleva una vida muy superficial, yendo a la oficina, teniendo un buen empleo, una familia y una casa, entreteniéndose con fiestas o cines y llamando vivir a todo eso-. Desafortunadamente, la civilización moderna, especialmente en este país, se está volviendo cada vez más uniformada, más superficial. Ustedes podrán tener todos los lujos del mundo, buena alimentación, buenas casas, buenos cuartos de baño, podrán gozar de buena salud, pero sin la vida interior, no la vida interior *de segunda mano* vivida por otro, sino la propia vida interior que uno ha descubierto por sí mismo, que ha cuidado, que está viviendo y que es la meditación, sin eso la vida se vuelve un asunto muy vulgar; entonces tendremos más guerras, más destrucción y más desdicha. De modo que la meditación, les guste o no, es absolutamente esencial para todos los seres humanos, ya sea que se trate de un ser muy refinado o de una persona simple que encontramos a la orilla del camino. Espero, por lo tanto, que podamos penetrar en esto y emprender juntos el viaje.

La meditación abarca la concentración, la cual, si uno lo observa, es una forma de exclusión; o sea, que la concentración implica forzar el pensamiento en una dirección particular excluyendo todo lo demás; eso es lo que generalmente se entiende por concentración. Uno enfoca la mente y la dirige sobre algo, y esa concentración levanta un muro, erige una barrera que impide la entrada a cualquier otro pensamiento; al hacer esto opera un proceso dualista, una división, una contradicción que es bastante obvia si uno la mira. Por consiguiente, la meditación es otra cosa que la concentración y el control del pensamiento aunque, desde luego, la concentración es necesaria. La meditación implica atención, que no es concentración, si bien la concentración está incluida en la atención. *Atender* significa entregar apasionadamente a algo toda la mente, el corazón y el cuerpo y, si uno lo observa con mucho cuidado, en esa atención no existen en el pensador ni el pensamiento, ni el observador ni lo observado, sino sólo el estado de atención. Para atender de manera tan completa, tan espontánea, tiene que haber libertad.

Aquí está, pues, todo el problema: sólo una mente libre por completo puede prestar atención total, puede atender tanto intelectual como emocionalmente y percatarse de todas sus respuestas, de lo cual surge la libertad. Esto no es difícil si ustedes no le dan un significado extraordinario; es realmente muy sencillo. Cuando escuchan algo, ya sea la música, o el misterioso grito de los coyotes que se llaman unos a otros en el anochecer, o el canto de un pájaro o la voz de la propia esposa o del marido, presten atención completa a eso (*lo hacen* cuando el reto es muy grande, inmediato) y entonces estarán escuchando con una atención extraordinaria. Cuando se trata de algo penoso o lucrativo, cuando van a obtener algo de ello, escuchan muy atentamente; pero si en ese escuchar hay una recompensa, entonces está siempre el miedo a la pérdida.

Por lo tanto, en la atención hay libertad, y sólo una mente libre es capaz de tener esa calidad de atención en la que no existe afán de logro, en la que no hay ganancia ni pérdida ni temor. Y una mente quieta, atenta es absolutamente esencial para comprender este problema inmenso del vivir y dar con ese estado de amor. De modo que vamos a aprender juntos qué significa atender, porque sólo una mente atenta es una mente meditativa. Vamos a *aprender*, no a acumular conocimientos; acumular conocimientos es una cosa y aprender es otra muy diferente, así que vamos a aprender juntos acerca de este problema del vivir, el cual implica la relación, el amor y la muerte.

¿Qué es el vivir? No lo que el vivir *debería ser*, no cuál es el propósito, la meta del vivir, no cuál es el significado del vivir, el principio sobre el cual la vida debería basarse, sino lo que realmente *es* el vivir tal como existe ahora, en este instante, en la intimidad y el secreto de nuestra vida diaria, porque ése es el único hecho y nada más; toda otra cosa es teórica, irreal e ilusoria, ¿Qué es, entonces, esta vida, nuestra vida, la vida personal de un ser humano? ¿Qué es la vida personal de un ser humano que está relacionado con la sociedad que él ha construido y que lo mantiene prisionero? Ciertamente, él es la sociedad, él es el mundo y el mundo no es diferente de él, lo cual es otro hecho obvio.

Estamos tratando realmente con *lo que es*, con nuestra propia vida y no con abstracciones, no con ideales que son de cualquier manera estúpidos. Entonces, ¿qué es nuestro vivir? Desde el instante en que nacemos hasta que morimos, nuestra vida es una batalla constante, una lucha que no termina jamás, llena de miedo, soledad y desesperación, una fatigosa rutina de aburrimiento, repetición y total falta de amor, aliviada ocasionalmente por un placer efímero. Ésa es nuestra vida, nuestra torturada existencia cotidiana en la que pasamos cuarenta años en una oficina o en una fábrica, o como ama de casa con su monótona labor y su opaca preocupación, con su envidia y sus celos, con el completo fastidio de todo ello, temiendo el fracaso y adorando el éxito y pensando perpetuamente en el placer sexual. Si somos del todo serios y observamos lo que realmente ocurre, vemos que ése es el patrón de nuestra vida. Sin embargo, si buscamos meramente entretenimiento en diferentes formas, ya sea en la iglesia o en el campo de fútbol, entonces ese entretenimiento trae su propia pena, su propio dolor, sus propios problemas, y lo que hace en *realidad* la

mente es escapar mediante la iglesia y el fútbol. Pero nosotros no estamos tratando con una mente superficial semejante, porque ésta no se halla realmente interesada.

La vida es seria, pero en esa seriedad hay grandes risas, y es sólo la mente seria la que está viviendo, la que puede resolver estos inmensos problemas de la existencia. Nuestra vida, entonces, tal como es vivida cotidianamente, es un tormento; nadie puede negar eso y no sabemos qué hacer al respecto. Queremos encontrar un modo diferente de vivir, al menos decimos que lo queremos y unos pocos de nosotros hacen un intento para cambiarlo. Antes de hacer cualquier intento para cambiar ese estilo de vida, tenemos que comprender lo que realmente es, no lo que debería ser. Tenemos que tomar en nuestras manos *lo que es* y mirarlo; y uno no puede hacerlo, no puede entrar en contacto íntimo y estrecho con ello si tiene un ideal o si dice que esto debe transformarse en aquello o si se empeña en cambiar. Sin embargo, si es capaz de mirarlo *tal como es*, entonces descubrirá una calidad por completo diferente de cambio. Eso es lo que vamos a investigar.

En primer lugar, tenemos que ver realmente lo que nuestra vida cotidiana es en este momento, verlo, no tímidamente o con renuencia, sino sin pena ni resistencia alguna. Nuestra vida diaria es *eso*: ¡un tormento! ¿Podemos vivir con ello? ¿Podemos establecer con ello un contacto íntimo, una relación directa? ¡Aquí radica nuestra dificultad! Para estar en relación directa con algo, no tiene que haber *ninguna* imagen entre uno mismo y la cosa que uno observa, siendo la imagen la palabra, el símbolo, el recuerdo de lo que aconteció ayer o hace un millar de ayeres. Expresémoslo muy sencillamente: la relación que tenemos con nuestra esposa o nuestro marido es la relación basada en una imagen, imagen que es la acumulación de muchos ayeres de placer, sexo, conflicto, lucha, aburrimiento, repetición y dominio; uno tiene esa imagen de ella y ella tiene una imagen similar de uno, y al contacto entre estas dos imágenes se lo llama relación; hemos aceptado eso, mientras que en realidad ésa no es una relación en absoluto. Por consiguiente, no hay contacto directo entre un ser humano y otro; del mismo modo, *no hay* contacto directo con lo real, con lo que es.

¡Por favor, sigan un poco esto! Puede parecer complejo pero no lo es si escuchan *tranquilamente*. Están el observador y la cosa observada y hay una división entre ambos; esta división, esta pantalla que se interpone es la palabra, la imagen, la memoria, el espacio en el cual tienen lugar todos los conflictos, siendo ese espacio el ego, el "yo" que es la acumulación de las palabras, de las imágenes, de los recuerdos de mil ayeres; en consecuencia, no hay contacto directo con lo que es. O bien condenamos lo que es, o lo racionalizamos aceptándolo o justificándolo y, como todo esto es verbalización, no existe un contacto directo; por lo tanto, no hay comprensión y, por consiguiente, no hay resolución de lo que es.

Miren, señores, existe la envidia, siendo la envidia comparación medida, y estarnos condicionados para aceptarla. Alguien es brillante, inteligente, exitoso y otro no lo es; incluso desde la infancia se nos ha educado para medir, para comparar, y así es como nace la envidia. Pero uno observa esa envidia objetivamente como si fuera algo ajeno a uno mismo, mientras que el observador es esa envidia, no existe una división real entre el observador y lo observado. De modo que el observador se da cuenta de que no puede hacer nada en relación con esa envidia; ve muy claramente que cualquier cosa que haga respecto de la envidia sigue siendo envidia, porque él es la causa y el efecto. Por lo tanto, *lo que es*, o sea, nuestra vida cotidiana con todos sus problemas de envidia, celos, temor, soledad y desesperación, no es diferente del observador que dice: "Yo soy esas cosas"; el observador es envidioso, celoso, temeroso, se siente solo y está lleno de desesperación; por consiguiente, el observador no puede hacer nada con respecto a lo que es, lo cual no quiere decir que deba aceptarlo, vivir con ello o satisfacerse con ello. Este conflicto se origina en la división entre el observador y lo observado, pero cuando ya no hay más resistencia a lo que es, entonces tiene lugar una transformación total, y esa transformación es meditación. Así, descubrir por uno mismo toda la naturaleza y estructura del observador, que es uno mismo, y la de lo observado que *también es uno mismo*, y darse cuenta de la totalidad y unidad de ello, es meditación, en la cual no hay conflicto en absoluto; por lo tanto, hay una completa disolución de lo que es y uno puede ir más allá.

Entonces también se preguntarán ustedes: ¿Qué es el amor? Hemos tratado con el temor, de modo que ahora vamos a considerar juntos esta cuestión del amor. Ustedes saben, esa palabra está cargada; hemos abusado de ella, la hemos distorsionado, ha sido pisoteada y estropeada por el sacerdote, por el psicólogo y el político, por todos los diarios y las revistas; se escribe y se habla perpetuamente del amor. ¿Qué es, entonces el amor? No lo que debería ser, no cuál es el amor ideal o el amor supremo, sino qué es el amor que tenemos, que conocemos. La cosa que llamamos amor contiene celos y odio, está plagada de angustia; esto no implica ser cínicos, estarnos observando meramente lo que en realidad es, lo que es la cosa que llamamos amor. ¿Es celos el amor, es odio? ¿Es afán posesivo, dominio del marido sobre la esposa o de la esposa sobre el marido? Ustedes dicen que aman a su familia, a sus hijos, ¿pero los aman? Si realmente amaran a sus hijos con todo el corazón -no con sus pequeñas mentes vulgares-, ¿piensan que mañana habría una guerra? Si de verdad amaran

a sus hijos, ¿los educarían del modo como lo hacen, adiestrándolos, forzándolos a amoldarse al orden establecido de una sociedad corrupta? Si realmente amaran a sus hijos, ¿permitirían que los mataran o mutilaran horriblemente en una guerra, ya fuera la guerra de ustedes o la de algún otro? La observación de todo esto, ¿no indica acaso que no hay amor en absoluto? De modo que el amor no es un mero sentimiento o algún disparate emocional y, sobre todo, el amor no es placer.

Tenemos que comprender, entonces, el placer. Para la mayoría de nosotros, amor, sexo y placer son sinónimos. Cuando hablamos del amor, está el amor a Dios, cualquier cosa que eso pueda significar -y no creo que tenga significado alguno ni siquiera para el clero, porque sus miembros también están en conflicto con sus ambiciones, sus deseos, con su autoridad y sus posesiones, con sus dioses, creencia y rituales-, y también está el así llamado amor que se halla incluido en el placer sexual. Involucradas asimismo en el amor, están la angustia, la pena y la desesperación. Por lo tanto, si el amor no es placer, ¿qué es, entonces, el placer? ¡Por favor, tengan presente que no estamos negando el placer! Es un gran placer ver aquellas hermosas montañas iluminadas por el sol poniente, ver esos maravillosos árboles que han soportado los incendios de los bosques y el polvo de muchos meses, verlos relucientes y lavados por las lluvias; es un gran placer ver las estrellas en la noche (si es que alguna vez miran las estrellas). Pero para la mayoría de nosotros esto no es placer, sólo nos interesan los placeres sensuales, los placeres intelectuales y emocionales. Tenemos, pues, que preguntarnos: ¿Qué es el placer? No lo estamos condenando, tratamos de comprenderlo, de ir más allá de la palabra.

El placer, como el temor, es engendrado por el pensamiento. Ayer uno estaba en el valle silencioso contemplando la maravilla de las colinas distantes, y en ese momento particular había un gran deleite. Entonces interviene el pensamiento y piensa en lo hermoso que sería repetir esa experiencia de ayer -ya sea la contemplación de ese bello árbol, del cielo y las colinas o el disfrute sexual que hemos tenido-, el pensar en ello es placer. La imagen, que vive en el pensamiento con respecto a algo que ayer hemos disfrutado, el pensar sobre ello, es el principio del placer. De igual modo, pensar acerca de algo que podría suceder mañana (la posibilidad de que el placer pueda negarse, de que pudiera perder mi empleo, enfermarme o tener un accidente, con toda la preocupación y el dolor que ello implicaría) es el principio del temor. De manera que el pensamiento crea tanto el placer como el temor, pero para nosotros el amor *es* pensamiento.

¡Por favor, sigan esto muy atentamente! El amor es pensamiento porque para nosotros el amor es placer, el cual es resultado del pensamiento y está alimentado por el pensamiento. El placer no está en el instante presente de ver la puesta del sol o en el acto sexual, sino que el placer está en *pensar acerca de ello*. Así, el amor es engendrado por el pensamiento y también es alimentado, sostenido y prolongado como placer por el pensamiento; si miran muy atentamente esto, ven que es un hecho obvio.

Entonces uno se pregunta: El amor, ¿es pensamiento? Sabemos que el pensamiento puede cultivar el placer, pero bajo ninguna circunstancia puede cultivar el amor, así como no puede cultivar la humildad. De modo que el amor no es placer y tampoco es deseo; sin embargo, uno no puede *negar* ni el placer ni el deseo. Cuando miramos el mundo, la belleza de un árbol o un rostro hermoso, hay un gran deleite en ese momento particular; entonces interviene en ello el pensamiento y le da tiempo y espacio para que florezca como placer.

Cuando comprendan la naturaleza y estructura del placer en relación con el amor y hagan *realidad* esa comprensión -lo cual forma parte de la meditación-, descubrirán que el amor es algo por completo diferente; entonces amarán de verdad a sus hijos y podrán crear un mundo nuevo. Cuando dan con ese estado, cuando *conocen* el amor, entonces pueden hacer lo que quieran y no habrá en ello mal alguno; es sólo cuando están buscando el placer -como hacen ahora- que todo sale mal.

Está también el problema de la muerte. Hemos considerado lo que es nuestro actual vivir cotidiano y espero que hayamos emprendido juntos un viaje a lo profundo de nosotros mismos para descubrir qué es el amor; de modo que ahora vamos a tratar de descubrir qué es la muerte. Ustedes sólo comprenderán este tremendo problema de la muerte (no qué hay más allá de la muerte) cuando sepan cómo morir; y cuando saben cómo morir, conocer lo que ocurre después de la muerte es por completo improcedente. Así que vamos a averiguar qué significa morir.

La muerte es inevitable. El cuerpo, el organismo, como cualquier máquina que se usa constantemente, a la larga tiene que gastarse, llegar a su fin. Desafortunadamente, la mayoría de nosotros muere de vejez o por enfermedad sin saber lo que es morir. Está el problema de la vejez, y para nosotros la vejez es un horror. No sé si alguna vez han notado cómo en el otoño una hoja se desprende del árbol, qué hermoso es su color, qué plena está de belleza y suavidad; no obstante, puede ser destruida fácilmente y sin esfuerzo alguno. Mientras que nosotros, a medida que envejecemos... bueno, ¡sólo mirémonos! ¡La fealdad, el desfiguramiento, las pretensiones! ¡Obsérvenlo en sí mismos! Es a causa de que no hemos vivido apropiadamente en la juventud ni en la edad madura, que la vejez se vuelve un problema enorme. El hecho es que jamás hemos vivido realmente en absoluto porque tenemos miedo, miedo de vivir y miedo de morir. Y, a medida que envejecemos, nos

sucede de todo; así que ése es uno de nuestros principales problemas. Por lo tanto, vamos a descubrir qué significa morir, sabiendo muy bien que el organismo tiene que terminar y sabiendo también que la mente, en su desesperación ante el final, buscará inevitablemente consuelo y esperanza en alguna teoría, en alguna creencia que, por lo general, son la resurrección o la reencarnación.

Ustedes saben, todo el Asia está condicionado para aceptar la teoría de la reencarnación; ellos discuten y escriben muchísimo al respecto y han dedicado por entero sus vidas a la esperanza y realización de la vida *próxima*, pero pasan por alto un punto muy importante. Si uno va a nacer de nuevo, es ciertamente muy importante vivir correctamente en esta vida, por lo que importa tremendamente lo que hacemos ahora, lo que pensamos, cómo nos comportamos, cómo hablamos y cómo funciona nuestro pensamiento, porque nuestra próxima vida estará determinada por nuestras acciones en esta vida, puede haber retribución. Sin embargo, parecen olvidar todo esto y en cambio hablan incesantemente sobre la belleza de la reencarnación, la justicia que implica y toda esa trivial insensatez.

De modo que no estamos escapando del hecho a través de alguna teoría, sino que lo afrontamos sin temor alguno. ¿Qué significa morir psicológicamente, internamente? Con la muerte del organismo no hay argumentaciones posibles, uno no puede decir: “¡Por favor, espera unos cuantos días hasta que me convierta en jefe de la empresa!”, “¿puedes aguardar un minuto mientras me nombran arzobispo?”. No podemos argüir, ¡es el final! Por lo tanto, tienen ustedes que descubrir cómo morir internamente, psicológicamente. Morir internamente significa que el pasado tiene que llegar completamente a su fin: uno debe morir para todos sus placeres, para todos los recuerdos que ha acariciado, para todas las cosas que estima queridas. Y tiene que morir cada día, no teóricamente sino de hecho. Morir al placer que uno tuvo ayer significa morir instantáneamente a él sin dar continuidad al placer como pensamiento. Vivir, de modo tal que la mente sea siempre joven, fresca e inocente, siempre vulnerable, es meditación.

Una vez que hemos echado los cimientos de la virtud, la cual es orden en la relación, entonces surge esta calidad del amar y del morir, que es la vida en su totalidad. Entonces la mente se vuelve extraordinariamente quieta, *naturalmente* silenciosa -no silenciada mediante la represión y el control-, y ese silencio tiene una riqueza inmensa.

Más allá de eso, no hay palabra ni descripción que tenga valor alguno. Entonces la mente no inquiere en lo absoluto porque no necesita hacerlo, porque en ese silencio está *aquello que es*. Y la totalidad de esto constituye la bienaventuranza de la meditación.

17 de noviembre de 1968

Cuatro Pláticas en la Nueva Escuela para la Investigación Social
NUEVA YORK, EE.UU.

1. - 1 de octubre de 1968
2. - 3 de octubre de 1968
3. - 8 de octubre de 1968
4. - 12 de octubre de 1968

1

TENEMOS una gran cantidad de problemas, no sólo en este país sino en todo el mundo, problemas que parecen empeorar cada vez más. Uno ve la necesidad de un cambio, cambio económico, social, individual, comunal, etcétera. También ve que cuanto más cambian las cosas, peor parecen ir. Obviamente, tiene que haber una radical revolución interna, una mutación psicológica total, y no parecemos capaces de lograr esto. Están los especialistas que dicen que uno debe hacer esto y aquello, y los intelectuales que escriben innumerables artículos, quienes, supongo, son los que nos dirigen. Pero me temo que nadie presta mucha atención; los aceptamos o los rechazamos, tomamos de ellos pequeños trocitos que nos agradan, esperando que de algún modo esta desdichada sociedad habrá de cambiar.

En primer lugar, si se me permite, quisiera decir que no soy un especialista de ninguna clase, que no represento a la India con su filosofía, sus dioses, sus meditaciones, sus gurús y todo ese negocio. Ustedes y yo somos seres humanos y estamos tratando de descubrir no sólo qué hacer en este mundo, en la sociedad en que vivimos, sino también de descubrir por nosotros mismos qué es todo esto, de descubrir qué es la meditación y cuál es la manera de vaciar la mente a fin de que sea vulnerable, inocente y pura También estamos tratando de descubrir si es del todo posible librarnos nosotros mismos de nuestro condicionamiento, de modo tal que podamos mirar la vida de una manera diferente, con un sentir diferente, un sentir en el que hayan tocado a su fin toda contradicción, toda lucha. Si estamos alertas a todos estos problemas que se nos presentan, queremos saber, entonces, cómo producir la unidad del hombre, de modo que pudiera haber un solo gobierno -no dirigido por los políticos, lo cual, desde luego, jamás sería posible-, donde pudiera existir una forma diferente de actuar y de vivir en la que desaparecieran estas divisiones como hindú, musulmán, cristiano, católico, negro, chino y demás.

Tenemos frente a nosotros un problema inmenso y complejo. No es un problema exterior a nosotros, es un problema que forma parte de nosotros, porque somos nosotros los nacionalistas, los católicos, los protestantes... ¡Dios sabe qué otras cosas!, comunistas, socialistas, etcétera, todo dividido en fragmentos, cada cual aceptando un fragmento y viviendo ideológicamente conforme a ese fragmento en oposición a otros fragmentos, a otras ideas.

Siendo seres humanos, viviendo en medio de muchísimos tormentos, queremos saber qué es la muerte y si existe algo más allá de la medida de la mente, algo que no sea algún desatino místico o la invención de una pequeña mente vulgar. También queremos descubrir por nosotros mismos -si somos absolutamente serios, resueltos- si hay un estado intemporal, si existe dentro de nosotros una dimensión semejante.

Durante estas conversaciones vamos a aprender -no de mí, quien les habla carece en absoluto de importancia-, vamos a descubrir por nosotros mismos el júbilo que implica dar con nuestras propias intrincaciones. Descubrir significa realmente aprender y el aprender implica júbilo, no es algo penoso; un júbilo así libera energía, energía que necesitamos para avanzar más lejos y a mayor profundidad.

Si puedo sugerirlo, no se limiten a escuchar meramente una plática, un montón de palabras e ideas; la descripción jamás es lo descrito y, desafortunadamente, estamos atrapados en la descripción y pensamos que hemos captado toda la cosa. Debemos tener presente que la palabra no es la cosa ni la descripción es lo descrito. Si eso está de algún modo claro, podemos comenzar a aprender. Aprender es una de las cosas más difíciles que hay. Aprender de un libro y repetir lo que hemos aprendido del libro, en eso no hay júbilo, no hay vida; y nuestra educación se basa en eso. La computadora puede hacerlo muchísimo mejor que el ser humano educado intelectualmente con su gran cantidad de conocimientos e ideas; pero no es eso lo que llamamos aprender. El aprender implica descubrimiento de instante en instante, de modo tal que cada descubrimiento acerca de nosotros mismos vaya acompañado de cierto entusiasmo, de cierto júbilo de cierta calidad de energía y de impulso por descubrir más. Todo esto entraña el amor y el júbilo del descubrimiento.

Por lo tanto, no vamos a aceptar meramente la descripción sino que iremos más allá y a mayor profundidad, viendo que lo importante es aprender acerca de nosotros mismos, lo cual constituye el

conocimiento propio, el conocimiento de nuestros modos de vida, de nuestros motivos, nuestras exigencias, los apegos, la desesperación, la angustia y demás; eso es aprender. De ese modo somos seres humanos que están descubriendo y no seres de segunda mano que repiten lo que otros han dicho, por ingenioso, lógico o cuerdo que pueda ser. Un aprender semejante no es análisis, es percepción directa. Ustedes no pueden observar, tener percepción directa, si tienen información de segunda mano acerca de sí mismos. La información de segunda mano se convierte en “la autoridad”.

No vamos a entregarnos al proceso analítico, y eso va a resultar más bien difícil. El proceso analítico implica tiempo: me he mirado a mí mismo, me he analizado, he descubierto la causa de mis requerimientos particulares, de mis neurosis, complejidades y demás; a través de ese proceso analítico espero descubrir la causa y, en consecuencia, librar a la mente tanto de esa causa como de su efecto. ¿Está más o menos claro esto? Lo que vamos a investigar exige seria atención, no se trata de aceptar o rechazar, ni de llegar a una conclusión fantástica. Estamos examinando y aprendiendo, y el aprender no es un proceso acumulativo. Si examinamos con la acumulación de lo que hemos aprendido, entonces no podremos descubrir aquello que es puro y nuevo, porque estamos traduciéndolo todo en los términos de esa acumulación y jamás miramos con mirada nueva y total todo este proceso de la relación y del vivir.

Alguien podría preguntar: “¿Cuál es la diferencia entre el proceso analítico, el análisis profesional, etcétera, que toman meses, años, y lo que usted dice al respecto?”. El análisis profesional implica una duración, tiempo, examinarse uno paso a paso por otro, el analista, que está tan condicionado como nosotros. Aquí no estamos siguiendo ese método o sistema particular a fin de comprendernos a nosotros mismos. Pienso que existe una manera por completo diferente de abordar todo este problema del conocimiento propio. Si ustedes no se conocen a sí mismos no tienen una *raison d'etre* (razón de ser) y la relación que establecen con otro es meramente la relación entre imágenes.

Para dar origen a una revolución radical en la sociedad -y tiene que haber una revolución total, no económica o social, no conforme a los demócratas o a los republicanos, sino una revolución de una calidad y estructura por completo diferentes-, es indispensable una profunda y fundamental revolución en la mente misma.

La sociedad que hemos creado somos nosotros, no es una cosa fantástica que ha surgido a causa de la presión y el tiempo. La sociedad es lo que somos nosotros, es nuestra codicia, nuestra envidia, nuestra desesperación, nuestro espíritu competitivo y agresivo, nuestros temores, nuestras exigencias de seguridad -todo eso ha creado esta sociedad-. Para producir un cambio en eso, debemos cambiar *nosotros*; el podar meramente unas cuantas ramas del árbol que llamamos sociedad -que es lo que hacen el político, el economista y demás- no nos cambiará a *nosotros*. Somos la sociedad, la sociedad no es diferente de nosotros. *Nosotros* somos el mundo al que hemos dividido... ¡oh, en tantos fragmentos!

La vida es para aquellos que son serios, intensos, no para los frívolos, no para los que son casualmente, ocasionalmente serios, sino para aquellos que son sólida y resueltamente serios e intensos. Si somos absolutamente serios vemos que no existe tal cosa como la comunidad y el individuo, que sólo existe el ser humano condicionado por la sociedad, por la cultura en que vive; esa cultura y esa sociedad han sido creadas por el hombre. De modo que la pregunta: “¿De qué sirve que yo cambie, acaso afectará eso a la sociedad?”, carece en absoluto de validez. Lo que vale es encontrar un modo (no me gusta usar las palabras “un modo”, implican un método, tiempo y todo lo demás, pero uno tendrá que usar estas palabras, las eliminaremos después), tenemos que encontrar un modo de cambiar instantáneamente a fin de que nuestras mentes sean inocentes y puras y el mañana, con todas sus angustias y temores, ya no signifique nada. Así que ésta es una de las preguntas fundamentales: ¿Es posible, viviendo en este mundo estúpido, insensato, demente, no ingresando a un monasterio ni retirándonos a un refugio de los budistas zen y esas cosas, sino viviendo en este mundo con todo su alboroto, sus guerras, su chicanería, sus políticos maniobrando para su propia posición y poder personal, viviendo aquí es acaso posible vivir una clase de vida por completo diferente en la que exista el amor? El amor no es placer, el amor no es deseo; adviene sólo cuando comprendemos el placer (éste no es el momento para investigar eso).

Estamos, pues, interesados en el ser humano, no en el individuo. No hay tal cosa como “el individuo” -puede ser la entidad local con todas sus supersticiones y su condicionamiento, pero eso forma parte del ser humano-. Nos interesa liberar al ser humano de su condicionamiento, liberarlo de la sociedad en que vive y que lo degrada, una sociedad que está perpetuamente en guerra, que engendra antagonismo, odio y violencia. De modo que nos preguntamos: ¿Es del todo posible para nosotros cambiar, no gradualmente, no a la larga? Porque cuando empleamos el tiempo sólo hay decadencia, marchitamiento.

Estamos investigando juntos si ustedes y yo podemos cambiar por completo en el instante y penetrar en una dimensión totalmente distinta; y eso implica meditación. La meditación es algo que exige muchísima

inteligencia, sensibilidad y capacidad de amar y percibir la belleza, no seguir meramente un sistema inventado por algún gurú. Todo esto, pues, abarca una investigación en la vida y en la muerte. Uno investiga cuando tiene libertad, de lo contrario no puede investigar, es obvio. Uno no puede tener prejuicios, conclusiones fijas, opiniones, juicios y evaluaciones; si queremos descubrir, tiene que haber libertad para mirar. Mirar las cosas como son realmente en nosotros mismos, sin encontrar ninguna excusa, sin justificarnos, sin mentirnos y sin presunción alguna, es una de las cosas más difíciles que hay. Observar y vernos a nosotros mismos es uno de los problemas fundamentales: *ver*. Creo que tenemos que investigar esa cuestión: ¿Qué es ver?

Cuando ustedes miran un árbol -no sé si en Nueva York lo hacen alguna vez-, cuando miran un árbol, ¿lo miran realmente o tienen una imagen del árbol y es la imagen la que está mirando? No es uno, uno mismo el que mira el árbol directamente. ¿Saben?, cuando miran una nube, las estrellas en la noche o la hermosa luz del sol poniente, ya han emitido un juicio, han dicho: "¡Qué hermoso es!"; la afirmación misma "¡qué hermoso es!" les impide mirar. Quieren comunicar eso a otro, pero la propia comunicación en el instante de mirar les impide estar verdaderamente en contacto con las cosas que miran. ¿Está más o menos claro esto? Si ustedes tienen una imagen respecto de quien les habla, una imagen formada por la propaganda y demás, lo miran a través de la imagen que tienen y, por lo tanto, no están verdaderamente mirando o escuchando; miran y escuchan a través de una pantalla de palabras e imágenes que les impide la real percepción de lo que es". Y ése es uno de los mayores problemas en nuestras conversaciones: el de cómo observar. ¿Es posible observar sin la acumulación del conocimiento y la experiencia, o sea, sin el pasado? La observación se halla siempre en el presente; si miramos el presente con los recuerdos del pasado -todos los recuerdos son, obviamente, del pasado, como lo es el conocimiento-, entonces estamos mirando la cosa nueva con ojos que han sido manchados por toda la experiencia de lo viejo; por lo tanto, miramos con ojos empañados.

De modo que, si puedo sugerirlo, esto es lo primero que tenemos que aprender: a ser capaces de mirar a nuestra esposa o a nuestro marido sin la imagen que hemos elaborado de él o de ella al cabo de muchos años; y eso es extraordinariamente difícil. Nuestra vida es una serie de experiencias; hemos tenido un millar de experiencias y todas ellas se han convertido en conocimiento, han dejado su huella en la mente. Las células cerebrales mismas están cargadas con los recuerdos de las experiencias; por lo tanto, el mirar pertenece al pasado, miramos con los ojos del pasado y, por consiguiente, no comprendemos la vida tal como es en el presente.

El mirar exige una gran dosis de atención; quiero observarme a mí mismo no conforme a algún patrón, pero encuentro que estoy densamente condicionado, que ya soy un esclavo del especialista, que mi educación ha sido dirigida, controlada por el especialista. Si quiero aprender acerca de mí mismo, mirarme y verme tal como soy *realmente*, no puedo hacerlo sin libertad, sin estar libre de juicios, explicaciones, justificaciones. Y esto es imposible porque mi mente está muy condicionada, condicionada por el analista, por la sociedad, por la cultura en que vivo, etc. Me miro con el conocimiento pasado y, por lo tanto, no me estoy mirando en absoluto. ¿Es, entonces, posible dejar de lado la acumulación de la experiencia, de los juicios y las evaluaciones a través de la cual miramos y que es la causa de que jamás haya un cambio?

Siempre existe una división entre el observador y lo observado. Relación es contacto directo, mentalmente, físicamente y demás; directo, no a través de una serie de imágenes, conclusiones e ideologías. ¿Es, entonces, posible estar completamente libres de nuestro condicionamiento como cristiano, comunista, católico o lo que fuere? De lo contrario, no podemos mirar, pues cualquier cosa que miramos es traducida en los términos de lo que ya conocemos; el cambio se vuelve entonces una lucha por ajustarse al condicionamiento del pasado. Después de todo, el conflicto tanto interno como externo, es entre dos cosas: el pensar conceptual y lo que realmente *es*.

Así, internamente, todo el arte de ver y aprender y el júbilo y la energía que son la consecuencia de ese ver, significan un reto tremendo. O sea: ¿puede la mente, tan densamente condicionada por las revistas, por la radio, por tantas influencias, puede abrirse paso por todo ello, no a la larga sino inmediatamente? Ahora bien, esto implica atención, implica entregar toda nuestra mente, nuestro corazón a la comprensión de nosotros mismos, porque es algo de fundamental importancia que exige no concentración sino atención.

Cuando hay un cambio radical dentro de nosotros mismos, estamos obligados a producir un cambio radical en la corrupta sociedad en que vivimos. Para comprendernos a nosotros mismos tenemos que estar libres del condicionamiento de ayer y de la proyección del ayer, la cual es el mañana; para la mayoría de nosotros el hoy es solamente el pasaje entre el ayer y el mañana. La atención implica un estado de alerta, estar sensiblemente alerta. Uno no puede estar sensiblemente alerta si tiene cualquier clase de conclusiones: que esto debe ser, que no debe ser -siempre de acuerdo con una ideología-. Las personas que tienen ideologías y viven de acuerdo con ellas, son las personas más insensibles a causa de que están viviendo en el futuro, tratando de que el presente se amolde a ese futuro. La ideología se convierte en la "autoridad", sea la

ideología de los comunistas, de los socialistas, de los capitalistas, etcétera. (Puede, entonces, la mente estar libre de ideales, de conclusiones? Por favor, investiguen, descubran por sí mismos por qué tienen estos ideales, este pensar conceptual, las utopías y todas las estructuras religiosas que han dividido al hombre en todo el mundo; todas están basadas en estas ideologías conceptuales y son obviamente tontas, no tienen sentido. Sin embargo, nos complacemos en ellas, ¡me pregunto por qué! Son conceptos, todo pensar es conceptual, ¿verdad? Pienso acerca de algo que me ha dado placer o dolor, y el pensar en ello, el desear que sea o no sea así, el ajustarme al patrón que he establecido para mí mismo, es el pensar conceptual. Y uno se pregunta: ¿Por qué vivo en el futuro o en el pasado? ¿Por qué miro con toda la acumulación del conocimiento Yo *soy* ese conocimiento y éste es palabras, memoria y nada más. ¿Por qué vivo conforme a esto que llaman tradición, cultura, etcétera? ¿Por qué? Casi todos ignoramos totalmente que estamos condicionados. Uno es católico, está condicionado por la propaganda de dos mil años -para mí ésa es una de las cosas más fantásticas-, otro, merced a "las palabras" está condicionado como protestante, otro como hindú, musulmán, etcétera, a lo largo de todo el mundo. Crecemos en medio de ello, aceptamos el condicionamiento pero no aceptamos lo que eso nos requiere. Aceptamos la declaración verbal de que debemos amar a nuestro prójimo; no obstante, es obvio que no amamos a nuestro prójimo, lo pateamos, lo destruimos en la oficina, en el campo de batalla y demás.

Estamos divididos como cristianos, musulmanes, hindúes, un sistema contra otro, sabiendo sin embargo intelectualmente que estas divisiones han ocasionado tan inmensa desdicha al hombre: las guerras religiosas y todo eso; pero seguimos igual. ¿Por qué? Por favor, obsérvenlo, ¿por qué? ¿Qué sucedería si no tuviéramos ideologías en absoluto? ¿Seríamos materialistas? Me temo que *somos* materialistas, muy materialistas aunque tengamos ideologías; las ideologías son sólo juguetes, carecen absolutamente de importancia en nuestra vida. Lo que importa es esta constante batalla de la ambición, de la codicia, la envidia y todo lo demás, eso es lo real, no si ustedes creen en Dios, en esto o en aquello.

A menos que haya un cambio fundamental en lo que sucede realmente en nuestra vida, no somos serios en absoluto. Y la situación exige mentes serias, personas serias, no seres humanos desequilibrados, fragmentados. Entonces, ¿nos percatamos de nuestro condicionamiento? Después de todo, nuestro condicionamiento es toda la psique, es el trasfondo de nuestro estilo de vida, los pensamientos, las actividades, los sentimientos que provienen de la psique. (El amor no procede de nuestro condicionamiento, pero se vuelve condicionado cuando lo traducimos en términos de placer, cosa que tal vez investigaremos en otra oportunidad). ¿Qué he de hacer, entonces? Sé que estoy condicionado como hindú y demás; también sé que desembarazarme del condicionamiento no es una cuestión de tiempo, no es algo que lograré gradualmente. Entretanto -cuando digo "gradualmente"- estoy sembrando la semilla de la desdicha para otros y para mí mismo, porque tener una ideología de no violencia y ser violentos todo el tiempo es, obviamente, estúpido. Uno podrá utilizar la propaganda de la no-violencia como un instrumento político, pero ¿por qué tener el ideal de la no violencia? Es a causa de la tradición, lo hemos aceptado como parte de nuestra vida, tal como aceptamos comer carne o ir a la guerra saludando la bandera. Aceptamos y esa aceptación se ha vuelto un hábito. ¿Puede uno percatarse de ese hábito, darse cuenta de él, darse cuenta de que está condicionado, de que ha cultivado innumerables hábitos? ¿Puede tan sólo mirarlos? Mirarlos libremente, de manera que en esa libertad los hábitos florezcan; ver todas sus implicaciones. Si condenamos un hábito lo hemos reprimido sofocándolo. Si decimos: "No debo tener ese hábito", estamos atrapados en él, lo hemos controlado y no nos dirá absolutamente nada.

¿Puede uno darse cuenta de algo sin que intervenga el tiempo? ¿Puedo darme cuenta de este condicionamiento, de este hábito, de esta norma aceptada, de la tradición, sin decirme: "Tengo que librarme de eso poco a poco, desprenderlo capa tras capa"? ¿Es posible mirar de manera tan completa, sin ninguna fragmentación? ¿Mirar así, íntegramente, totalmente, de modo que no haya división entre el observador y lo observado? Porque en esta división entre el observador y lo observado, en ese espacio, en ese intervalo, radica todo el problema.

Miren, señores, vivimos con resistencia y conflicto, es todo lo que conocemos; y la resistencia genera cierta forma de energía, tal como lo hace el conflicto. Donde hay conflicto y resistencia hay una mente fragmentada, torturada, poco clara, confusa. El conflicto en todas las relaciones, tanto el interno como el externo, es obviamente perjudicial, destructivo; sin embargo, en tanto exista la división entre el observador y lo observado, el pensador y el pensamiento, tiene que haber conflicto. Cuando decimos que amamos a alguien, ¿no hay una división en eso? Porque en esa división hay celos, espíritu posesivo, dominio, agresividad -ya conocen todo lo demás-, lo cual engendra conflicto. ¿Es, entonces, posible mirar de tal manera que la división entre ambos, el observador y lo observado, llegue a su fin? Esto es meditación. En cuanto a la pregunta de por qué esta división existe en absoluto, ella requiere muchísima investigación, exige una indagación profunda

dentro de nosotros mismos. Una de las razones por las que esta división existe, es porque hemos sido educados erróneamente, porque tenemos ideales, porque nos amoldamos a un patrón de respetabilidad y demás. Descubrir por uno mismo por qué existe esta división -descubrirlo no ocasionalmente sino todo el tiempo, en el autobús, en el automóvil, cuando estamos hablando con alguien- trae consigo un júbilo inmenso. Entonces el observador es lo observado; y es más que eso. Lo cual no quiere decir que cuando uno observa un árbol se convierte en el árbol, ¡no lo permita Dios!, sería estúpido identificarse uno mismo con el árbol. Pero cuando cesa esta división, uno se encuentra en una dimensión por completo diferente. Esto no es una promesa, no es una esperanza, sino que uno ve realmente que esta división desaparece y que por eso no existen ni el observador ni lo observado; sólo existe la observación. Para todo esto tiene que haber paz y libertad, libertad con respecto al temor.

Creo que el tiempo se ha terminado. ¿Hay algunas preguntas a propósito de lo que hemos hablado?

Interlocutor: ¿Cómo podemos librarnos del temor?

KRISHNAMURTI: Tomaría mucho tiempo responder a eso. Lo investigaremos en nuestra próxima reunión.

Interlocutor: (Inaudible en la grabación)

KRISHNAMURTI: Yo dije, señor, que la observación exige mirar, ¿no es así?, observar. Sólo podemos mirar cuando la mente está libre para hacerlo y para aprender acerca de lo que es mirar algo. Aprender es descubrir, y en el descubrimiento hay un júbilo inmenso; ese júbilo le da la energía. Vea, señor, tenemos el ejemplo del monje: en todo el mundo el monje ha tomado votos de castidad y pobreza y obediencia -sólo Dios sabe por qué, pero lo ha hecho- y piensa que tomando un voto de esa clase tendrá gran energía para vivir la vida de un cristiano o lo que fuere. Hace eso, pero es sexual, es ambicioso, es un mono como todo el resto de nosotros y lucha internamente consigo mismo. Esa batalla interna es un desperdicio de energía; él se está amoldando a un patrón establecido por la iglesia, por la tradición y demás, y ese amoldarse es una forma de resistencia; cuando resistimos tiene que haber una batalla y eso no nos da energía. Estamos hablando de algo por completo diferente.

La mayoría de nosotros tiene poca energía porque nuestras vidas se gastan en la lucha. En la oficina y en el hogar somos manejados por nuestras ambiciones, hay un conflicto constante, una opinión contra otra opinión y así sucesivamente. Si bien ese conflicto genera cierta cualidad de energía, es una energía muy destructiva, como puede verse en el mundo. En todas las oficinas impera el espíritu competitivo, el cual, aunque provee esa clase de energía, crea una sociedad donde están aquellos que se encuentran arriba y aquellos que se encuentran abajo, por lo que hay una batalla. Y uno se pregunta: ¿Es eso lo que se entiende por vida? ¿La batalla con mi esposa, con mi vecino, batallar, batallar, batallar? ¿Acaso no existe otra forma de energía que no sea el resultado de la pena, el sufrimiento, la confusión, la ansiedad, el miedo, la culpa? Existe, si uno sabe cómo aprender, cómo mirar realmente “lo que es”. No podemos mirar “lo que es” si no hay libertad; por lo tanto, tenemos que darnos cuenta de nuestro condicionamiento. Es bastante sencillo darse cuenta mientras uno piensa eso o aquello. Si pueden dedicar tiempo -tiempo en el sentido del tiempo cronológico-, si pueden dedicar cinco minutos por día para mirar, aprenderán muchísimo. No tienen que ir al analista, a menos, desde luego, que sean terriblemente neuróticos, en cuyo caso están atascados ahí. Pero la mayoría de nosotros está más o menos equilibrada, quizá no enteramente, y darse cuenta de este desequilibrio (tal como se dan cuenta de este salón cuando entran, las proporciones, la altura, la luz, los asientos, las personas, el color de los abrigos, los jerseys, lo que sea que vista la gente, los distintos colores y la reacción de ustedes a esos colores), darse cuenta de ese modo hace que la mente sea sensible en sumo grado. Y uno puede mirarse a sí mismo, toda la historia está ahí y todo el conocimiento; entonces los libros se vuelven por completo improcedentes.

Interlocutor: Mi pregunta es: un hombre pasa ocho horas por día cortando el cabello, o cuarenta años de su vida en una oficina y eso se vuelve terriblemente aburrido; ¿qué puede hacer?

KRISHNAMURTI: Piense en un hombre que pierde cuarenta años en una oficina, ¡no sé por qué lo hace! (*Risas*) Los jóvenes se están rebelando contra todo esto -terminar como un ejecutivo o un oficinista-, ¡Dios mío, tienen que rebelarse! Si uno se da cuenta del aburrimiento, de por qué está aburrido y lo investiga, puede ser que descubra que ya no quiere ser más un peluquero, o que ya no quiere luchar más para llegar a la cima del montón; puede que no quiera hacer ninguna de esas cosas. Tal vez quiera ser un verdadero ser humano, no

una máquina; pero eso descúbralo, no admita que se lo digan los ensayos que pueda leer por ahí, descubra la naturaleza de todo el problema del aburrimiento. El aburrimiento invita al entretenimiento, ya sea que usted acuda a la iglesia para entretenerse o asista a un partido de fútbol, es la misma cosa. Descubra qué implica el entretenimiento y qué implica terminar con él; investíguelo tan vitalmente que se sienta liberado del aburrimiento.

Interlocutor: Tengo una preocupación que me gustaría compartir. Toda la conciencia del mundo no puede crear una correcta relación mutua. Veo a los obispos bendiciendo siempre el casamiento y la vida de familia. Algo en mí, una y otra vez, se rebela contra todo enfoque que no ve algo fundamental en la relación mutua. Yo encuentro que en las relaciones mutuas existe algo que es esencial.

KRISHNAMURTI: De acuerdo. Si usted no está relacionado, deja de existir, ¿correcto? La vida es relación. De modo que tenemos que descubrir qué es la relación. Sé que debemos tener relaciones y sé que muy pocos de nosotros estamos relacionados. Vivimos en el aislamiento; aunque uno pueda estar casado y con hijos, vive aislado dentro de sí mismo; por lo tanto, no está relacionado con otro. Así, profundizando más en ello, descubrimos qué es realmente la relación y qué es lo que meramente llamamos relación. Lo que llamamos relación es la relación entre dos imágenes, una, la que yo tengo de ella y otra, la que ella tiene de mí; estas imágenes son las conclusiones y los recuerdos de los insultos, las riñas, el dominio y todo eso. Esto es, entonces, lo que llamamos relación. Ahora bien, ¿es posible tener una relación sin nada de eso? O sea: ¿acaso el amor siempre tiene que ser un conflicto? ¿Es una idea el amor? ¿Es una forma de placer a la que hemos llamado amor? Para comprender este problema -volvemos otra vez a la cuestión central- tengo que comprender por qué construyo imágenes. Mi esposa me ha insultado, me ha sermoneado; ¿por qué guardo un recuerdo de eso? ¿Por qué no puedo morir a ello, morir en el momento en que ocurre, no después? ¿Es eso posible? No acumular jamás todos estos insultos, las experiencias, los sermoneos, todo eso que se almacena en la memoria. Eso significa que tengo que estar extraordinariamente atento al instante en que ella me está insultando, atento a las palabras, a la implicación de estas palabras, y examinarlo todo completamente en ese instante, no más tarde; para ello tengo que ser muy sensible, tengo que estar muy alerta.

1° de octubre de 7968

2

PODEMOS COMUNICARNOS entre nosotros con bastante facilidad aceptando ciertas palabras en su significado del diccionario, escuchando intelectualmente lo que se dice y concordando o discrepando con ello. La comunicación verbal es necesaria, de lo contrario no podríamos entendernos. Pero la comprensión ulterior depende de nuestra intención mutua de comprender lo que se dice, porque es posible que no deseemos hacerlo si ello pudiera ocasionarnos muchísima perturbación; o quizá podríamos querer comprender tan sólo parcialmente, intelectualmente, sin captar en plenitud el problema, en cuyo caso no actuaremos.

La comunicación se vuelve un problema muy interesante; quien les habla puede querer decirles algo, pero ustedes tienen que estar dispuestos a escuchar no sólo con el intelecto sino también con el corazón, con todo el sentimiento; entonces hay una posibilidad de comprendernos real y completamente el uno al otro. Pero la comunión es un asunto muy diferente. No es algo misterioso o místico, como lo hacen parecer las iglesias de todo el mundo. La comunión mutua sólo es posible cuando hemos establecido entre nosotros una completa comprensión verbal (sabiendo muy bien que la palabra no es la cosa, que la descripción no es lo descrito); entonces la palabra comunión tiene un significado amplio, pleno y profundo. Cuando dos personas están en comunión mutua, la expresión verbal puede ser en absoluto innecesaria, se comprenden de inmediato la una a la otra.

Me parece que en nuestras conversaciones es muy importante establecer este proceso: comunicarnos lo más amplia y profundamente que sea posible y también estar en comunión uno con otro. Y esto sólo es factible cuando tanto ustedes como quien les habla son atentos, razonables y escuchan con una intensidad capaz de captar con toda la mente y el corazón lo que se dice, sin que haya en ello opinión, juicio o evaluación de ninguna especie. Después de todo, la comunión es posible únicamente cuando existe cierta clase de afecto. ¿Han notado -tienen que haberlo hecho- que cuando dos personas se aman realmente (lo cual es un problema muy distinto y algo sumamente difícil) han establecido una comunión? No es necesario que digan nada, hay comprensión y acción instantánea. Puesto que vamos a discutir y a considerar juntos muchos de los problemas

de la vida, si es que queremos comprendernos el uno al otro tenemos que establecer naturalmente tanto una comunicación como una comunión. Tienen que coexistir todo el tiempo, de modo que uno escuche no sólo con capacidad crítica, con un examen instantáneo que vea la verdad o falsedad de lo que se está diciendo sin aceptarlo ni rechazarlo, sino que lo haga con una mente libre para comunicarse y, al mismo tiempo, tener esta comunicación, de manera que ustedes y yo veamos la cosa instantáneamente y la percepción sea acción inmediata. Eso es lo que implica la comunión entre dos personas: no existen barreras, no hay sentido alguno de resistencia o complacencia, sino un estar sutilmente abiertos el uno al otro. Entonces, creo, tiene origen una clase diferente de acción.

Como decíamos el otro día, nuestra vida está fragmentada, dividida; uno es un artista y sólo eso; otro es un especialista en un campo particular y lo sabe todo al respecto y ninguna otra cosa; uno es un marido, con innumerables problemas en la oficina -como abogado, ingeniero, hombre de negocios-, vuelve a su casa y es nuevamente el marido, con una relación en la que hay resquebrajaduras, un estado de fragmentación. Nuestras culturas son diferentes, nuestra educación es diferente; nuestros temperamentos y tendencias, nuestro condicionamiento, aunque fundamentalmente es el mismo, varía como católico, protestante, comunista, capitalista, hombre de negocios, científico, profesor y así sucesivamente. Toda nuestra vida está fragmentada y cada campo, como uno puede observarlo, tiene su propia actividad, sus propias costumbres en oposición a otro campo. Si uno pudiera observar los hechos en su propia vida, vería que es brutal, violento, vicioso; sin embargo, puede que en el hogar sea amable y no desee lastimar a nadie; uno tiene un afecto particular y al mismo tiempo siente temor, tiene ideales y conceptos que contradicen su vida cotidiana, tiene innumerables creencias y supersticiones que están en desacuerdo con la existencia de todos los días. Podemos observar estos hechos que son obvios, todos vivimos en fragmentos, en diferentes campos de actividad que se contradicen todos el uno al otro -quizás, en ocasiones, llegan a tocarse-.

Cuando uno observa las diversas actividades en los diferentes campos de su propia vida, tiene que preguntarse inevitablemente si es de algún modo posible reunirlas, unificarlas, generar una integración de modo tal que, cualquier cosa que uno haga en el hogar o en la oficina, *cualquier cosa que haga*, sea coherente, no contradictoria y, por lo tanto, libre de todo sufrimiento. O sea: ¿Existe una acción que sea verdadera y completa *en todos los campos*? No sé si ustedes han pensado siquiera en este problema: si es del todo posible integrar, reunir, armonizar las acciones contradictorias de nuestra vida. Después de todo la vida de uno, tal como es vivida, es una serie de contradicciones, y donde hay contradicción hay sufrimiento, lucha, dolor, desdicha.

Vamos a explorar juntos -y eso es más responsabilidad de ustedes que de quien les habla-, a descubrir si existe una acción que sea siempre total, completa, que abarque todos los campos. Cualquier idea de producir una integración de dos actividades contradictorias es evidentemente absurda. El amor y el odio no pueden integrarse, ustedes no pueden integrar o armonizar la ambición y la bondad, la quietud interna; no pueden integrar la violencia y la no-violencia.

Al descartar la idea de integrar las diversas contradicciones vemos, sin embargo, que en ello está implicada la cuestión de quién es el integrador. ¿Quién es el integrador que va a reunir, a armonizar los impulsos contradictorios, los requerimientos y deseos contradictorios, los elementos en oposición? Para la mayoría de nosotros, es el pensamiento. El pensamiento ve estas contradicciones y dice: "Es preciso reunirlas", "de algún modo tengo que producir armonía en todos estos campos", y parece como si el pensar fuera el único instrumento. El pensamiento se dice: "Viendo todas estas contradicciones, viendo las luchas y los sufrimientos, tal vez pueda obtener de esto una gran armonía, una gran quietud". *Pero es sin duda el pensamiento el que ha creado estas contradicciones*. El pensamiento, que es la respuesta de la memoria, la respuesta del conocimiento acumulado, el pensamiento mismo es un fragmento. Es siempre un fragmento porque es la consecuencia del pasado, y el pasado es un fragmento del tiempo total. Al pensar acerca del mañana, el pensamiento genera esta división entre el pasado y el futuro. De modo que, cualquier cosa que haga, el pensamiento tiene que ser fragmentario, tiene que producir siempre división. Y el pensamiento es, obviamente, el "observador" que dice que existen estas diversas entidades contradictorias en mí y que debo actuar de manera no contradictoria a fin de vivir completamente. Por lo tanto, el "observador" mismo es la causa de la fragmentación.

Es esencial comprender estas cuestiones, porque para nosotros el pensamiento es tremendamente importante; y, obviamente, es necesario pensar racionalmente, con claridad. Emprender la guerra, formar un ejército, dividir el mundo en esferas de influencia, en nacionalidades, en creencias religiosas organizadas, todas estas divisiones las ha producido el pensamiento. Sin embargo, el pensamiento dice: "Es necesaria la unidad", de modo que empieza a organizar diversos grupos políticos con sus ideologías; o dice que tiene que haber un único gobierno mundial. El pensamiento, al observar este hecho de la contradicción interna y

externa, procede a tratar de producir una vida organizada en la que se pretende que no haya contradicción alguna, lo cual implica ajustarse a un patrón de actividad, a un principio, a una ideología, implica seguir, obedecer, imitar. Además, en eso hay una contradicción entre "lo que es" y "lo que debería ser". Y ésa es la única acción que conocemos, una acción que siempre es producida por el pensamiento y que es siempre contradictoria.

Por favor, si puedo sugerirlo, no escuchen meramente de manera verbal; utilicen más bien a quien les habla como un espejo, observen realmente este hecho en la propia vida de ustedes, el hecho de que somos esclavos del pensamiento, y cuanto más ingenioso y agudo es el pensamiento, tanto mayor es el valor que tiene esa esclavitud, al menos en el mundo. Para ir a la luna ustedes han tenido que organizar el pensamiento; para matar a otro, el pensamiento tiene que trabajar a su máxima velocidad. El pensamiento ha inventado las innumerables ideologías y, de tal modo, ha producido contradicción, división, separación. Y ésa es la única acción que conocemos, la acción que produce el pensamiento.

Surge, entonces, la pregunta: ¿Es posible otra clase de acción que no tenga nada que ver con el pensamiento, una acción que sea lógica, coherente, verdadera, completa y posea la calidad de la muerte y el amor? Sabemos que el pensamiento es siempre viejo, que no puede producir una acción completamente nueva porque la acción que produce es la respuesta del pasado y jamás puede ser nueva, jamás puede ser libre. ¿Está claro esto? Si está claro que el pensamiento ha causado en todo el mundo esta división entre los hombres, y que por más ingeniosamente que el pensamiento organice el mundo no puede producir la unidad del hombre, tenemos que descubrir, entonces, si existe una acción que no sea producto del pensamiento. Es preciso comprender esto, porque para considerar juntos la cuestión del temor -como se sugirió el otro día- tenemos que comprender completamente todo el proceso del pensar.

¿Por qué somos esclavos del pensamiento? En ciertos campos de la vida uno tiene que pensar intensamente, con mucha claridad, de manera racional, lógica, completa; de otro modo se terminaría toda la ciencia, todo conocimiento llegaría a su fin. Vemos, pues, que el pensamiento es necesario en ciertos niveles y que en otros niveles es perjudicial. Una mente condicionada por la cultura de la sociedad, por la educación, por todas las actividades de la vida cotidiana, es estimulada para que piense y funcione en el campo del pensamiento. Y nosotros estamos planteando una cuestión completamente contraria a nuestro modo acostumbrado de vida. Ahora bien, ¿cómo vamos a descubrir si existe en absoluto una acción semejante? De lo contrario, uno debe vivir perpetuamente en esta contradicción y desdicha. Porque la vida es acción, y aunque la gente haya hecho una división entre activistas, contemplativos y demás, todo el proceso del vivir es acción; sea que uno vaya al mercado, o que lea, o que haga cualquier otra cosa, eso es acción y esa acción es contradictoria. ¿Existe una acción que sea siempre nueva y, por lo tanto, siempre inocente, siempre fresca, joven y vital? Si existe, ¿cómo vamos a encontrarla? En primer lugar no les estoy diciendo el modo de lograrla, eso sería destruir el descubrimiento de ustedes; si yo les dijera el modo y ustedes lo siguieran, eso sería meramente continuar con el pensamiento, la imitación, el ajuste y todo el feo asunto que ello entraña.

Uno tiene que ver muy claramente cómo empieza el pensamiento, cuál es el origen del pensar, qué hace el pensamiento en la vida cotidiana, cómo separa todas las actividades; tiene que ser sensible -por favor, sigan esto-, sensible a las actividades del pensamiento. O sea, tiene que estar alerta al pensamiento, no resistirlo sino darse cuenta de cómo opera y, de ese modo, tornarse sensible a toda la estructura y naturaleza del pensar. Observar, estar atento, ser sensible al pensar sin condenarlo ni juzgarlo; observar. Y en esa observación, en esa atención, no formar conclusiones, porque en el instante en que tenemos una conclusión hemos dejado de ser sensibles, hemos alcanzado ya un punto desde el cual tiene lugar la división.

No sé si están siguiendo todo esto.

Después de todo, señores, para darnos cuenta del color que tiene la camisa de la persona que se sienta a nuestro lado, tenemos que ser de algún modo sensibles y estar abiertos a lo que nos rodea. Muy pocos de nosotros somos observadores agudos, ni siquiera sabemos cómo mirar; somos insensibles porque estamos envueltos en nuestros propios problemas, en nuestras propias desdichas, en nuestra propia ansiedad y culpa, en nuestros requerimientos, en el sexo y en docenas de cosas.

Donde un problema adquiere continuidad, la mente tiene que embotarse. Por lo tanto, una de las implicaciones en esta percepción sensible consiste en terminar instantáneamente con cada problema psicológico. ¿Es eso posible de algún modo? Un "problema" implica algo que no hemos sido capaces de resolver psicológicamente; no hablamos de los problemas tecnológicos sino de los problemas psicológicos que tenemos, que arrastramos de día en día sin examinarlos ni cuestionarlos jamás, en los cuales jamás nos interesamos a fondo ni nos sentimos profundamente involucrados. ¿Es posible terminar con estos problemas psicológicos en el momento en que surgen? De lo contrario, la mente se sobrecarga con un problema tras otro, se vuelve muy torpe e insensible y, en consecuencia, son imposibles la vigilancia, el estado de alerta, esta

atenta percepción sensible sin preferencia alguna, la cual, como dijimos, implica la más alta forma de sensibilidad, que es inteligencia La inteligencia no tiene nada que ver con el conocimiento uno puede no haber leído ningún libro y, no obstante, ser extraordinariamente inteligente porque se da cuenta de lo que sucede en el mundo y es altamente sensible a todos los procesos de sus pensamientos y sentimientos.

Donde hay sensibilidad, que es la forma más elevada de la inteligencia, cuando la mente ha alcanzado tal nivel de sensibilidad, ¿qué es, entonces, la acción? -sabiendo, como sabemos, que el pensamiento divide, limita-. Entonces, esa profunda calidad de la mente que se ha vuelto altamente sensible porque ha observado la total estructura y naturaleza del pensamiento, es la calidad de una mente con un grado extraordinario y muy elevado de inteligencia, y esta inteligencia es acción completa. ¿Correcto? Quien les habla, ¿ha sido capaz de comunicar este estado? ¿Ha sido capaz de hacerlo no sólo verbalmente, sino de comunicar, de establecer una comunión acerca de este hecho, el hecho de que el pensamiento no es inteligencia? El pensamiento, a causa de que es siempre viejo, jamás puede tener esta calidad de inteligencia que es siempre nueva, fresca; esta inteligencia nunca divide, de modo que hay una acción que jamás es contradictoria.

Interlocutor: ¿Puede usted hablar del temor?

KRISHNAMURTI: A menos que comprendamos la estructura y naturaleza del pensamiento, no podremos terminar con el temor. El pensamiento ocasiona el temor, así como produce el placer, ¿correcto? Cuando usted ve algo que le causa deleite: el rostro de una mujer, una puesta del sol, la risa de un niño, no piensa al respecto. Al pensar acerca de ese hecho -que por unos segundos le ha deleitado- da usted origen al desarrollo del placer.

Veo un automóvil, veo a una mujer, veo una hermosa pintura o un bello tapiz; en ese instante del ver, ¿qué ocurre? Obviamente, a menos que sea daltónico o me falte alguna otra cosa, reacciono. Esa reacción puede ser neurológicamente dolorosa o placentera. Entonces el pensamiento -siga esto paso a paso-, entonces el pensamiento dice: “¡Qué hermoso fue aquello!”, “¡Qué sensación maravillosa tuve!”; pensar en ello da continuidad al deleite que experimenté por unos cuantos segundos; pienso mañana en el placer que tuve ayer -como ocurre con todo el acto sexual y la imagen de él: el acto, el placer y el pensar acerca de ello-. Así, el pensamiento produce placer alimentando o dando continuidad a un incidente particular que en un instante determinado nos causó deleite. Eso es bastante obvio. De igual modo, el pensamiento produce o da continuidad al temor: temo lo que va a suceder mañana. El pensamiento crea la imagen de lo que podría suceder mañana y siento temor al respecto. Otro día investigaremos esto un poco más a fondo. Lo que nos interesa esta tarde es comprender toda esta naturaleza del pensamiento. Hasta que nos familiaricemos realmente con nuestro propio pensar, no con el pensamiento de otras personas ni con el pensamiento de quien les habla sino con nuestro propio pensar, viendo cómo surge, viendo su naturaleza, su estructura, sus sutilezas, la intención, la forma, el contenido del pensar, no podremos habérnoslas con la cuestión del temor. *Es* posible terminar con el temor; es posible pero sólo cuando comprendemos esta cosa extraordinaria llamada pensamiento, a la que rendimos culto.

De modo que uno tiene que descubrir por sí mismo y en sí mismo el origen del pensamiento (no remontarse a un millón de años atrás); en el instante en que el pensamiento comienza, capturarlo y mirarlo, ver cómo ha surgido. Se suscita, entonces, un problema más profundo: descubrir si la mente puede estar quieta alguna vez, completamente silenciosa, vacía de todo pensamiento pero extraordinariamente alerta. Ése es uno de nuestros principales problemas en la vida: viendo que el pensamiento ha producido un estrago semejante en el mundo al dividirlo en nacionalidades, religiones, culturas, en toda clase de brutalidades, con todos sus salvadores, sus iglesias, sus dioses y sus ideologías -invenciones todas del pensamiento conceptual-, viéndolo, ¿puede uno romper con ello? Porque ése es el único acto virtuoso, porque en eso hay completa libertad (en la que la libertad crea su propia disciplina). Uno tiene que investigarse a sí mismo, explorar, estar alerta -no neuróticamente, no introspectiva ni analíticamente- observando el propio contenido interno a medida que éste florece. No se si alguna vez ha observado usted la ira en el instante en que surge y le ha dado espacio para que florezca y así pueda aprenderlo todo al respecto.

Interlocutor: ¿Puedo inferir de lo que usted ha dicho, que existe algo, alguna cualidad en el hombre, que se revelarla inmediata y apropiadamente si la mente no se entrometiera con su pasado?

KRISHNAMURTI: ¿Cómo responderían ustedes a esa pregunta? ¿Existe en el ser humano algo superior que florece si el pensamiento se calma? ¿Cómo responderían a eso? Por favor, sean cuidadosos. Si dicen “sí” puede ser el prejuicio, la esperanza de ustedes; entonces esa esperanza inventará y a lo que invente lo llamará

"intuición". Y si dicen: "no existe tal cosa", están de nuevo en la misma situación. Tanto la afirmación positiva de que existe o la de que no existe, son no inteligentes. Todo lo que uno puede hacer es averiguarlo explorando, descubriendo, sin aceptar autoridad alguna, ¡hay demasiadas autoridades en el mundo, todas diciendo "sí, sí", o "no, no"! Y tanto el "sí" de la gente como el "no" de la gente nos han engañado. Todo lo que uno puede hacer es averiguarlo, descubrirlo; y cuando existe la comprensión de uno mismo, surge la más elevada forma de meditación. Ahora bien, la comprensión de uno mismo, ¿es un proceso lento que toma tiempo, días, años? ¿O uno se comprende a sí mismo completamente en el instante? Alcanzan a ver el problema? Si nos tomamos tiempo para aprender gradualmente, paso a paso, acerca de nosotros mismos, ¿qué es, entonces, lo que eso implica? Cada examen, cada minuto que nos examinamos tiene que ser completo, de lo contrario lo trasladamos al minuto siguiente y en ese intervalo surgen otros problemas. No sé si ven todo esto. O bien aprenden, observan, se conocen a sí mismos mediante el análisis (lo cual es por completo imposible porque mientras se están analizando existe un intervalo entre el analizador y lo analizado, un espacio donde hay contradicción, resistencia y dolor), o se ven a sí mismos completamente, totalmente, de manera inmediata. Lo segundo es el único problema; lo primero no es un problema, porque el proceso analítico está descartado.

Nos preguntamos: ¿Es posible ver por uno mismo completamente, íntegramente, la cosa total, todos los escondrijos, los lugares ocultos y secretos, verlos en su totalidad? ¿Es posible ver toda la estructura del "yo", del "mí mismo", del "centro" -el centro que divide, que tiene tantas tendencias, tantos deseos contradictorios, propósitos, ansiedades, culpa y temor-, es posible ver la cosa total instantáneamente, porque el mismo verla instantáneamente es su terminación? Para comprender eso, si es posible ver toda la estructura del "yo", del ego, uno tiene que aprender el arte de ver: ser capaz de ver, de escuchar sin agitación alguna, sin ninguna conclusión ni justificación; sólo escuchar. ¿Han escuchado alguna vez de ese modo a alguien? Eso significa escuchar con el corazón, con la mente, con los nervios, con todo el ser, no sólo aquí y ahora, sino escuchar a todos los políticos del mundo, a nuestra esposa, a nuestros hijos, escuchar el viento entre los árboles, *escuchar*. En ese escuchar hay una gran atención, no hay límites. Entonces no tienen ustedes que tomar ninguna clase de drogas para expandir la conciencia y jugar todas esas tretas consigo mismos.

Interlocutor: ¿Podría usted examinar las implicaciones del cambio?

KRISHNAMURTI: Tengo que hacerlo muy brevemente. En primer lugar, en este mundo, en el mundo tecnológico moderno, el cambio es fantástico, está ahí. Pero tiene que haber una revolución total psicológicamente y, por ende, socialmente. Un hombre que tiene diez hijos, que vive en un barrio muy pobre, ¿qué oportunidad tiene de librar a la mente de su condicionamiento y demás? ¡Ninguna en absoluto! *Tiene* que haber un cambio social; pero psicológicamente, internamente, surgen dos problemas. En lo psicológico tiene que haber una revolución completa, porque tal como somos, somos demasiado codiciosos, envidiosos, ansiosos, temerosos, estamos llenos de pesadumbre... ustedes saben, psicológicamente eso es lo que somos. Y eso tiene que cambiar. Tenemos que librarnos completamente de todo eso; tiene que haber una libertad completa y, por lo tanto, un cambio completo en la estructura del núcleo de nuestro ser, de nuestro pensar y sentir. Ese es uno de los problemas. El otro es si el cambio existe en absoluto. ¿O lo que hay es un modo eterno, intemporal que no conocemos y al cual llamamos cambio? No investigaré esto por el momento, es demasiado complejo.

Nuestro principal problema es el siguiente: ¿Es posible producir un cambio en la propia vida, de modo que cuando uno deje este salón sea un ser humano nuevo, inocente, puro, claro, no contaminado por el contagio del tiempo? ¿Es eso posible, no como una idea, no como una esperanza, no como algo ideológico, sino realmente posible?

Todo esto se halla implicado en esa palabra "cambio", no meramente una revolución social, económica que finalmente no lleva a ninguna parte; hemos tenido revoluciones comunistas y otra clase de revoluciones que terminan regresando al mismo viejo patrón. Y uno se pregunta si el cambio depende de las circunstancias, de la presión de la sociedad, del tiempo y la cultura, o si existe un cambio sin que haya represión ni motivo alguno. Ése es, obviamente, el único cambio, y significa que tenemos que investigar toda la cuestión de los motivos. Para expresarlo muy sencillamente: ¿Puede uno morir al pasado? ¿Es suficiente para ello la mente inocente y vulnerable? No sé si han tratado alguna vez de morir a un placer en particular, sólo por terminar con él, sin argumentar, sin luchar con él, sin resistirlo, diciendo simplemente: "Se terminó". ¿Lo han intentado? Queremos morir a un dolor en particular, pero a un placer en particular jamás; sin embargo, el dolor y el placer van juntos.

3 de octubre de 1968

3

ME TEMO que pocos de nosotros somos personas muy serias; tenemos propensión a permitir que otros piensen por nosotros, que nos digan lo que debemos hacer. Todo eso genera un estado de conformismo, obediencia y aceptación. Creo que sería un gran error si nos permitiéramos concordar o discrepar meramente con lo que se está diciendo. Nos encontramos aquí para explorar juntos, para investigar y considerar juntos los múltiples problemas que tenemos (al igual que el otro día cuando investigamos la cuestión del temor) y si es del todo posible para los seres humanos, que han vivido siempre con la ansiedad, con el dolor, estar completamente libres de ello. Pero tenemos que considerar el temor desde otro ángulo. También vamos a conversar acerca del tiempo, el amor y la muerte. Para comprender qué es el amor, qué es la muerte, tenemos que comprender, no intelectualmente, no verbalmente, toda la estructura y naturaleza del tiempo.

La mayoría de nosotros vive en conflicto; nuestra vida cotidiana, como uno lo observa, es un campo de batalla, una lucha constante, un permanente esfuerzo y consumo de energía para superar algo, para resistirlo o para renunciar a ello. En esto interviene la cuestión de los opuestos, sea para resistir o para ceder; en ambos casos hay conflicto. Nuestra vida es una serie de conflictos, y una mente en conflicto, en lucha, es una mente torturada que no puede ver con claridad, que no puede comprender en plenitud todos los problemas de la vida y si es de algún modo posible vivir en este mundo, sin esfuerzo ni conflicto alguno.

Uno ve que cualquier forma de lucha, la cual implica violencia, distorsiona la mente. Se pregunta, entonces, si es del todo posible vivir sin esfuerzo y sin conflicto, o sea, vivir completa y totalmente en paz, no sólo en lo interno sino también exteriormente. Para investigarlo, para considerar juntos esta cuestión, hemos de encarar todo el problema de la dualidad, de los opuestos, y descubrir si psicológicamente es en absoluto necesaria esta dualidad. Vivimos en un corredor de opuestos, constantemente empujados en una dirección o impulsados en la dirección opuesta, desgarrados por diferentes deseos contrapuestos, por contradicciones. ¿Es posible vivir sin la lucha de los opuestos? Psicológicamente, ¿existe en absoluto un opuesto? ¿O sólo existe "lo que es" y no "lo que debería ser"? O sea, que sólo existiría el presente activo y no el futuro verbal o psicológico, el cual crea el opuesto. Si internamente, psicológicamente, bajo la piel por decirlo así, no hay opuestos, entonces eliminamos el conflicto por completo y sólo existe "lo que es".

¿Es posible ver "lo que es" y vivir con ello, no con la contradicción de "lo que es", no con el opuesto de "lo que es", lo cual genera lucha, conflicto, contradicción? ¿Es esto posible? Se trata, realmente, de un problema muy interesante; tenemos que comprender esta cuestión, porque hemos dividido la vida en el vivir y el morir, en odio y amor, valor y miedo, bondad como opuesta a la maldad y así sucesivamente, en infinidad de opuestos.

Los opuestos engendran tiempo. Existen, obviamente, dos clases de tiempo: el cronológico y el psicológico. Está el tiempo psicológico como el no ser y llegar a ser; *soy* esto, *seré* aquello, *soy* violento y *seré* no violento. La división entre "lo que es" y "lo que debería ser" es el camino del tiempo. En eso está implicado el devenir, el llegar a ser. Soy violento y para volverme no violento, para llegar a ser pacífico, necesito tiempo. La no-violencia es el opuesto de la violencia y esta división engendra conflicto, el conflicto entre yo mismo tal como soy y tal como *debería ser*. En eso se halla contenido todo el proceso del tiempo psicológico. En realidad, ¿existe siquiera el tiempo psicológico? Obviamente, está el tiempo del reloj, necesitamos tiempo para tomar un autobús, un tren, etcétera, ¿pero existe en absoluto alguna otra clase de tiempo? Porque ese otro tiempo engendra temor. En otras palabras, soy internamente vicioso y rencoroso, soy psicológicamente desagradable y el pensamiento proyecta la ideología de la no-violencia que ha de ser alcanzada, una ideología de perfección y demás. Así, el pensamiento entraña tiempo, el pensamiento engendra temor. Engendra el temor al mañana, a lo que podría ocurrir; el pensamiento sostiene el pasado como "lo que ha sido" y proyecta las diversas posibilidades de "lo que habrá de ser".

Estamos tratando con la posibilidad de vivir tan plenamente, tan totalmente en el presente activo, que sólo exista el presente y nada más. Para descubrir eso, uno debe investigar no sólo toda la cuestión del tiempo psicológico sino la manera en que el pensamiento, al utilizar el tiempo como un medio de realización, engendra el temor.

Nos preguntamos: ¿Existe el opuesto, el ideal? ¿O se trata meramente de una proyección del pensamiento como el opuesto no factual de "lo que es"? ¿Y no actúa así el pensamiento porque no sabe cómo habérselas con "lo que es"? ¿Cómo hace uno para aclarar esto y para comprender el presente?

El pensamiento engendra el futuro como el ideal y, como dijimos el otro día, todos los ideales son tontos, no tienen ningún sentido, han conducido al hombre a toda clase de guerras, de actos de inhumanidad, han dividido a la gente engendrando odio, diversas formas de represión en nombre del Estado, en el nombre de Dios, etcétera. Desafortunadamente, tenemos múltiples ideales, que son el opuesto de "lo que es". Y, a causa de que no sabemos cómo habérnoslas con "lo que es" comprendiéndolo y yendo más allá, recurrimos a los escapes de "lo que debería ser".

Entonces, ¿podemos vivir con "lo que es" e ir más allá sin inventar un opuesto, porque si lo hacemos incrementamos el conflicto, la desdicha, la lucha? Uno es violento, brutal, agresivo, ambicioso, envidioso; ése es el hecho, "lo que es", la realidad, y todos los opuestos que el hombre ha inventado carecen en absoluto de realidad. ¿Puede la mente vivir con eso -sin el opuesto- y comprender "lo que es" e ir más allá de "lo que es"? Porque para comprender la cuestión del amor y la muerte -la cual constituye uno de los problemas esenciales de la vida- tenemos que vivir naturalmente con "lo que es". Realmente. ¿Puedo mirarme a mí mismo tal como soy, con mis odios, mis ansiedades, mis temores -todas las innumerables torturas por las que pasa la mente humana-, vivir conmigo mismo, comprenderme a mí mismo e ir más allá, sin que ello implique esfuerzo alguno? Eso sólo es posible cuando eliminamos por completo los opuestos. ¿Me expreso claramente?

Auditorio: Sí.

KRISHNAMURTI: Señores, cuando ustedes dicen "sí" o "comprendemos", tal vez quieren decir que comprenden verbalmente o intelectualmente. La comprensión intelectual no es comprensión en absoluto. Es como comprender una serie de palabras porque sucede que uno habla; por lo tanto, como ustedes también hablan inglés comprenden verbalmente las palabras, pero eso no es comprensión. La comprensión implica, ¿no es así?, el ver instantáneo como percepción y acción. Es igual que cuando ven algo peligroso y actúan instantáneamente, no hay argumentos verbales, intelectuales. Aquí tenemos un problema muy complejo; todos estos problemas están correlacionados, son complejos y se vuelven mucho más complejos cuando los abordamos intelectualmente, verbalmente. Como dijimos, la palabra no es la cosa, la descripción de la cosa no es la cosa descrita. Lo que hemos hecho es describir, y si aceptamos solamente con el intelecto la descripción -la serie de palabras que son meramente conceptuales-, entonces no hay comprensión y, por ende, no hay acción. La acción viene con la comprensión, ambas son simultáneas, instantáneas; uno no dice primero "comprendo" y después actúa. El comprender mismo es el actuar. Comprender es vivir con "lo que es", lo cual no implica estar satisfecho con "lo que es", al contrario. Comprender algo es vivir completamente con ello, por ejemplo, con la brutalidad o la violencia que se están extendiendo por todo el mundo.

Los seres humanos son violentos; en la familia, en la oficina, en todas partes donde actúan son violentos, egocéntricos, egoístas. Está, pues, la violencia; complacerse meramente en una ideología de no-violencia es, obviamente, absurdo e hipócrita.

Uno tiene que darse cuenta de que es violento en diferentes formas: sexualmente, en pensamiento, en acción; tiene que vivir con ello, comprenderlo completamente. Y lo comprende solamente cuando no escapa de ello mediante una ideología, un opuesto. Si no hay opuesto, ¿cómo puede uno saber que es violento? ¿No se suscita naturalmente esta pregunta en la mente de ustedes? ¿No? ¿Cómo sé que soy violento si no ha sido condicionado a un concepto de no violencia? La violencia, ¿es conceptual o real?

¿Es la violencia una palabra, un concepto, o es una realidad? Cuando estoy furioso, la palabra "furia" no es el sentimiento en sí. El sentimiento en sí, ¿es conceptual, ideal? Ciertamente no, es "lo que es". ¿Puede uno, puede la mente mirar ese estado de violencia, no escapar de él hacia el opuesto? ¿Puede vivir con él, comprenderlo totalmente? Eso significa que el "observador" no es diferente de la cosa observada, como lo es el "pensador" que dice "estoy furioso". En tanto exista esta división entre el pensador y aquello que se piensa, el experimentador y lo experimentado, el observador y lo observado, etcétera, tiene que haber dualidad. Eliminar el conflicto totalmente, enteramente, implica que uno vive completamente en paz dentro de sí mismo y, por lo tanto, exteriormente. Eso sólo es posible cuando no hay opuestos ni comparaciones, cuando estamos activamente alertas a "lo que es" y la división entre el observador y lo observado ha sido eliminada.

Si ustedes se interesan realmente en eliminar la guerra, la ira, la violencia y el odio en el mundo -y todos los seres humanos reflexivos, serios, deben interesarse en esto-, ¿cómo se liberan a sí mismos de este antagonismo, del odio, de la violencia? Es un problema muy serio y uno tiene que dedicarse a él, tiene que trabajar duro para descubrir la verdad al respecto. Psicológicamente, si existe el mañana (y ésta no es una idea filosófica), si existe el mañana como tiempo psicológico, tiene que haber miedo y, por lo tanto, violencia. Estar libre del mañana es vivir únicamente en el presente activo. Esto implica que uno tiene que comprender todo el mecanismo del pensamiento como pasado y futuro -el pensamiento engendra el temor, tal como

engendra el placer-. A menos que uno, como ser humano, resuelva este problema, está contribuyendo inevitablemente al odio, a la guerra, a la violencia.

Me pregunto qué es el amor para la mayoría de nosotros. El amor, ¿es placer, deseo, celos, interés propio? Éste es uno de los problemas más importantes en la vida y tenemos que investigarlo más bien profundamente; tenemos que preguntarnos si la mente humana, que incluye el corazón y demás, puede saber alguna vez qué es el amor. ¿Acaso tiene que vivir siempre con odio, celos, ambición, competencia y, por lo tanto, ha de eliminar por completo la cosa llamada amor? Preguntamos: ¿es placer el amor? Obviamente, en el mundo occidental el placer juega un papel extraordinariamente importante en la vida; no es que no lo haga también en Oriente, pero aquí se lo ha exagerado de manera muy violenta y se lo ha identificado con el sexo. De modo que cuando nos preguntamos: ¿es placer el amor y, por lo tanto, deseo?, también debemos preguntarnos: ¿qué es el placer, cómo se origina? ¿Cómo es que la mente está siempre buscando el placer, igual que un animal, eludiendo todo tipo de peligro, persiguiendo siempre diversas formas de disfrute, de deleite? Eso no implica decir que debemos evitar el placer, que no debemos disfrutar una puesta del sol, la luz sobre el agua, un pájaro en vuelo; el sólo mirar eso trae consigo un gran deleite si somos muy sensibles y estamos completamente atentos; no podemos negarlo. No estamos diciendo que el placer es algo feo, que debe descartarse, sino que estamos investigando la naturaleza del placer; porque el placer, para la mayoría de nosotros, se identifica con el amor, el amor a Dios, el amor al país, el amor a nuestra esposa o nuestro marido, el amor a la familia y demás.

¿Qué es el placer? Vemos una puesta del sol y eso nos causa deleite; el color, la claridad, la belleza, la profundidad de la luz y de las sombras en esa percepción sensoria se captan instantáneamente y en ello hay un gran deleite, una gran felicidad; entonces, recordando otras puestas del sol, otros placeres, el pensamiento piensa sobre la actual puesta del sol y da continuidad a ese deleite, el cual se convierte en placer. Por favor, obsérvenlo, no aprendan algo como si estuvieran en una clase, obsérvenlo en sí mismos, en la propia vida cotidiana. Ayer tuvieron una experiencia que fue dolorosa o placentera; si fue dolorosa, quieren evitarla, descartarla; el pensamiento dice: “eso no es agradable, es doloroso” y trata de evitarlo. Si fue placentera, el pensamiento le da continuidad pensando en ella. Pero el pensamiento, al pensar en algo que es peligroso, da continuidad al temor. Así, el pensamiento engendra tanto el placer como el temor. Esto está bastante claro.

El amor, ¿es pensamiento? ¿Puede uno pensar en el amor? Si lo hace, piensa en los términos de placeres pasados, sexuales o de otra clase. ¿Es, entonces, placer el amor, placer engendrado por el pensamiento? Si el amor es placer, entonces el pensamiento es amor -por favor, sigan esto-; el pensamiento es la respuesta del pasado, de la memoria, del conocimiento, de la experiencia y, por consiguiente, el amor pertenece entonces al pasado. Y eso es todo lo que conocemos, lo que entendemos por amor: una cosa del pasado, algo que hemos experimentado como placer, ya sea sexualmente o de otra manera. Eso es lo que llamamos amor, en lo cual hay pena, celos, posesión, dominio, todo el conflicto de la relación; y es cuando conocemos. Y cuando la persona así llamada espiritual, habla del amor, habla acerca de algo ideológico: el amor a Dios (yo no sé qué significa eso en absoluto, ¿ustedes sí?), otra invención, otra adoración de una ideología.

El amor o la compasión, ¿es un producto del pensamiento y, por lo tanto, algo que puede ser cultivado? ¿Es algo que tiene sus raíces en el pasado y, en consecuencia, jamás es inocente, jamás vulnerable, fresco, joven, porque siempre está retenido en el pasado? Cuando decimos: “Amo a mi esposa”, o “a mi marido”, o “a mi país”, o “a Dios” -lo que sea que amemos-, cuando decimos “amo”, lo que queremos decir es que amamos la imagen, la idea que hemos desarrollado a través del tiempo con respecto al otro. ¿Es amor eso? ¿O el amor es algo totalmente distinto, de una dimensión por completo diferente? Para descubrir algo verdadero, uno tiene que negar completamente lo que es falso. En la negación, en la comprensión de lo falso, está la verdad. La verdad no es lo opuesto de lo falso, sino que radica en la completa comprensión de lo falso, en el descartarlo totalmente; en eso está la verdad. O sea, que está en el abandono absoluto, con la mente y el corazón, de todo lo que sea celos, envidia, brutalidad, de todo sentido de dominio y posesión implicados en lo que llamamos amor; al negar todo eso, al descartarlo por completo, existe lo real, no tenemos que buscarlo, se abre como una flor. Sin eso, por más que organicen, legislen, hagan lo que hicieren, no habrá paz en el mundo.

Para comprender qué es la muerte, uno debe saber qué es el vivir. ¿Es la muerte lo opuesto del vivir? Para nosotros lo es. De aquí la batalla, la lucha, la pena, el dolor entre el vivir y el morir. Si pudiéramos comprender qué es el vivir, descubriríamos quizá que el vivir mismo es el morir. Investigaremos eso.

Si observan su propia vida cotidiana, la de sus amigos y vecinos, la del mundo, la del ser humano, ven que lo que llaman el vivir está lleno de dolor, luchas, frustraciones, ansiedad -con ocasionales destellos de dicha y de un éxtasis que no tienen nada que ver con el placer-. Nuestra vida, tal como es en el hogar, en la oficina, en todas partes, es un campo de batalla; no estamos exagerando, establecemos meramente el hecho

como es. Cuando miramos nuestra propia vida, la vida diaria que llevamos, cuando la miramos objetivamente -no de manera sentimental o emocional-, vemos que en realidad es hipocresía, lenguaje ambiguo, pretensión, lucha, dolores y frustraciones interminables, soledad, desesperación, brutalidad... vemos que ésa es nuestra vida. Y, desde luego, siempre está Dios para escapar, la creencia organizada que ustedes llaman religión y que no es religión en absoluto sino meramente costumbre, hábito y propaganda. De modo que ésa es nuestra vida, eso es lo que llamamos el vivir. Luego están la muerte, la vejez, la enfermedad, el sufrimiento; a lo que llamamos muerte queremos apartarlo, evitarlo, y nos aferramos a las cosas que conocemos y que llamamos vida, nuestra vida de todos los días. A lo que nos aferramos es al dolor, a la ansiedad, a la pena, a la desdicha, a la confusión, a la lucha; ¿pero es vivir eso? Lo hemos aceptado como parte de nuestra vida, tal como aceptamos muchas cosas. Somos más propensos a decir "sí" que a decir "no"; aceptamos este vivir, este dolor con la dicha ocasional que pronto se convierte en un recuerdo y, por consiguiente, en una continuidad repetitiva de esa dicha -lo cual se vuelve otro problema-.

Así, nuestra vida es una serie de problemas, frustraciones, esperanzas y desesperación. Y, naturalmente, tenemos miedo; el miedo surge, obviamente, cuando decimos que todo esto ha de terminar. Estando atemorizados, inventamos teorías tales como la reencarnación. Toda el Asia cree en la reencarnación, en que naceremos en una próxima vida, en que tendremos una oportunidad mejor, en que reencarnáramos de una manera diferente. Si ustedes creen en eso, significa que ahora deben vivir rectamente, que deben vivir esta vida de manera tan completa, tan entusiasta, virtuosa y bella, que en la próxima vida todo lo que han hecho ahora habrá de fructificar. Pero las personas que creen en la reencarnación no hacen eso. Es sólo una teoría, un hermoso concepto, algo que da consuelo a sus pequeñas almas insignificantes. Y el mundo cristiano tiene su propia forma de escape: la resurrección y todo eso. Y si ustedes no creen en ninguna de esas cosas, racionalizan la muerte.

Nos preguntamos, pues; ¿Hay una manera diferente de vivir, no esta manera estúpida y corrupta? ¿Hay una manera de vivir en la que no haya dolor en absoluto -ni soledad, ni frustración, ni ansiedad, ni desesperación-, no como una idea, no como un concepto, sino una manera de vivir en este mundo sin comparar, sin medir y, por lo tanto, libremente? Esto implica, en realidad, que uno ha de estar tremendamente alerta al propio movimiento del pensar, a las propias palabras y acciones, que su mente jamás sea capturada por el opuesto; de ese modo, la mente está viviendo siempre en el presente. Ello implica comprender el pasado y el movimiento del pasado a través del presente hacia el futuro. Significa morir cada día a todo lo que uno ha acumulado psicológicamente. Traten alguna vez -háganlo si quieren- de morir instantáneamente, completamente a algún placer en particular que tengan, y vean qué sucede. Es sólo en el morir que surge algo nuevo. Lo que tiene continuidad -por modificada que esté por el tiempo y las presiones- es aquello que ha sido; en eso no hay nada nuevo. Sólo cuando hay una terminación existe una energía nueva, una bendición, un éxtasis que no es placer.

Interlocutor: Yo diría que si uno no tiene placer, entonces sólo tiene dolor.

KRISHNAMURTI: Si uno experimenta dolor todo el tiempo, ¿qué tiene que hacer? ¿Se refiere usted al dolor físico?

Interlocutor: Bueno, yo diría psicosomático.

KRISHNAMURTI: Dolor psicosomático... ¿cómo surge ese dolor? ¿Cuál es la naturaleza del dolor? Existe el dolor físico (dolor de muelas y de una enfermedad aguda), dolor puramente orgánico. Luego está el dolor causado psicológicamente por diversos acontecimientos: he sido lastimado, alguien me ha dicho cosas brutales, me siento solo, perdido, confundido, ha muerto la persona que yo creía amar, o mi mujer se ha ido, me ha abandonado; todas estas cosas contribuyen al sufrimiento, al pesar, lo cual afecta al organismo físico como dolor psicosomático. Y uno dice: "Estando sumido constantemente en el dolor psicosomático, ¿cómo he de hacer para librarme de él?". En primer lugar, cualquier persona que ofrece a otra consejos de esta clase, es tonta. De manera que no estamos aconsejando sino explorando para descubrir por qué la psique, la naturaleza interna del hombre, debe sufrir. Reconozco la existencia del dolor físico; o bien lo soporto o trato de hacer algo al respecto. ¿Pero por qué debería existir el dolor psicológico? Mi esposa mira a otro y estoy celoso. ¿Por qué estoy celoso? ¿Es porque súbitamente me siento solo, súbitamente siento que pierdo aquello que he poseído, que me ha dado placer, consuelo y demás? Esto también hace que me enfrente a mí mismo, que me vea, lo cual no me agrada hacer; veo cuán mezquino, ansioso y posesivo soy. No me gusta observar lo que soy y, en consecuencia, me enojo con la persona que ha provocado esto. Ello también me revela lo

extraordinariamente dependiente que soy. Ver eso, ver la realidad -no la imagen que tengo de mí mismo sino mi verdadero estado interno- no es una cosa muy agradable. No aceptaré "lo que es" y me gustaría volver a "lo que fue". Por lo tanto, me siento celoso, airado, ofendido y todo eso. Entonces la familia se vuelve una cosa fea.

El dolor psicológico surge solamente cuando no estoy dispuesto a verme tal como soy, a enfrentarme conmigo mismo, a vivir conmigo mismo en mi soledad sin escapar de ella, a estar completamente solo. Y todas mis actividades, mis pensamientos, engendran este sentimiento de soledad porque estoy centrado en mi propio ego, porque pienso en mí mismo todo el tiempo, porque mi actividad me aísla en nombre de la familia, en nombre de Dios, en nombre de los negocios y demás; psicológicamente, mi pensar es aislador. El resultado de eso es la soledad, y para descubrir su naturaleza e ir más allá tengo que vivir con ella, comprenderla, no decir: "es fea, es dolorosa, es esto o aquello"; tengo que vivir con ella. No sé si han vivido con algo de manera tan completa. Si lo hacen, verán entonces que aquello con lo que viven se vuelve extraordinariamente hermoso.

¿Saben?, uno se pregunta: ¿Qué es la belleza? No sé por qué todos los museos del mundo están llenos de gente. Museos, música, pinturas, libros... ¿por qué se han vuelto todos tan extraordinariamente importantes? ¿Alguna vez lo han considerado? Alguien pinta un cuadro y ustedes dicen: "¡Qué hermoso es!". Si tienen dinero lo compran, lo cuelgan en su casa y llaman a eso belleza. Probablemente jamás han mirado un árbol; o van con un grupo organizado a mirar los árboles, ¡alguien les dice cómo mirar un árbol! Asisten al colegio para volverse sensibles, para aprender qué es ser sensible. Qué triste es todo eso, ¿no es así? Significa que uno ha perdido completamente contacto con la naturaleza. Indica que uno ha exteriorizado todo. Cuando hay gran prosperidad sin austeridad, existe un vaciamiento del estado interno; entonces tienen ustedes que ir a museos, conciertos, exhibiciones, para que se les entretenga. ¿Es belleza todo eso? La belleza acompaña al amor y el amor surge sólo cuando hay un morir. El amor es algo siempre nuevo, inocente y puro; no existe para una mente llena de problemas, conceptos intelectuales y esfuerzos. Internamente, uno tiene que vivir de una manera extraordinariamente sencilla.

8 de octubre de 1968

4

LA PALABRA "PASIÓN" -su raíz etimológica- significa dolor. Para la mayoría de nosotros el dolor es algo temible que debe ser evitado, una cosa que debemos apartar por completo o algo que debemos resolver; no siendo capaces de resolverlo, o bien le rendimos culto como hace el mundo cristiano o, como sucede en Asia, donde le dan alguna clase de explicación; ellos usan la palabra "karma" para indicar que el dolor es resultado de acciones pasadas. Pero el dolor es algo que nos acompaña siempre; puede que no lo reconozcamos, que no estemos familiarizados con él, pero está ahí. Este dolor puede venir a causa de la frustración, del sentido de completo aislamiento, de la pérdida de alguien a quien creíamos amar, o puede ser el dolor de un gran miedo no resuelto. Para la mayoría de nosotros, el dolor no genera "pasión", provoca envejecimiento, deterioro, un hondo sentimiento de completa desesperación, de algo irremediable. Y uno se pregunta -como ustedes deben haberlo hecho si son del todo serios en estas cuestiones- si es de algún modo posible terminar con el dolor completamente y dar con ese sentido de "pasión" profunda y perdurable. El dolor no trae "pasión", por el contrario, el dolor empequeñece la mente, enturbia la claridad de percepción, es como una nube oscura en nuestra vida; esto es un hecho obvio y no una suposición teórica o psicológica.

Uno percibe todo el proceso del dolor, cómo nosotros, los seres humanos, hemos sufrido en todo el mundo a causa de las guerras, de las incertidumbres, a causa de la falta de relación mutua, de la falta de amor; y cuando falta el amor, el placer se vuelve sumamente importante. No sólo existe este dolor, sino que también está -si pueden observar muy atentamente- el dolor de la ignorancia. La ignorancia existe aun cuando podamos poseer un gran conocimiento, una buena educación, refinamiento, capacidad en el ejercicio de aquello que nos brinda fama, notoriedad, dinero. La ignorancia no se disipa mediante la acumulación de una gran cantidad de hechos y de mucha información; la computadora puede hacer eso mejor que la mente humana. *La ignorancia es la falta total de conocimiento propio*. Casi todos nosotros somos muy superficiales, triviales; tanto dolor y tanta ignorancia parecen formar parte de nuestro destino. Tampoco esto es una exageración ni una suposición, sino un hecho real de nuestra existencia cotidiana. Somos ignorantes respecto de nosotros mismos, y en eso hay un gran dolor. Esa ignorancia engendra toda forma de superstición, perpetúa el temor, produce esperanza y desesperación y todas las invenciones y teorías de una mente lista. De modo

que la ignorancia no sólo engendra temor, sino que también ocasiona en nosotros una gran confusión. Observando todo esto, uno es consciente -si de algún modo es consciente del mundo, de sí mismo y de su relación con el mundo- de esta interminable cadena del dolor. Perpetuamente estamos tratando de escapar del dolor; nacemos con el dolor y morimos con el dolor. Pensamos que el placer genera pasión; puede generar lujuria o pasión sexual, *pero estamos hablando de la pasión que es una llama que surge con el conocimiento propio*. La terminación del dolor llega con el conocimiento propio; desde ese conocimiento propio surge la pasión.

Uno debe tener pasión, pero no identificada con un concepto particular, con una fórmula particular para la revolución social o con un concepto teológico de Dios, porque la pasión basada en conceptos y fórmulas que son inventos de una mente hábil y astuta, se desvanece pronto. Sin pasión, sin esa urgencia e intensidad, nuestras vidas siguen siendo vulgares, burguesas y carentes de significación. Tal como las vivimos ahora, nuestras vidas no tienen sentido; si pueden observarse a sí mismos verán que no hay un significado profundo, perdurable y pleno en las vidas que llevamos. Inventamos diversas formas de trabajo, inventamos propósitos, finalidades, metas; si somos muy intelectuales, ideamos nuestro propio significado particular dentro del cual vivimos. También, si somos intelectuales, al ver toda esta actividad de la vida -la lucha, la fealdad, la competencia, la brutalidad, la tortura inacabable-, inventaremos una fórmula y viviremos de acuerdo con ella, al menos trataremos de hacerlo. En esto no hay pasión. La pasión no es ciega; por el contrario, adviene solamente cuando existe una ampliación y profundización del conocimiento de nosotros mismos.

Espero que no estén escuchando meramente una serie de palabras; espero que estén realmente mirando, examinando y explorando la propia vida, la vida que uno tiene que llevar; no la vida de algún otro, no el concepto que otro pueda tener acerca de la vida, sino la vida que llevamos todos los días, con su aburrimiento, su rutina, sus luchas inacabables, su total falta de amor y benevolencia, la vida en la que no hay compasión en absoluto. Lo que hay es una matanza constante; no sólo matamos al animal que comemos, sino que también matamos con la palabra, con el gesto, con el pensamiento. A causa de esto hay más sufrimiento, lo cual tampoco es una suposición sino realmente "lo que es". No podemos escapar de "lo que es", tenemos que comprenderlo, investigarlo, hincarle el diente, abrirnos paso por ello, y para hacer esto necesitamos muchísima energía. Esta energía es pasión y no existe tal energía si estamos en constante conflicto. Nuestra vida es un asunto dualista, una guerra entre opuestos. Cuando hay violencia, lucha entre los opuestos -ya sea idealmente o realmente- hay desperdicio de energía. Ustedes tienen energía, ¿no es así?, cuando toda la mente está dedicada a la comprensión; esta energía es pasión. Es sólo la pasión la que puede crear, la que puede dar origen a una sociedad diferente. Necesitamos una sociedad diferente, no esta sociedad corrupta.

Viendo todo esto, uno se pregunta qué es lo que producirá un cambio radical en el nombre. ¿Qué es lo que nos cambiará a ustedes y a mí de manera tan fundamental que tengamos una mente distinta, un corazón diferente? Esto no son sólo palabras. Si comienzan a investigar muy agudamente, muy claramente, es inevitable que se formulen estas preguntas fundamentales. Las organizaciones, en cierto nivel, son absolutamente necesarias: la organización que distribuye la leche que tomamos, que distribuye las cartas, la organización gubernamental por corrupta que sea. Pero el pensamiento organizado es mucho más perjudicial; la existencia interior que se organiza mediante la repetición, siguiendo internamente un curso particular de pensamiento y acción, se convierte en rutina. La cesación del pensamiento organizado no significa desorden. Por el contrario, si uno comienza a investigar verá que la creencia organizada que llaman religión, con sus dogmas, sus rituales, no es religión en absoluto, ¿verdad? Acudir a la iglesia, o lo que sea que hagan todos los domingos a la mañana, y durante el resto de la semana destruir a nuestro prójimo, engendrar guerras, dividir al hombre contra el hombre mediante el culto de las jerarquías, todo eso no es religión, es propaganda organizada para hacernos pensar y actuar conforme a un determinado patrón. Todo eso nace del temor. ¿Cómo puede haber una mente religiosa cuando hay temor?

Espero que no estén escuchando meramente a quien les habla; eso no tiene valor alguno, porque él no les está enseñando nada, no los está guiando para que piensen a lo largo de cierta línea, lo cual se vuelve mera propaganda y, por lo tanto, una mentira. Pero si pudieran usar a quien les habla para observarse a sí mismos como en un espejo, entonces verían que sin tener gran energía y, por ende, gran pasión e intensidad, la vida tiene que ser inevitablemente -tal como lo es ahora- una cosa de placer, de entretenimiento y acumulación de conocimientos o de cosas.

El movimiento interno organizado, la vida organizada por el pensamiento para vivir en una repetición constante con ocasionales rupturas de esa repetición, yendo a la oficina todos los días de nuestra vida -no sé si lo han observado-, es fea, penosa. Y educamos a los jóvenes para que sigan detrás de nosotros y ocupen estas oficinas. Y a la moralidad organizada -que es la de la respetabilidad y el espíritu adquisitivo, de la codicia, de la competencia, de la violencia y la brutalidad- la aceptamos como moral. Podremos decir que está muy mal

ser así, pero ésa es nuestra vida y ésa es nuestra moralidad. Nuestras mentes, tan organizadas, deben ser inevitablemente muy superficiales; por muchos conocimientos que podamos acumular, la mente sigue siendo trivial, mezquina, sólo se interesa en sí misma, en su éxito en la familia, en sus insignificantes actividades. ¿Cómo puede una mente así comprender el dolor o la pasión Es sólo con la comprensión del dolor que surge la pasión. Viendo, pues, todo esto, no de manera meramente intelectual o verbal, sino viendo que ésta es la realidad factual de nuestra vida, ¿qué es lo que uno ha de hacer? ¿Cuál es la respuesta de ustedes? Ésta es nuestra vida, la fealdad, el envejecimiento con todo lo desagradable que ello implica, la amargura, las frustraciones, la absoluta desesperanza del mezquino pensamiento, la codicia, la envidia -ustedes saben, toda esta cosa en la que vivimos-. ¿Cómo nos salimos de eso? Ésa es realmente la pregunta, no si creen o no creen en Dios.

La belleza llega con el orden, no cuando hay desorden en nuestras vidas. La belleza no se encuentra en el museo, en la pintura, en las estatuas o escuchando un concierto; la belleza no está en un poema o en el hermoso cielo de un atardecer o en la luz sobre el agua o en el rostro de una persona hermosa o en el edificio. La belleza existe sólo cuando la mente y el corazón están en completa armonía; y esa belleza no puede ser alcanzada por una mente superficial presa en el desorden de este mundo.

Cuando ustedes se enfrentan con este enorme y muy complejo problema, ¿qué es lo que harán como seres humanos? Cuando la casa se está incendiando realmente, no tienen tiempo para decir: “Bueno, pensemos al respecto”, “averigüemos quién puso fuego a la casa y con qué, si era blanco o negro o lo que fuere”... Cuando la casa está ardiendo esto es lo que les importa. Entonces, ¿qué es lo que van a hacer?

El cambio es, obviamente, esencial, no sólo exteriormente, en la sociedad, sino también dentro de nosotros mismos. El cambio en la sociedad sólo puede ser producido por un cambio interno; la mera reforma externa, por revolucionaria que sea, es siempre superada por las actitudes, los pensamientos y sentimientos internos. Hemos podido ver eso en la revolución rusa y en otras revoluciones. ¿Qué es, entonces, lo que uno ha de hacer? Me pregunto cuál es la respuesta de cada uno de ustedes, como ser humano, cuando se enfrenta a este reto. Esa respuesta, ¿es retirarse a algún aislado monasterio a fin de meditar allí, es aprender una nueva técnica, convertirse en un budista zen, tomar votos de pobreza, de celibato, de castidad? ¿Es ingresar a otros grupos o sectas de creencias religiosas? ¿Es jugar al psicoanálisis o convertirse en un reformador social, remendando la sociedad que se derrumba? ¿Qué harán ustedes? Por favor, sean de veras terriblemente serios al respecto. Si no pueden retirarse o escapar -de ese modo no hay salida-, si no hay maestro ni gurú que vaya a ayudarles, ni religión organizada, ni Dios (porque ciertamente Dios no vendrá a ayudarles, Dios es la invención de ustedes), ¿qué es lo que harán?

¿Qué hace la mente? ¿Qué hace uno cuando se halla confundido, como lo está con esta confusión producida por tantos especialistas, por tanto conocimiento, confundido con la propia incertidumbre y la búsqueda de certidumbre? ¿Cómo procede uno cuando ya no confía más en nadie -espero que ustedes no lo hagan-, ni en el analista ni en el sacerdote ni en ningún otro? Internamente, uno ha depositado su fe en tantos, les ha dado su afecto, su adoración, su confianza, y todos han fracasado, tenían que fracasar. Entonces, cuando uno afronta este problema inmenso y tiene que resolverlo por sí mismo, sin ninguna ayuda externa, o bien se amarga -lo cual es el fruto de la civilización moderna- o... ¿qué hace uno? ¿Están esperando que yo se los diga? (*Risas*) Por favor, no lo tomen a broma. ¿Están esperando que el que les habla se los diga? Si eso es lo que esperan, él se convierte en la autoridad de ustedes; por lo tanto, depositan su confianza en él. Si hacen eso, entonces estarán sustituyendo una autoridad particular por otra autoridad y así estarán perdidos nuevamente, se estarán destruyendo a sí mismos.

De modo que no deben confiar en quien les habla -tengan la bondad de escuchar seriamente- ni en ningún otro, en ningún tipo de autoridad; en eso hay una gran belleza, no desesperación, ni amargura, ni un sentimiento de soledad. Se enfrentan a este problema y ustedes mismos tienen que resolverlo completamente; en ello hay gran libertad y belleza. Entonces están libres de la autoridad, libres del maestro, libres de la enseñanza; no tienen que seguir a nadie, son seres humanos libres para mirar y comprender. En eso hay un gran júbilo, hay belleza, se han desprendido de todas las cargas.

La palabra “responsabilidad” es una fea palabra. La usamos sólo cuando no hay amor; “responsabilidad” es la palabra que usa el político hábil, o un hombre o una mujer dominadores, afirmativos. Pero somos responsables -ése es un hecho real- por todo lo que está pasando en el mundo, por la inanición de Oriente, por la guerra, que no es una guerra norteamericana contra los vietnamitas, es la guerra por la cual cada uno de nosotros, sea que viva en Oriente o en Occidente, es responsable. Yo sé que ustedes no sienten esto. Pueden sentirlo por el hijo que ha sido muerto -y espero que no sea así-, entonces los abruma el dolor y de algún modo sienten que son responsables, pero siguen igual. Es cuando aman que se sienten responsables; no que aman porque se sienten responsables, sino que hay responsabilidad porque aman. Y la libertad implica

responsabilidad, no responsabilidad por las acciones de otras personas -¿cómo puedo yo ser responsable por la acción y los pensamientos de ustedes?- sino responsabilidad por la acción que surge con la libertad. Estar libre sin responsabilidad no tiene sentido.

Se hallan ustedes frente a este problema y están solos con él. ¿Alguna vez han estado solos, solos en el bosque, solos consigo mismos en la habitación? ¿O siempre están apretados por una multitud de cosas, por sus compañeros, por la esposa, el marido, por pensamientos que se agolpan, por problemas profesionales? Todo eso indica que jamás están solos; y cuando están solos tienen miedo. Pero ahora están solos con este problema inmenso. No hay nadie que vaya a darles la respuesta. Se enfrentan con este problema inmenso y, por lo tanto, están solos; desde esta soledad surge la comprensión y cualquier cosa que hagan será correcta porque esa soledad es amor. Ese estado de la mente que se encuentra sin escape de ninguna clase ante este problema inmenso, afrontando todos los hechos de la existencia diaria, la diaria fealdad, la diaria brutalidad, las diarias palabras de enojo, de irritación, es un estado de soledad en el cual uno comienza a ver el hecho real, a ver realmente “lo que es”. Sólo entonces es posible ir más allá; entonces uno es luz para sí mismo. Esa mente es la mente religiosa; no es la mente que va a la iglesia, que cree en dioses, que es supersticiosa, que está atemorizada -una mente semejante no es una mente religiosa-. La mente religiosa es ese estado en el que hay libertad y un amor inmenso y perdurable. Entonces puede uno ir más allá, entonces la mente puede pasar a una dimensión distinta y la verdad está ahí.

¿Podemos formular la pregunta “correcta”? La mayoría de nosotros hace preguntas muy fácilmente. *Tenemos* que formular preguntas. El preguntar indica una mente que duda, que está investigando, que no acepta, una mente que jamás está diciendo “sí”, que jamás obedece sino que siempre está buscando, aprendiendo. Formular la pregunta “correcta” es una de las cosas más difíciles de hacer, lo cual no quiere decir que estamos tratando de impedirles que formulen preguntas. Pero la formulación de la pregunta “correcta” implica una mente que se da cuenta de la interconexión de los problemas de la vida, que *se interesa* en los problemas pero no está *comprometida* con los problemas; puede formular preguntas porque ha reflexionado profundamente, porque ha investigado con amplitud; cuando formula la pregunta “correcta”, existe la respuesta “correcta”, porque en el preguntar mismo está la respuesta.

Interlocutor: ¿Cree usted en la evolución? Ha dicho a menudo que la comprensión es inmediata, que el acto de aprender se encuentra en el instante. ¿Dónde juega en esto un papel la evolución? ¿O niega usted la evolución?

KRISHNAMURTI: Sería tonto, ¿no es así?, negar la evolución. Están la carreta de bueyes y el jet, eso es evolución. Hay una evolución del primate al así llamado hombre. Está la evolución desde el no conocer al conocer. La evolución implica tiempo. Pero psicológicamente, internamente, ¿existe la evolución? ¿Entiende la pregunta? Exteriormente, uno puede ver cómo la arquitectura ha avanzado desde la choza primitiva hasta la construcción moderna, la mecánica desde la carreta de dos ruedas al motor, al jet, al ir a la luna y demás; eso está ahí, obviamente no hay dudas acerca de si estas cosas han evolucionado o no. Pero internamente, ¿hay evolución en absoluto? Usted cree que sí, piensa que esa evolución existe, ¿verdad? ¿Pero existe? No diga “existe” o “no existe”. El mero afirmar es una cosa muy tonta, pero el descubrir es el principio de la sabiduría. Entonces, psicológicamente, ¿existe la evolución? O sea, yo digo “llegaré a ser tal cosa” o “no seré tal cosa; el llegar a ser o el no ser implican tiempo, ¿no es así? “Seré menos irascible pasado mañana, seré más amable y menos agresivo, más servicial, no tan centrado en mí mismo, tan egoísta”... todo eso implica tiempo: “soy esto” y “seré aquello”. Digo que evolucionaré psicológicamente, pero ¿existe tal evolución? ¿Seré diferente dentro de un año? Al ser violento hoy, toda mi naturaleza es violenta, toda mi crianza, mi educación, las influencias sociales y las presiones culturales han engendrado violencia en mí; también he heredado violencia del animal: los derechos territoriales y sexuales, etcétera. ¿Evolucionará esta violencia en no-violencia? ¿Me lo dirá, por favor? ¿Puede la violencia convertirse jamás en no-violencia? ¿Puede la violencia convertirse jamás en amor?

Si admitimos la posibilidad del progreso y de la evolución en lo psicológico, entonces admitimos el tiempo. Pero el tiempo es producto del pensamiento. Cuando decimos: “Bueno, hoy soy esto, un producto del pensamiento, pero seré algo diferente la próxima semana”, o en alguna fecha futura, o mañana, ésa es una concepción producida por el pensamiento, obviamente. Y el pensamiento, como dijimos, es siempre viejo. El pensamiento puede ser cambiado, modificado, se le puede agregar o quitar, pero siempre sigue siendo pensamiento; y el pensamiento es la respuesta de la memoria, la cual pertenece al pasado. Es el pensamiento, el pasado, el que ha generado el tiempo psicológico. Si no hay tiempo psicológico -y no lo hay-, entonces uno está tratando con “lo que es”, no con el pensamiento de “lo que debería ser”. Además, “lo que debería ser” es

una invención, un escape del hecho de “lo que es”. A causa de que no sabemos cómo abordar “lo que es”, inventamos el futuro. Si yo supiera qué hacer con mi violencia ahora, hoy, no pensaría en el futuro. Si supiera qué significa morir hoy, completamente, no tendría miedo del mañana, no temería a la vejez y a la muerte, temores que son todos productos del pensamiento, de la concepción del mañana.

Por lo tanto, sólo existe una cosa: “*lo que es*”. ¿Puedo entender eso, puede la mente comprenderlo por completo e ir más allá? Esto significa no admitir al tiempo en absoluto, porque el tiempo es una invención del pensamiento. Así, para comprender “lo que es”, tengo que entregar a ello toda mi mente y todo mi corazón. Tengo que comprender la violencia; la violencia no es algo separado de mí, yo *soy* la violencia. La violencia no está allá y yo aquí, soy la propia estructura y naturaleza de la violencia; o sea, que el “observador” es “lo observado”. El “observador” que dice “yo soy violento”, se ha separado a sí mismo de la violencia, pero si lo observan muy atentamente, el observador es la violencia. Cuando esto es un hecho, no una idea, entonces el dualismo y la división entre el “observador” y “lo observado” llega a su fin. Entonces soy la violencia y todo lo que hago nace de esta violencia; por lo tanto, el esfuerzo se termina. Cuando no haya división entre el hecho de la violencia y el “observador” que piensa que es diferente, verán que el “observador” es “lo observado”, que no son dos estados separados. Y cuando uno ve que el “observador” es “lo observado” -la violencia-, entonces, ¿qué ha de hacer la mente? Cualquier acción de la mente para hacer algo respecto de la violencia, sigue siendo violencia. *Por lo tanto, al darse cuenta la mente de que cualquier cosa que piense sobre la violencia forma parte de la violencia, su pensar se termina y, por lo tanto, cesa la violencia. La percepción de eso es inmediata, no algo cultivado a través del tiempo a fin de ser obtenido en alguna fecha futura*. Por consiguiente, en esa percepción el ver es instantáneo; en eso no hay tiempo ni progreso ni evolución; hay percepción y acción instantánea. Y, ciertamente, el amor es eso, ¿verdad? El amor no es producto del pensamiento; al igual que la humildad, no es algo para cultivarse. Uno no puede cultivar la humildad, es sólo el hombre vanidoso el que cultiva la humildad; cuando la está “cultivando”, o sea, cuando está progresando hacia la humildad, está siendo vanidoso, igual que el hombre que practica la no-violencia: mientras la practica está siendo violento.

El amor es, entonces, ese estado de la mente que surge cuando el “observador” y “lo observado” están ausentes. ¿Sabe?, cuando decimos que amamos a otro -y espero que usted lo haga-, existen una intensidad, una comunicación, una comunión al mismo tiempo, al mismo nivel; y esa comunión, ese estado de amor, no es producto del pensamiento o del tiempo.

Interlocutor: Para la mayoría de nosotros, “lo que es” consiste en escapar de un empleo aburrido, de la sociedad en que vivimos, reformando la alimentación, la vestimenta y demás.

KRISHNAMURTI: ¿Cómo superamos eso? ¿Es así, señor? ¿Cómo vamos más allá de eso? Usted tiene que ganarse la subsistencia, ¿no es así? En la estructura social, tal como es, uno tiene que ir a la oficina o a la fábrica; o se amolda usted al patrón social, o es libre de amoldarse o no. Señor, es así: la guerra es el resultado del nacionalismo, de la división de lo superior y lo inferior, la guerra es el resultado de las ideologías -obviamente-, de las ambiciones económicas de una nación, etc., etc. ¿Qué puedo hacer para impedir la guerra? ¿No compraré sellos postales, no viajaré en trenes? Porque todo lo que hago contribuye a la guerra: la comida que compro, los impuestos que pago, también la ropa que compro, los libros que leo, todo conduce finalmente en la estructura moderna del mundo, a alguna clase de violencia. ¿Qué haré, pues? ¿No pagaré impuestos? ¿Me convertiré en un pacifista? ¿Qué haré? Sería tonto de mi parte no comprar un sello postal, no pagar impuestos y demás; pero puedo gritar, clamar contra el nacionalismo, la bandera, las divisiones de la gente en religiones: el cristiano, el hindú, el musulmán, el negro contra el blanco.

Políticamente, sólo existe un problema, que es la unión de la humanidad. La unidad humana no la producirán los políticos, ellos desean mantener las cosas como están, separadas, para lograr sus propias vulgares y pequeñas ambiciones personales. Esa unidad podrá surgir probablemente con un cambio en el corazón de cada ser humano; el gobierno del mundo será entonces conducido por las computadoras. No se rían, esa es 1a única salida.

Entonces, ¿no iré a la oficina, no vestiré ropas y cosas así? Ya lo ven, señores, queremos reducir la magnitud del inmenso problema haciendo cosas pequeñas, porque no vemos toda la estructura y naturaleza del problema.

Interlocutor: ¿Dijo usted que si el observador se da cuenta de que eso es lo supremo...?

KRISHNAMURTI: Por favor, no dije que si el observador se da cuenta... que eso es lo supremo... no dije ninguna de esas cosas. Si ustedes van a citar a quien les habla -y espero que no lo hagan- deben citarlo correctamente. Nosotros usamos palabras tales como "supremo", "Todopoderoso", "inmensidad", "inmensurable", sin saber lo que significan. No las usen. Sólo pueden usarlas con gran seriedad, intención y belleza cuando viven correctamente en este mundo, cuando han echado los cimientos de la recta conducta; entonces, cuando usen esas palabras "lo supremo", sabrán lo que significan.

Interlocutor: ¿Qué puede uno hacer si está incurablemente enfermo y sufre constantes dolores?

KRISHNAMURTI: ¿Cómo he de soportar el dolor, el miedo al dolor, el miedo a la muerte? Si tengo un dolor físico, grande o pequeño, cuando estoy atento a ese dolor -por favor, entienda esto, no alguna cosa sublime-, cuando sólo estoy atento a ese dolor, sin opción alguna, atento al dolor de muelas que tengo, un gran dolor, y no digo que "estoy sufriendo" y cosas así, sino que me doy cuenta, sin opción posible, de ese hecho, tendré el dolor pero me las habré con ese dolor de una manera por completo diferente. No hay miedo alguno involucrado en ello.

Existe el miedo a morir de una enfermedad incurable. ¿Por qué tengo miedo? Tengo miedo de dejar a mi mujer, a mi marido, mi casa, mis recuerdos, mi carácter, mi trabajo y los libros que quiero leer, los libros que he escrito o que voy a escribir... ¿es eso? Voy a dejar todo eso detrás; estando atemorizado, creo el cielo, una esperanza, lo cual engendra más temor. ¿Puedo, entonces, estar libre del temor? Sé que tengo que soportar el dolor, unas cuantas drogas pueden ayudar a eso, pero existe el miedo profundamente arraigado, está en el animal, en todos los seres humanos: el miedo de morir; y el miedo de morir es el miedo de vivir, ¿no es así? Miedo de vivir. ¿Qué es esta vida que llevamos con su fealdad, su brutalidad? Ésa es la única vida que conocemos y tenemos miedo de perder eso; tememos a lo desconocido. Nos aferramos más bien a lo conocido y así es como dividimos la vida en morir y vivir. No sabemos vivir, no sabemos morir. Cuando sabemos cómo vivir, sin conflicto, con gran belleza, con alegría, con claridad y pasión -y eso sólo puede acaecer cuando sabemos morir cada día a todo lo que poseemos-, entonces ya no existe más el miedo.

12 de octubre de 1968

Índice

Última Página

“CASI TODOS NOSOTROS en este mundo confuso y brutal, tratamos de labrarnos nuestra propia vida privada, una vida en la que podamos ser felices y pacíficos y, no obstante, vivir con las cosas de este mundo.
Al parecer, pensamos que la vida cotidiana que llevamos, la vida de lucha, conflicto, pena y dolor, es algo separado del mundo exterior de desdicha y confusión, que el individuo, el “yo”, es diferente del resto de la humanidad... Cuando miremos un poco más detenidamente, no sólo nuestra propia vida privada sino también el mundo, veremos que lo que somos -nuestra existencia cotidiana, lo que pensamos, lo que sentimos- **es** el mundo exterior, el mundo que nos rodea.
Cada uno de nosotros es el mundo, es el ser humano que ha hecho este mundo de completo desorden, el mundo que llora impotentemente en medio de un gran dolor...”
En 1968, época en que las juventudes estaban cuestionando intensamente los valores de la sociedad, Krishnamurti ofreció varias series de pláticas para estudiantes de Estados Unidos y Puerto Rico, en las que exploró el verdadero significado de la libertad y de la rebelión.
Recogidas en este libro, tales pláticas son quizá más apremiantes aún en la actualidad, cuando tanto los adultos como los jóvenes están buscando la clave para un cambio genuino en nuestro mundo.

Conversaciones con Estudiantes

Con frecuencia solemos pensar que nuestra vida cotidiana es algo separado del mundo exterior, con toda su desdicha y confusión. Pensamos que el individuo es algo distinto de la humanidad, sin embargo cada uno de nosotros es el mundo. El ser humano es quien ha hecho este mundo de desorden, y sufre impotente en medio de un gran dolor

En 1968, época en que la juventud se estaba cuestionando intensamente los valores de la sociedad, Krishnamurti ofreció una serie de charlas a estudiantes de Estados Unidos y Puerto Rico, en las que exploró el verdadero sentido de la libertad y de la rebelión.

Quizás el mensaje de estas charlas sean ahora más apremiantes que nunca, cuando tanto los adultos como los jóvenes buscamos afanosamente las claves para lograr un auténtico cambio en el mundo.